



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**ARRIANISMO: HETERODOXIA DOGMÁTICA QUE
AYUDÓ A ESTABLECER LA HEGEMONÍA DEL
CATOLICISMO. UN ESTUDIO DE LA
INESTABILIDAD GENERAL EN EL IMPERIO
ROMANO, ORIGINADA POR LAS DISPUTAS
TEOLÓGICAS ENTRE ARRIANOS Y CATÓLICOS**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA**

P R E S E N T A:

ISAAC VILLEGAS HUERTA

**DIRECTOR DE TESIS:
ROBERTO SÁNCHEZ VALENCIA**

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX.

2016





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos.

Esta página es de suma importancia para manifestar el gran apoyo que recibí a lo largo de la carrera y en especial, para agradecer a todas las personas que me respaldaron para la conclusión de este trabajo.

En principio quisiera agradecer a mis padres por su apoyo incondicional, amor y consejo con el cual guiaron toda mi formación. A Oriana y a nuestro hijo Lucas, quienes han sido el aliciente diario para poder concluir esta licenciatura. Su paciencia y comprensión a lo largo de estos seis años fue sumamente determinante. A mis hermanos y sobrinos cuyo esfuerzo personal me ha impulsado a querer superarme.

Agradezco profundamente a mi estimado asesor el doctor Roberto Sánchez Valencia, quien guió pacientemente esta investigación con su amabilidad y erudición, ensañándome diversas reflexiones que enriquecieron todo el trabajo.

A mis sinodales el doctor Antonio Rubial García, al maestro David Becerra Islas, al doctor Rodrigo Díaz Maldonado y en especial al doctor Martín Ríos Saloma, quienes con gran disposición y atención dedicaron su tiempo a la lectura de los capítulos, aportando diferentes enfoques para sustentar su contenido.

A mis profesores de la carrera que infundieron en mí el ánimo de continuar adquiriendo conocimientos. Además a mis grandes amigos que han permanecido a mi lado.

Índice.

Introducción.	5
Capítulo I. Primera fase de la crisis arriana: del Edicto de Milán del año 313 d, al final del gobierno de Constantino I en el año 337.	30
1.1 Breve análisis del horizonte político previo al estallido de la controversia religiosa.	30
1.2 Irrupción de la teología arriana en la segunda década del siglo IV . en Alejandría.	41
1.3 Nociones teológicas y acciones políticas de Arrio previas al concilio de Nicea.	44
1.4 El concilio de Nicea del año 325: la elaboración del Credo, sus repercusiones teológicas y políticas tras la utilización del concepto <i>homoousia</i> -consustancial.	53
1.5 El final de gobierno <i>cesaropapista</i> de Constantino I, determinado por el conflicto religioso cristiano.	58
Capítulo II. Segunda fase de la crisis arriana: la polarización política e ideológica del Imperio Romano entre los años 337 al 363 .	65
2.1 Antecedentes de la consolidación de los gobiernos de Constante y Constancio.	65
2.1.1 Determinaciones político religiosas en Occidente y Oriente.	68
2.2 El <i>Discurso contra los arrianos</i> : obra trascendental para entender la crisis arriana.	78
2.3 Etapa final de la dinastía constantineana entre los años 357-363.	87
2.4 Ascenso de Juliano a la purpura imperial en el año 361.	91
2.4.1 El gobierno de Juliano ante el gran problema religioso cristiano.	93
Capítulo III. Tercera fase de la crisis arriana: el final de la disputa político-religiosa y el triunfo total del catolicismo en el Imperio Romano.	100
3.1 Desde el ascenso del emperador Joviano, a los inicios del gobierno de la dinastía valentiniana en el año 364.	100
3.2 El surgimiento del relevo institucional en defensa de la fe nicena, después de la labor de Atanasio de Alejandría.	103
3.2.1 El relevo en Occidente.	104
3.2.2 El relevo en Oriente.	108
3.2.3 La labor de Basilio de Cesarea en Oriente y de Dámaso de Roma en Occidente a favor del nicenismo.	113
3.3 Contexto político en la época de los emperadores valentinianos del 364 al 378.	116
3.4 Ascenso de Teodosio a la investidura imperial en el año 378, y el inicio del triunfo católico en el Imperio.	120
3.5 La labor dogmática ortodoxa de Gregorio de Nacianzo.	123
3.6 El concilio de Constantinopla del año 381 y el triunfo total del catolicismo.	128
Capítulo IV. Derrota total del arrianismo en el Imperio Romano del 381 al 392.	134
Conclusiones.	142
Bibliografía.	151

Introducción.

El objetivo del presente estudio es señalar la hegemonía que logró el cristianismo apostólico en el siglo IV, después de haber transitado por una gran cantidad de sucesos que lo transformaron y definieron, aportando variadas ideas teológicas para consolidar su doctrina. Es allí donde radica la importancia del arrianismo, su disidencia teológica e ideológica en un momento histórico en que la institución católica estaba a punto de conseguir la paz y la supremacía cristiana en general, tras un largo camino de herejías suscitadas al seno mismo de su institución, y de persecuciones asestadas por el Estado romano hacia su organización, a lo largo de los primeros tres siglos de nuestra era, volvió a tornarse inestable, convulsionando así los distintos órdenes del Imperio Romano con las progresivas querellas dogmáticas.

Cuando las ideas arrianas aparecieron en el bajo Egipto a inicios del siglo IV d.C., nuevamente se trastocaron los principios teológicos del catolicismo, ya que su dogmática mantenía aún diversos preceptos incipientes e inacabados que daban pie a distintas ambigüedades interpretativas, generadas por nuevas corrientes teológicas cuya finalidad no era conformar una vertiente alterna o distinta al catolicismo, sino colaborar para esclarecer y establecer los límites doctrinales de su ortodoxia imperante.

Una de estas nuevas corrientes fue el arrianismo. Su nuevo enfoque sobre el dogma trinitario planteó un problema repentino e inesperado para los obispos católicos y para los eclesiásticos en común, que fue creciendo y fortificándose con el paso del tiempo, pasando de lo religiosos en particular a lo político en general, contribuyendo para generar una crisis estructural en su tiempo.

Los múltiples matices que alcanzó el arrianismo a lo largo del siglo IV en las distintas estructuras del Imperio se debieron a que el catolicismo, a pesar de haber combatido con numerosos contendientes y adversarios a lo largo de su existencia, no había desarrollado aún las armas necesarias para enfrentar a los arrianos en todos los campos; lo súbito y transgresoras que resultaron las ideas arrianas para la Iglesia católica, ocasionaron que la querella dogmática rebasara el ámbito religioso y se trasladara al político, alcanzando los distintos órdenes del Imperio Romano.

A lo largo de este estudio se enfatizará en que la controversia arriana se originó, proliferó y abarcó otros ámbitos de la realidad romana del siglo IV, debido a la relación de

interdependencia que existió entre los arrianos y los católicos que contendieron en dicho proceso. El vínculo dialéctico entre estas dos vertientes representó un periodo histórico dentro de la Antigüedad tardía que se conoció y se clasificó por su carácter controversial, debido a que este proceso evidencia claramente la disputa por ostentar la verdad dogmática, que comenzó como una divergencia sutil semántica, transformándose progresivamente en una lucha política polarizada y violenta, que concluyó con la oficialización del catolicismo como la religión del Estado romano.¹

El arrianismo, que se introdujo con fluidez en la sociedad oriental del Imperio Romano, tuvo un campo de acción amplio, ya que se desarrolló a través de la vasta organización católica; su rápida propagación obedeció a que la Iglesia apostólica universal no contaba con los alcances teológicos idóneos para reaccionar ante la inesperada herejía, de allí que el arrianismo excediera los límites de la controversia religiosa, volcándose sobre el Estado romano en general, generando así una inestabilidad total.

Si bien el catolicismo desde el inicio de la herejía no pudo extinguirla debido a sus carencias teológicas, antepuso toda su fuerza administrativa y su amplia organización para contrarrestar el progreso de esta nueva fe; la Iglesia sabía que con su verdad homogénea preservada en todas sus iglesias regionales, combatiría de mejor manera a estos adversarios, ya que con esta misma idea había ido configurando y formando su identidad gradualmente, a través del contraste y la lucha contra los herejes y cismáticos que se habían manifestado durante toda su existencia.

Por lo tanto, la idea de verdad inalterable del catolicismo es fundamental para entender el proceso de la controversia arriana y el subsecuente triunfo de la ortodoxia católica en el Imperio Romano.

¹ La controversia, querrela o crisis arriana, se inicia en torno a 318 d.C. y fue denominada así por la inestabilidad paulatina que generó en las estructuras del Imperio Romano. La primera vez que fue designada de esta forma y bajo estas características, fue en la obra *Panarion* del obispo Epifanio de Salamina en la herejía 69, 2-3; en donde se afirma que en la iglesia alejandrina de *Bukolia*, admi

peligrosidad de las doctrinas profesadas y expuestas por el presbítero de la iglesia de *Bukolia*. Cf. Frank Williams, *The Panarion of Epiphanius of Salamis: Sects 47-80, De Fide Nag Hammadi*. Vol. 2, , Leiden Boston, Brill Academic Publishers , 1997, pp.331-336.

Desde los primeros años de nuestra era, los cristianos apostólicos comenzaron a asumirse como herederos de la verdad revelada por Jesucristo, y una vez que se disociaron de cualquier vínculo judío,² formularon una recta doctrina basada en la uniformidad de su culto, que pensaban difundir a lo largo de todos los territorios y pueblos del orbe conocidos hasta ese momento.

La supuesta autoridad que les proporcionaba el haber sido discípulos del dios encarnado, los impulsó a difundir la idea propuesta en el *Evangelio Según Marcos 16:15*, sobre propagar la *buena noticia* a todos los hombres de todas las naciones sin distinción. Siempre apeándose a los preceptos delimitados por las enseñanzas de sus líderes como depositarios legítimos de *Cristo*.

Esta idea de verdad formulada, fomentada y divulgada desde el comienzo de la religión misma pudo apoyar su pretensión propagandista, gracias a la coyuntura social en la que emanó dicha creencia. Si bien el cristianismo emergió y se nutrió del horizonte histórico helenista,³ y de la fe y las creencias heterogéneas judías tras el *cautiverio* y la *diáspora*;⁴ fue hasta el establecimiento del Imperio Romano como forma política universal, en donde el cristianismo y en especial el catolicismo, pudo encontrar los medios adecuados para desarrollarse, consolidarse y prevalecer, hasta llegar a ser la ideología imperante para el Estado romano.

Es sobre esta misma idea, donde se apoyará la presente investigación, ocupándose en señalar la redefinición y la fuerza que adquirió el catolicismo como cristianismo preponderante, tras sufrir uno de sus máximos cismas dentro de su organización administrativa, y una de las peores herejías hacia su doctrina teológica, como lo fue el arrianismo.

² Según la tradición paleocristiana; la emancipación del cristianismo con respecto al judaísmo ocurrió tras la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., a cargo del emperador Vespaciano en el año 70 d.C.; si bien ya había ocurrido una disensión de posturas dentro de los judeocristianos en años previos, la cual es constatada por los *Hechos de los Apóstoles* en sus libros VI, VII y VIII, con los denominados helenistas y su líder Esteban, que interpretaban de forma diferente la figura del mesías y sus enseñanzas; así como también, se había generado un desacuerdo de opiniones, tras el denominado *concilio de Jerusalén* del año 49 de nuestra era; en donde Pablo buscaba abolir las prescripciones judías en torno al Evangelio, para así poder acceder a los prosélitos de cualquier parte del mundo. Fue hasta la destrucción de la ciudad de Jerusalén, cuando el cristianismo fue adquiriendo su identidad por cuenta propia, proliferando de buena forma en los territorios de las capitales de la denominada *diáspora* judía. Al respecto Cf. Charles Guignebert, *El cristianismo antiguo*. México, FCE, 1966, pp. 102-116; también, Cf. *Formación de las religiones universales y de salvación: Las religiones en el mundo Mediterráneo y el Oriente próximo I*, dirigido por Henri Charles Peuch, México, Siglo XXI, 1979, pp. 238-268.

Así la denominada crisis arriana, suscitada a partir de la segunda década del siglo IV d.C., en la ciudad de Alejandría, sede episcopal de la diócesis de Egipto, propició un desequilibrio inusitado para la unidad del catolicismo, ya que esta herejía puso en duda la naturaleza metafísica de la segunda persona de la Trinidad apostólica, esto es: al Hijo; cuestionando así un precepto sumamente valorado para el cristianismo: el de la idea de la Redención.

Al especular sobre la relación de la naturaleza de Dios-Padre con respecto a la de Cristo-Hijo, los arrianos disociaron cualquier tipo de unión sustancial, como había venido sugiriéndose y estableciéndose por la tradición católica desde los padres evangelista, los padres apostólicos, los apologistas y los exégetas.⁵

Para respaldar estas ideas los arrianos se apegaron en todo momento al principio de contradicción griego, que establece en el libro IV de *Metafísica* aristotélica: *Es imposible que el mismo atributo pertenezca y no pertenezca a un mismo sujeto, en un mismo tiempo*,⁶ y como además conocían ampliamente el texto canónico católico Muratori,⁷ pudieron establecer una nueva interpretación bíblica, haciendo énfasis en todo aquel pasaje que sustentara sus argumentos sobre la naturaleza creada, finita y voluble del Hijo-Logos⁸.

³ El compendio cultural generado en los siglos previos a nuestra era, por las distintas corrientes de pensamiento de la alta cultura helenística, como el neoplatonismo, estoicismo, epicureísmo, etc., influyeron directamente en la creación y consolidación del cristianismo en general, y de la doctrina católica en particular, desde sus primeros años de aparición. En la literatura evangélica generada por apóstoles como Pablo y Juan, escrita desde un entorno cultural helenista, se puede constatar la gran influencia proporcionada por esta cultura mediterránea, ya que fue pensada para propagarse sobre aquellos territorios, en la búsqueda indistinta de prosélitos. No sólo de las filosofías helenizantes se apropió el cristianismo, sino además; adquirió elementos de las costumbres populares, como de las religiones de misterio, que habían perdurado durante siglos, y que eran comunes a todos los hombres. Cf. Olof Gigon, *La cultura antigua y el cristianismo*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 120-145.

⁴ Encuentro en estos dos procesos históricos los máximos sincretismos para la historia hebrea. Si bien se dieron con un desfase de tres siglos de separación (aproximadamente); trastocaron la visión tradicional que sobre la ley tenía el pueblo judío; originado por el sometimiento a las potencias del momento, tanto a los asirios en el 586 a.C., como a los reyes helenísticos en el siglo III a.C. De entre los fenómenos más importantes que se originaron en aquellos siglos, se pueden señalar: el surgimiento de la literatura profética, la creación del género literario apocalíptico, la creación del género escatológico, la creencia ferviente en el mesías como caudillo nacionalista, el establecimiento de las sinagogas, la instauración de las sectas, la creación de la Biblia de los setenta, etc. Cf. Charles Guignebert, *El mundo judío hacia los tiempos de Jesús*, México, UTEHA, 1953, pp. 195-228. También; *Formación de las religiones universales y de salvación: Las religiones en el mundo Mediterráneo y el Oriente próximo I. op.cit.* pp.136-203.

Al ser el arrianismo una de las principales herejías y disidencias ocurridas en el catolicismo antiguo, no se puede soslayar el aporte que suscitó para consolidar la teología católica, cristológica y trinitaria en la antigüedad. Debido a que estos preceptos al haber emanado de un entorno cultural sumamente vasto como lo era el alejandrino, contaron con la influencia de la tradición interpretativa neoplatónica generada a partir de Filón, y desarrollada dentro del cristianismo con las ideas teológicas innovadas por Clemente y perfeccionadas por Orígenes, que se enseñaron en la primera escuela para catecúmenos cristianos denominada *Didaskalion*.⁹ Por esta causa el arrianismo pudo generar una exégesis bíblica apegada a la lógica clásica, que le permitió ser bien recibida y proliferar rápidamente dentro de las clases potentadas del Imperio Romano de Oriente (como lo hiciera en las cortes de los emperadores Constancio, Valente y Valentiniano II respectivamente), ya que su teología buscaba tener continuidad y empatía con la cultura grecolatina que aún persistía en este momento, y no marginarla progresivamente como pretendía el catolicismo. De esta manera el arrianismo desde su conformación no sólo se vio beneficiado por el influjo cultural de la ciudad en la que surgió, sino además; introdujo en su sistema teológico ideas tomadas de las enseñanzas y tradiciones que se difundían en la ciudad de Antioquía.

⁵ Es oportuno mencionar que las premisas de la doctrina arriana desde sus primeros años, se respaldaron en contra de la noción e idea del término consustancial como concepto extrabíblico y herético. Uno de los puntos más controvertidos del concilio de Nicea del año 325 d.C., se dio tras la aceptación de este concepto en la Fórmula o Credo niceno, ya que la gran mayoría de los obispos reunidos en aquel foro, aseveraban que ni siquiera la cultura grecolatina había pensado acuñar este concepto y que su utilización dentro del cristianismo había suscitado herejías como la de Pablo de Samosata. La determinación de agregar un concepto nuevo dentro del Credo niceno, propició que en años posteriores, las ideas sobre la naturaleza del Hijo-Logos fueran más heteróclitas en todo el Oriente católico. Arnold Toynbee da un análisis detallado de los antecedentes del término griego *ousia* partiendo del sistema filosófico de Aristóteles; a su vez Roberto Sánchez Valencia muestra cómo el concepto *ousia* fue utilizándose y adecuándose dentro del catolicismo, a partir de la época de los apologistas. Ya para tiempo de los exégetas se detalló y se hizo aún más complejo dicho término, variando su sentido etimológico original, decantándose hacia el significado inédito *homoousia* o consustancial. Roberto Sánchez Valencia señala textualmente :

Fue durante las últimas décadas del siglo II y a lo largo del siglo III cuando se le empleó en esporádicas ocasiones, habiendo sido las plumas de Hipólito romano, Irineo de Lión, Clemente de Alejandría y Orígenes las únicas en hacer uso de él. Aunque no siempre en el sentido que el concilio de Nicea le confirió al término *homoousia*, sino para hacer referencia a doctrinas heréticas...

Por lo anterior, se infiere que el concepto *ousia* al ser implantado en las Escrituras y aplicado para explicar y definir a la Trinidad, necesariamente tuvo que variar su sentido hacia el *homoousia* (consustancial), además de apoyarse sobre más conceptos como el de *hypostasis* (persona) para dar un sustento razonable a la naturaleza de Dios. Cf. *Historia de las civilizaciones: El crisol del cristianismo* (dirigida por Arnol Toynbee), México, Alianza Editorial, 1989,418-457. También cf. Roberto Sánchez Valencia, *De la heterodoxia a la ortodoxia. Hacia una historia hermenéutica de los dogmas nicenos*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p.121.

Si bien con las afirmaciones establecidas en el texto *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea¹⁰ se creó la idea de que Pablo de Samosata (teólogo y obispo de Antioquía en el siglo III) fue el generador e impulsor de las ideas arrianas, aunado a que gran parte de los ataques de Atanasio en su *Discurso contra arrianos*, se centraron sobre este personaje como creador de la herejía,¹¹ fue a partir de las breves epístolas de Alejandro de Alejandría (del 312 al 328 d.C.), obispo de aquella capital en el momento del estallido de la controversia dogmática, quien señaló que Luciano de Antioquía, siguiendo la línea de enseñanzas de Pablo de Samosata, había sido el desarrollador, y gran impulsor de las ideas sobre la naturaleza distinta de Dios y el Logos católicos.

Cito un fragmento de Alejandro obispo de Alejandría:

...ignorar que ésta que últimamente ha levantado su cabeza contra la piedad de la Iglesia, es la misma de Ebión y Artemas; no es otra cosa que una imitación de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía quien fue alejado de la Iglesia por decisión de los obispos de todas partes reunidos en concilio. A él le sucedió Luciano...Últimamente sorbiendo las heces de impiedad de todos ellos, se han levantado entre nosotros como brotes disimulados Arrio y Aquiles y la congregación que se junta a ellos en su maldad, que enseñan esta doctrina de una creación a base de cosas que no existen.¹²

⁶ Aristóteles, *Metafísica*, Barcelona, Biblioteca de los Grandes Pensadores, 2003, Libro IV, III, 1005b 15-25, p.161.

⁷ El canon Muratori es una recopilación de libros neotestamentarios escritos en latín que fueron utilizados por los cristianos apostólicos como libro ortodoxo, dicho canon fue elaborado entorno al año 170 d.C. y contiene una gran semejanza con los textos canónicos neotestamentarios conocidos hoy en día *Formación de las religiones universales y de salvación: Las religiones en el mundo Mediterráneo y el Oriente próximo I, op.cit.*, pp. 316-317.

⁸ Es de suma importancia esclarecer el concepto *logos*; ya que representó un término polisémico para la cultura griega, y para la Antigüedad en general. La palabra *logos* podía significar; razón, palabra, argumento, discurso, orden, etc., según su contexto. Para los cristianos, y en especial para los católicos, fue determinante para establecer su dogmática y su teología. El término *logos* a partir de Filón de Alejandría fue utilizado por los cristianos como el *Verbo* referido por el apóstol Juan, tuvo un papel preponderante dentro de la *controversia arriana*, ya que sobre sus posibles ambigüedades conceptuales, los arrianos cuestionaron la naturaleza del Hijo basados en la Biblia.

Para dilucidar mejor el concepto, cito a Enrique Hülsz Piccone :[...]lógos es para Heráclito palabra y realidad al mismo tiempo. En cada lógos, lo que la forma del decir expresa es la forma del ser: lógos es la palabra que dice el ser, el lenguaje de lo real...Y por eso, por ser portador del ser y el pensar, ese lenguaje, que es también el de la razón, comporta un valor, en cuanto que constituye un saber. La unidad del ser y el pensar en el lenguaje, la coincidencia de la subjetividad, con toda su intencionalidad comunicativa, y la objetividad, con su pleno contenido significativo, es sorprendentemente semejante a la idea de una autoconciencia... Cf. Enrique Hülsz Piccone, *Lógos: Heráclito y los orígenes de la filosofía*, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, 2011, p.233.

Luciano de Antioquía formó en esta ciudad a jóvenes discípulos quienes a la postre serían los principales líderes de la “herejía” arriana . El grupo de alumnos de Luciano denominado *colucionastas* o *colucianos: entusiastas de la dialéctica aristotélica*;¹³ lograron acaparar diversos liderazgos dentro de la jerarquía institucional católica de Oriente. Por tal motivo, pudieron esparcir con velocidad y firmeza las ideas proporcionadas por su maestro y por la tradición teológica antioquena .¹⁴

Dentro de los principales y más destacados alumnos de Luciano se encontraba: Arrio (260-327 d.C.) presbítero de Alejandría y originario de Libia , creador de la herejía y líder moral de la facción; compuso un breve libro de cánticos llamado *Thalia*, en el que se exponían de forma sencilla las principales ideas de su doctrina. Este libro fue diseñado para proliferar popularmente, del cual Claudio Moreschini y Enrico Norelli señalan lo siguiente en su : *Historia de la literatura cristiana antigua, griega y latina II. Desde el concilio de Nicea hasta comienzos de la Edad Media*:

[...]No sabemos casi nada sobre la obra de Arrio; una composición de la que nos han quedado sólo unos fragmentos titulada *Thalia (El Banquete)* alcanzó una cierta notoriedad; estaba compuesta en versos de carácter popular, sobre los cuales insistían socarronamente los enemigos de Arrio, observando que de esa manera, su doctrina herética podía ser aprendida fácilmente incluso por personas incultas; es cierto también que con esta obra agradable y, al mismo tiempo, de fácil aprendizaje, Arrio pretendía alcanzar una vasta difusión de las propias ideas. Esta obra, *Thalia*, se nos ha conservado casi exclusivamente gracias a la pocas citas que de ella hace Atanasio[...]en *Contra arrianos*.¹⁵

⁹ Alejandría de Egipto fundada en el año 331 a.C. por Alejandro Magno, fue la ciudad intelectual donde se fusionó la cultura oriental egipcia con el conocimiento y las costumbres griegas, dando origen al periodo histórico conocido como helenismo. En Alejandría no sólo confluyeron las ideas de estas dos culturas, sino además; el pensamiento y las tradiciones judías, determinaron el horizonte cultural de esta ciudad en la época precristiana. Cuando el cristianismo apareció en esta ciudad, entró en contacto con sus diversos elementos culturales, y propició el interés por una doctrina más especulativa y teológica .Cf, Johannes Quasten *Patrología II: La edad de oro de la literatura patristica griega*, Madrid, BAC, p.317. También: Werner Jaeger, *Cristianismo primitivo y paideia griega* México, FCE, 2012, pp. 54-93.

¹⁰ Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, Madrid, BAC. 2010, pp.358-366.

¹¹ Atanasio hace seis referencia a Pablo de Samosata como antecesor de las ideas arrianas, en *Discurso contra arrianos*. Según él, Pablo era una de los precursores del monofisismo cristiano, puesto que había propagado una doctrina en la que Cristo existió y se desarrolló como Salvador sólo a partir de su naturaleza humana. Cf. Atanasio, *Discurso contra arrianos*, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, libro I, 25-26; libro I, 37-38; libro II, 43; libro III, 26; libro III, 51.

¹² Johannes Quasten, *Patrología II: La edad de oro de la literatura patristica griega*, Madrid, BAC, pp.17-18.

¹³ Henri Rondet. *Historia del dogma*. Barcelona, Herder, 1972, p. 86.

Otro de los líderes fue Asterio, denominado el sofista oriundo de Capadocia; fue uno de los principales teólogos de la corriente arriana. Creó el primer texto arriano denominado *Syntagmation*, obra teológica y filosófica de la que se basó la doctrina arriana en sus primeros años, para defender y difundir sus principales argumentos. Claudio Moreschini y Enrico Norelli nos dicen :

[...]Escribió, después del concilio del año 325, un *Pequeño tratado(Syntagmation)* al que replicó frecuentemente Atanasio en varios de sus escritos y acaso también Marcelo de Ancira[...]La posición de Asterio sin embargo, si tenemos en cuenta lo que nos dice Epifanio (*Panarion* 76,3), fue más moderada que la de Arrio; él intentó seguir la doctrina de Orígenes, mientras el historiador arriano Filostorgio, lo acusa de haber estropeado la doctrina pura arriana.¹⁶

Eusebio de Nicomedia, el obispo más descollante e influyente de su tiempo, quien fungiera como consejero personal del emperador Licinio, y después de Constantino, fue otro de los grandes líderes arrianos. Por último Teognis de Nicea, obispo y teólogo de los principales difusores de la vertiente durante el concilio primer concilio ecuménico desarrollado en su ciudad, ambos obispos fueron desterrados juntos después de dicho concilio.¹⁷

Además del sustento de sus compañeros de Antioquía, Arrio contó con la simpatía del principal erudito de la época forjador de la Historia Eclesiástica: Eusebio de Cesarea, quien siendo obispo en Palestina contaba con el control ideológico de la región, además de estar a cargo del taller biblioteca de Orígenes, por quien sentía profundo apego y admiración gracias a su maestro Pánfilo.¹⁸

¹⁴ Según los *Hechos de los Apóstoles* 11,26 fue en Antioquía donde por primera vez comenzaron a llamarse *cristianos* a los discípulos y seguidores de Jesús . Desde ese momento en adelante, la tradición cristiana de Antioquía, desempeñó un papel preponderante para el establecimiento de la teología y el dogma del cristianismo primitivo. A finales del siglo III y comienzos del IV, Antioquía estuvo dividida en corrientes teológicas contrapuestas: una tendencia representada por Luciano de Antioquía, que se abocaba a la interpretación subordinacionista de la teología trinitaria de Orígenes, y una vertiente , representada por Eustacio de Antioquía que subraya la monarquía divina. Los orígenes de la llamada Escuela antioquena hay que situarlos en torno al presbítero Doroteo y al presbítero Luciano de Antioquía. Luciano dirigió una Escuela en Antioquía, a finales del siglo III. Entre sus discípulos se cuentan Eusebio de Nicomedia, Maris de Calcedonia, Leoncio de Antioquía, Eudoxio, Teógnis de Nicea, Asterio el Sofista y Arrio. Este grupo se denominaban a sí mismos *colucianistas*, es decir, discípulos de Luciano. Cf. Johannes Quasten, *op.cit.*, p.337. También cf. *Formación de las religiones universales y de salvación...*, *op.cit.* pp.398-340; y Hubertus R. Drobner, *Manual de patrología*, Barcelona, Herder, 2001, pp 243-246 .

¹⁵ Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *Historia de la literatura cristiana antigua, griega y latina II. Desde el concilio de Nicea hasta comienzos de la Edad Media*, Madrid, BAC, 2066, pp. 30-31

¹⁶ *Ibid.*, p.31.

El poder moral, político e intelectual de estos hombres influyó sobremanera en el desenvolvimiento del arrianismo en sus primeras décadas, transformando de manera clara e involuntaria el panorama de las estructuras política y social del Imperio Romano, y el de la organización de la Iglesia católica, debido a que con sus acciones propiciaron la unión definitiva de los dos órdenes. Una vez que lograron adquirir bastante poder dentro de las cortes imperiales, incidiendo en las decisiones de los gobernantes, gracias a su labor persuasiva y a la autoridad que detentaron como consejeros personales de los emperadores en turno.

Con el estallido de las disputas arrianas y su propagación, no era la primera vez que se alteraba la organización del clero o se ponía en entredicho a la máxima figura del cristianismo¹⁹, pero sí era la primera ocasión en que una disensión, debido a sus características teológicas y a su coyuntura histórica, podía desestabilizar y dividir al catolicismo definitivamente, atacando su premisa fundamental basada en la redención universal. Tal subversión no sólo se volcaba sobre los preceptos establecidos por la Iglesia católica, sino además, se encaminaba a transgredir los fundamentos civilizatorios universalistas erigidos por el Estado Romano, que tenían como base el establecimiento del orden perpetuo en todas las naciones sometidas a su control.

El Imperio Romano preservaba esta visión universalista la cual había heredado de la perspectiva civilizadora helenística, que desde tiempo de Alejandro Magno se había originado y fomentado con la idea de que una sola entidad política, basada en el ideal de concordia humana, sería capaz de conjuntar la multiculturalidad ecuménica de manera pacífica y ordenada hasta el fin de los tiempos.

¹⁷ Johannes Quasten, *op.cit.*, pp. 209-216.

¹⁸ En *Historia Eclesiástica* Eusebio señala, cómo el taller-biblioteca de Cesarea, fundado por Orígenes a mediados del siglo tercero, tras su exilio en Palestina por la persecución del emperador Decio fue una escuela de pensamiento teológico que tuvo como gran impulsor a Pánfilo, quien había sido discípulo del teólogo alejandrino y heredero de las obras y las enseñanzas del *escriptorium*. Éste, a su vez lo cedió a Eusebio quien lo enriqueció con su labor erudita. *Historia Eclesiástica, op.cit. Libro VI*, pp. 255-318.

¹⁹ En la tradición teológica cristiana denominada *subordinacionismo*, que se desarrolló principalmente en las ciudades orientales de Alejandría y Antioquía bajo el influjo teológico de Orígenes durante los siglos segundo y tercero de nuestra era. Varios teólogos asociados con este tipo de pensamiento intentaron definir el dogma apostólico de la naturaleza entre el Padre y el Hijo, en base a la relación de subordinación que mantenía Cristo con respecto a Dios, que se manifestaba notoriamente a lo largo del *Evangelio*. Claro está que ninguno de estos “Doctores de la Iglesia” de los primeros siglos fue tan extremista como Arrio, al señalar que la subordinación del Hijo al Padre, se debe a la diferencia total de naturalezas entre ambos. Para observar amplia y detalladamente las corrientes filosóficas contenidas en el arrianismo Cf; Richard Patric C. Hanson. *The search for the cristian doctrine of God: The Arian controversy 318-381*. Londres, T & T Clark, 2005, pp 60-98.

Este ideal resultaba sumamente apropiada para legitimar y sustentar el complejo cultural romano, que se había promovido desde la República y que se mantenía validado gracias a la confluencia de múltiples pueblos asiáticos, africanos y europeos, que fueron aglutinados en una sola forma política como lo fue el Imperio Romano. Sobre esta creencia, el Imperio basó todos sus antecedentes y expectativas.²⁰

De esta manera el universalismo del Imperio Romano que se fomentó y consolidó gracias a su esplendor, pudo legitimar así la creencia de que éste pueblo sería el idóneo para guiar la historia de la humanidad bajo su égida. El control de la civilización bajo el Imperio representaría el universalismo cultural eterno.

Es sobre esta visión universalista de la historia en donde la tradición de estudios paleocristianos ha propuesto diversas interpretaciones, debido principalmente a que esta idea también determinó la identidad del cristianismo apostólico y marcó el rumbo de la interdependencia y el choque entre este concepto universalista, gestado en el ámbito secular grecolatino, y el universalismo de la Iglesia católica, basado en la encarnación de Cristo.

Esta situación llevó al autor de la presente tesis, a percatarse de lo trascendente de las expectativas de estas dos visiones dentro del horizonte histórico cultural de la Antigüedad tardía romana, ya que ambas asumían y daban por hecho el establecimiento de una verdad absoluta inalterable que no se podía modificar ni debía alterarse. Estos dos paradigmas de verdad coetáneos fueron subvertidos simultáneamente con la aparición de la fe arriana, ya que esta creencia convulsionó el orden establecido en aquellos años, ayudando, tras su fin, a unir y consolidar ambos universalismos en uno solo, el cual logró erigirse sobre el Imperio Romano hasta conseguir el predominio total dentro de este Estado.

Es allí donde se encuentra la legitimación y relevancia del proceso histórico de la crisis arriana, y donde se justifica la propuesta de esta tesis. Ya que en algunas interpretaciones especializadas sobre el paleocristianismo se señala a grandes rasgos que ambos conceptos universalistas, el divino y el secular, presentaron distintas causalidades para el desarrollo histórico posterior a la conjunción de estos órdenes, que se pueden englobar de la siguiente forma:

- 1) Una postura que asume que las dos ideas universalistas convergieron y se alimentaron mutuamente para darle fluidez a su momento histórico y al subsecuente devenir. Las dos tradiciones se muestran como una misma cultura representada según su momento.

Tal postura es la que propuso Werner Jaeger en *Cristianismo primitivo y paideia griega* apuntando que el cristianismo católico es la simple continuación del ideal griego de civilización, solamente que interpretado en términos evangelizadores. El ideal político griego clásico, sobre el sacrificio del interés individual al bien común, para garantizar el orden social en la ciudad-Estado; es vertido por los católicos hacia su Iglesia como máximo orden terrenal.

El autor explica lo siguiente:

[...]La fusión de la religión cristiana con la herencia cultural griega hizo que la gente se percatara de que ambas tradiciones tenían mucho en común si se les consideraba desde un punto de vista superior, el de la idea griega de *paideia* o educación, que ofrecía un denominador único para ambas[...]La idea griega de la unidad futura del género humano, bajo la *paideia* griega, tal como aparece en Isócrates, ya en el siglo IV a.C., se había convertido en realidad tras la conquista de Oriente por Alejandro Magno.

El cristianismo, usando esta cultura internacional como base, se convirtió ahora en la nueva *paideia* cuya fuente era el *Logos* divino, la Palabra que había creado al mundo. Tanto los griegos como los bárbaros eran su instrumento.²¹

2) Otra postura, como la de Charles N. Cochrane en *Cristianismo y cultura clásica*, muestra que el complejo civilizatorio grecolatino personificado por el Imperio estaba simplemente destinado a declinar, debido a que su estructura ideológica basada en el culto al emperador; como alegoría fiel del esplendor providencialista romano, no satisfacía las esperanzas de los pobladores de todas sus provincias, como tampoco las de los que habitaban fuera de ellas. El ideal civilizatorio universalista del Imperio estaba diseñado únicamente para suplir las expectativas de los hombres libres educados políticamente. Por este motivo la *Romanitas*, al mostrarse desapegada a las necesidades de su momento histórico, dio paso al cristianismo de forma pacífica y sin confrontarse con éste, ya que era una ideología legítima con los elementos necesarios para crear una civilización universal que incluía a todos los hombres y daba desenvolvimiento natural al devenir histórico. Es el cambio y la sustitución de la *Romanitas* y su culto al emperador,²² por la evangelización y su culto al *Logos* Encarnado.

²⁰ William Tarn y G.T. Griffith, *La civilización helenística*, México, FCE, 1982.

²¹ Werner Jaeger, *op.cit.*, pp.88-89.

²² El culto al emperador fue una práctica generada en la Época Helenística para reverenciar a los reyes. Contó con el sustento teórico basado en el Libro III, I284a de *Política* de Aristóteles, cuando habla que algunos individuos, gracias a sus atributos morales e intelectuales, sobresalen por encima de sus conciudadanos, ejerciendo su acción como un dios entre los hombres. A tales individuos no se les puede dar un trato como a los demás, sino que hay que obedecerlos y reverenciarlos. Para aclarar más detalles sobre esto Cf. Olof Gígon, *La cultura antigua y el cristianismo*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 104-119.

Explícitamente Cochrane dice lo siguiente:

... La *debacle*, sin embargo, no fue meramente económica, social o política, o mejor dicho fue las tres cosas, pues era aún algo más. Porque lo que ahí se nos ofrece, es, en último análisis, un fracaso intelectual y moral, un fracaso de la mente grecorromana... En ese defecto podemos hallar la explicación final de la némesis que venía operando para determinar la decadencia y ocaso de la civilización antigua... Por tanto, el destino que guardaba la Romanitas era el de una civilización incapaz de entenderse a sí misma y penetrada, pues, de un miedo obsesionante a lo ignoto... El esfuerzo del clasicismo, como lo apreciamos, miró a rescatar la humanidad de la vida y mentalidad de la selva, y a asegurarse la posibilidad de una vida grata. Esto es, se proponía la lucha por la civilización contra la barbarie y las supersticiones... En este secular conflicto con los poderes de las tinieblas, se imaginó Augusto haberse apuntado una victoria decisiva... según el clasicismo, se suponía que el poder necesario estimado para proteger la civilización dependía de una dichosa coincidencia del carácter y las circunstancias, coincidencia que se entendía finalmente lograda en la persona de Augusto. Desde este punto de vista, el futuro de Roma parecía vinculado al culto de la excelencia augustana, la que juntamente con *fortuna omnipotens et ineluctabile fatum*, debía constituir la garantía y prenda de su eternidad. Pero la esperanza augustana de ser tal, se hallaba condenada a la decepción. Porque a pesar de su pretensión a la finalidad, su base, de hecho, no era sino pragmática; aunque el emperador buscara dar razones de su éxito en términos de sus “virtudes”, no cabía certidumbre en cuanto el papel que la “suerte” hubiese desempeñado en ponerlo por obra.²³

Capítulos más adelante el autor agrega:

...El logos de Cristo sirve de este modo para introducir un nuevo principio de unidad y de división en la vida y la historia humanas... Se trata en realidad de una unidad de “naturaleza”, la naturaleza de un ser creado a imagen de Dios y predestinado a cumplir la voluntad divina.

Los valores humanos, de consiguiente, no son valores para el griego, romano o judío, para el germánico o el celta, para el europeo o el asiático, sino para el hombre como tal hombre. En esta conclusión, el cristianismo refuerza la clásica imitación estoica de la fraternidad humana, y renueva su sentido. Al mismo tiempo, procura una nueva autoridad para ella en el *logos* de Cristo.²⁴

3) Otra lectura sobre la coexistencia entre ambos universalismos en la Antigüedad tardía, se puede entender como el enfrentamiento antagónico entre las dos visiones, en la búsqueda de la total exclusión y eliminación uno del otro.

Esta idea la ejemplifica de manera detallada Roberto Sánchez Valencia en el texto; *De la heterodoxia a la ortodoxia: Hacia una historia hermenéutica de los dogmas nicenos*. Afirmando

que las dos ideas universalistas sobre el devenir, acuñadas en este tiempo por estos dos distintos órdenes, fueron contendientes desde un inicio. Ya que los fines propuestos por ambas ideologías se mostraban opuestos uno hacia el otro. Va a ser hasta el tiempo del emperador Constantino (305-337 d.C.), que ambas posturas se conciliaron gracias a la habilidad pragmática de este emperador, que supo aprovechar y conjuntar la idea civilizadora con la evangelizadora .

Sánchez Valencia señala textualmente:

...En la actual investigación me he percatado de que tanto en el cristianismo católico como en la estructura imperial romana existe una profunda convicción en las bondades del universalismo en su más elemental significado: la unidad en la diversidad...Ambas posturas (imperial y católica) fundamentaron sus actos en la idea de una “misión” en aras del bien de todos los pueblos: la de los cristianos fue la de evangelizar, mientras que la del Imperio, la de civilizar, pero entonces dichas misiones resultaban excluyentes por sus implicaciones prácticas, pues mientras la civilización romana constaba de una serie de instituciones de las que se esperaban conductas específicas, como el teatro, las termas, entre otras, la evangelización conllevaba un cambio en el *modus vivendi* de los conversos y con ello el rechazo a las instituciones romanas en las que se exaltaban acciones contrarias a la doctrina católica... Este rechazo abierto por parte de los católicos hacia algunos elementos de la “civilización” romana fue lo que llevó al Estado romano a asumir una postura intolerante y hostil en contra del cristianismo por espacio aproximado de trescientos años.²⁵

Esta misma apreciación la presenta Olof Gígon en: *La cultura antigua y el cristianismo*:

...El imperio Romano se convierte sin más en la esencia del orden mundano. Frente a él aparece la comunidad de Cristo, primero enemiga y hostil, pero no por un choque casual, sino por un enfrentamiento teológico, pleno de sentido, entre lo santo y lo mundano. El hecho de que la instauración del Imperio coincidiera más o menos en el tiempo con la Encarnación elevó esta simple interpretación a evidencia. El cristianismo se encontró, con que podía dar una fundamentación teológica a la creencia de perdurabilidad del Imperio. Y quedó con ello abierta la posibilidad de que las relaciones entre ambos poderes definitivos pudiesen evolucionar de la hostilidad a la colaboración, como de hecho ha sucedido desde la época constantineana.²⁶

²³ Charles N. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*, México, FCE, 1949, pp. 159-163.

²⁴ *Ibid.*, p.473.

²⁵ Roberto Sánchez Valencia, *op.cit.*, pp.185-187.

²⁶ Olof Gígon, *op.cit.*, p.44.

Aunque estas tres tipos de interpretaciones se muestren discrepantes en entorno a esta cuestión, lo que se puede constatar a través de estos breves párrafos es que ambos ideales histórico-universalistas, postulados por las visiones civilizadora y evangelizadora, estuvieron concatenados desde su aparición dentro de la Antigüedad, fortaleciendo así involuntariamente la idea de verdad mutua que compartían ambas ideologías.

Como se mostró con los ejemplos anteriores, el momento histórico real y concreto, en el que se encontraron y fusionaron ambas creencias universalistas se presentó en el periodo imperial de Constantino el Grande para ese momento estaban todas las condiciones propicias para que se pudiera crear una nueva cultura afianzada sobre el sincretismo de ambas perspectivas universalistas.

Por lo cual esta tesis no se limitará a observar esta idea de verdad universal como una norma inalterable, la cual no sufrió ningún cambio ni variación a lo largo de las distintas décadas de disputas religiosas; sino al contrario y como consecuencia natural de todo proceso histórico reformador, los más de setenta años de crisis arriana, además de incrementar la rencillas teológicas y políticas, transformaron alternativamente el panorama universalista ambivalente que se mantenía contenido en la mentalidad de las personas de aquellos años. Por tal razón, este trabajo se limitará también a evidenciar esta transformación, que generó el proceso arriano reformulando y reconstituyendo una nueva idea de civilización a través de la conjunción del Estado y la Iglesia, ya que una vez que se consolidó esta nueva perspectiva universalista bilateral, fue modificando progresivamente el horizonte cultural de su tiempo, determinado a su vez el desarrollo de la crisis arriana en sus distintas “fases”, evidenciando de esta forma la clara sucesión de fenómenos históricos innovadores y revulsivos a lo largo del siglo IV romano.

La distinción y clasificación de diferentes “fases” en el proceso histórico de la crisis arriana evidentemente es arbitrario y está en función del esclarecimiento preciso de los acontecimientos más trascendentales suscitados en él, centrándome para realizarlo en el cambio y la evolución que presentó la herejía a lo largo del siglo en cuestión, que además de reflejar fielmente su contexto político y su condición social, es un fiel referente de la constante variación en la forma de ser del catolicismo de este periodo.

Como ya he explicado el catolicismo fue adecuándose y adquiriendo su identidad progresivamente, a través del constante contraste con sus contrarios y adversarios doctrinales:

los múltiples herejes y cismáticos que a lo largo de los primeros siglos de nuestra era, atacaron a su fe y a su institución ortodoxa. Por esta razón la Iglesia apostólica, al asumirse y definirse a sí misma como el único cristianismo continuador fiel y legítimo de las enseñanzas de Jesucristo en la tierra, tenía la supuesta facultad y el deber de autorizar o descalificar cualquier tipo de manifestación que sobre Cristo o el *Evangelio* se difundiera. Y ante el inminente ascenso del arrianismo a la máxima cúspide política del Imperio Romano, el catolicismo tuvo necesariamente que cambiar y desarrollar nuevas armas para contrarrestar el influjo de su enemigo incompatible.²⁷

Este cambio gestado a lo largo de las distintas fases de la crisis arriana generó al final de dicho proceso la nueva verdad absoluta que sería asumida por el Estado romano, y preservada por el catolicismo para transmitirse universal y perpetuamente.

Estado de la cuestión.

A partir del siglo XVII la crisis arriana tomó otras aristas interpretativas acordes a las ideas racionalistas de este momento. El prejuicio surgido tras la Reforma Protestante en el siglo XVI, que señalaba a la etapa previa dominada por la Iglesia católica como una época de sumo oscurantismo, encontró en el Siglo de las Luces una resonancia superior, que llevó a asumir cualquier expresión cultural medieval como obcecada y supersticiosa, que únicamente servía para acentuar el contraste entre este pasado sombrío y el porvenir alentador al cual había que aspirar. Para ello era indispensable evocar el periodo clásico de la Historia, donde el hombre había poseído una fe enorme sobre sí mismo y su racionalidad.

²⁷ Si bien el cristianismo apostólico, había tenido que definir de manera incipiente sus dogmas y ritos, desde los primeros años de gestación de su religión, tras las enseñanzas de Cristo. Fue hasta la época denominada apologética del catolicismo en el siglo II de nuestra era, cuando su idea de verdad vinculada íntimamente a su visión universalista, va a generar una literatura destinada a defender su ortodoxia, de las descalificaciones y el desprestigio propinados por filósofos paganos como Celso; basándose en el contraste de su doctrina con respecto a las demás doctrinas cristianas. El discurso de verdad que custodiaban los católicos, los acreditaba, y obligaba a deslindarse de todas las falsedades, herejías y blasfemias que eran encausadas hacia su creencia. Sánchez Valencia *op.cit.*, pp. 78-80.

Fue así como el historiador Eduard Gibbon trató de clarificar el conocimiento histórico de su época²⁸; influenciado por Montesquieu, interpretó la historia romana como el momento más alto alcanzado por la civilización, al cual había que analizar en su esplendor y su declive para intentar equiparar sus logros; con esta pretensión examinó inevitablemente al siglo IV d.C. haciendo un relato extenso sobre el arrianismo y sus implicaciones sobre la historia posterior.

El trabajo de E. Gibbon resultaba invaluable para el cristianismo en general, ya que por primera vez se estudiaba a la Iglesia desde una perspectiva secular, que enseñaba cómo el catolicismo había obtenido su supremacía de una manera sumamente intransigente, concluyendo en su unión con el Estado romano.

Para el siglo XIX y con el intento de profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades, el esclarecimiento de la historia del cristianismo y de la Iglesia católica tuvo grandes aportaciones de distintos autores, que desde diversas formaciones y perspectivas y con variados propósitos, procuraron cimentar las bases de los estudios modernos sistematizados sobre estos temas.

Tal fue el caso de personajes como Jaques Paul Migne,²⁹ Ernest Renan,³⁰ Ferdinand Christian Baur,³¹ Jacob Burkhart,³² Adolf von Harnak,³³ Charles Guignebert³⁴, John Henry Newman³⁵, Henri Rondet,³⁶ entre otros, quienes dotaron de nuevos significados al cristianismo, evidenciando la multiplicidad de cultos existentes alrededor de esta creencia, desde sus albores mismos en el mundo antiguo. Como resultado de estos trabajos, el arrianismo, al igual que la mayoría de los cristianismos alternos a la ortodoxia, volvió a adquirir nuevo impulso en torno a su definición, señalando su relevancia como proceso histórico autónomo.

²⁸Eduard Gibbon, *Historia de la decadencia y la ruina del Imperio Romano* (Tomo III-IV), Madrid, Turner, 1984, pp. 8-382.

²⁹ Jaques Paul Migne, *Patrologiae cursus completus: Sive Bibliotheca universalis*, 1860, volúmenes XXV-XXXI.

³⁰Ernest Renan, *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*, México, Porrúa 1990, 258 pp.

³¹Ferdinand Christian Baur, *Ferdinand Christian Baur on the writing of church history*, Nueva York, Oxford University, 1968, 380pp.

³²Jacob Burkhart, *Del paganismo al cristianismo*, México, FCE, 1996, 437pp.

³³Adolf von Harnak *History of Dogma*, Volume I, Gloucester Massachusetts, Harper and Row Publishers, 1972, 346pp.

³⁴Charles Guignebert, *El cristianismo antiguo*. México, FCE, 1966, 206 pp.

³⁵ Henry Newman, *El misterio de la Iglesia*, Roma, Amigos de Newman, 1981, 209 pp.

³⁶ Henri Rondet, *Historia del Dogma*, Barcelona, Barcelona, Herder, 1972, 314pp.

Fue en esta época en que comenzó a mostrarse la profundidad y complejidad de la querrela arriana, exponiendo sus orígenes, su variación como proceso histórico a lo largo del siglo IV d.C., y las repercusiones que generó en las estructuras de su tiempo. Estas obras mostraron que el arrianismo podía ser abordado e interpretados de distintas formas, ya que no era un simple agregado infértil de la historia de la Iglesia, sino que tenía significación propia.

Los estudios sobre paleocristianismo, ya consolidados a inicios del siglo XX, vieron surgir variadas generación de humanistas que produjeron magníficos trabajos acordes a las exigencias más especializadas de su momento, que por consiguiente, agregaron elementos culturales más específicos al tema arriano. Por la infinita variedad de autores en este siglo únicamente serán mencionados en esta tesis algunos especialistas que fueron abordados en profundidad como: Werner Jaeger,³⁷ Arnold Toynbee,³⁸ Johannes Quasten,³⁹ Charles N. Cochrane,⁴⁰ Hans Kung,⁴¹ Peter Brown,⁴² quienes proporcionaron elementos más sutiles y específicos sobre el tema, debido a su dominio y erudición en historia clásica y a su vasto conocimiento de otras disciplinas como teología, filosofía, filología, etc. Ello propició que en este mismo siglo proliferaran y se complejizaran aún más las fuentes interpretativas sobre el tema arriano, hasta llegar a emerger especialistas exclusivamente del tema, como Manlio Simonetti,⁴³ quien por sus diversos libros sobre la cuestión, ha sido un estudioso arriano sumamente renombrado, y ha determinado los posteriores trabajos en torno a este cristianismo. Los incontables artículos del *The Journal of theological Studies* de la Universidad de Oxford, donde personajes como: Timothy D. Barnes, Charles Kannengiesser, R.P.C. Hanson, Robert C. Gregg, Martin Litchfield West, Rowan Williams, Christopher Stead, entre muchos otros; analizan el fenómeno arriano desde diferentes ángulos a través de la compilación de sus comentarios, que no hacen más que manifestar la trascendencia de este cristianismo disidente para las posteriores épocas históricas.

³⁷Werner Jaeger, *Cristianismo primitivo y paideia griega* México, FCE, 2012, 139 pp.

³⁸Arnold Toynbee, *Historia de las civilizaciones: El crisol del cristianismo .op.cit.*, pp. 383-418.

³⁹Johanes Quasten, *Patrología II: La edad de oro de la literatura griega*, Madrid, BAC, 2004, 678 pp.

⁴⁰Charles N. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*, México, FCE, 1949, 508 pp.

⁴¹Hans Kung, *Ser cristiano*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1975, 762 pp.

⁴²Peter Brown, *El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, Taurus, 1989, 267pp.

⁴³Manlio Simonetti, *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma, Instituto Patristicum Augustinianum, 1975, 598pp. Además de esta gran obra, la perspectiva y erudición des este autor sobre el tema se puede apreciar ampliamente en el capítulo: *Hilario de Potiers y la crisis arriana en Occidente*; del texto de Angelo Di Bernardino, *Patrología III: La edad de oro de la literatura patristica latina, op.cit.*, 816pp.

Ante la diversidad de interpretaciones propuestas por autores contemporáneos entorno al arrianismo, me centraré en resaltar específicamente un cuestionamiento que dotará de cohesión a esta tesis y servirá además para intentar proponer una noción novedosa sobre el tema. Así la pregunta ¿En qué medida la pugna doctrinal entre las vertientes cristológicas arriana y nicena, afectó la evolución política del Imperio Romano en el siglo IV? Será el eje rector que guiará los acontecimientos históricos aludidos en este trabajo pretendiendo así, responder a esta interrogante que plantea y exige una respuesta concreta que será la base de esta investigación.

Por lo anterior la respuesta que puede ser entendida también como la hipótesis de esta tesis, contiene las ideas centrales que serán abordadas e interpretadas en los siguientes capítulos señalando enfáticamente que las divisiones doctrinales entre católicos y arrianos generaron pugnas administrativas entre los representantes de ambas iglesias, y además contribuyeron para establecer una división religiosa y política entre ambos hemisferios del Imperio, que al final generaría el proceso del triunfo del catolicismo en la búsqueda de la estabilidad imperial romana.

Así el objetivo principal de la tesis queda bien señalado y definido con la respuesta anterior, resaltando nuevamente que entre las expectativas de esta investigación también se contempla aclarar la nueva ideología universalista generada a partir de la conjunción de los conceptos civilizador y evangelizador. Así como también explicar el proceso de unificación entre el Estado y la Iglesia. Intrínsecamente a estos objetivos principales resaltan otros más particulares los cuales hay que abordar para dar un desenvolvimiento pertinente a esta investigación, tales como la evolución de la teología del catolicismo, el fenómeno cesaropapista, el antagonismo ideológico entre Oriente y Occidente entre otros.

Fuentes.

Ahora me abocaré a dar una breve explicación de cómo ha sido tratada la cuestión arriana historiográficamente, haciendo hincapié en que éste fenómeno al haber surgido del interior mismo del catolicismo y evolucionado entorno a su organización, para después insertarse en las estructuras del Imperio Romano hasta conformar un nuevo Estado, marcó un periodo de más de setenta años en la historia del siglo IV d.C., que se desarrolló primeramente en la Iglesia, abarcando después a todo el Imperio. La historia del arrianismo, desde su surgimiento en la

Antigüedad tardía hasta el día de hoy no se ha podido disociar del catolicismo y se continúa abordando como una etapa decisiva en la historia general de éste.

Con el triunfo total del catolicismo dentro del nuevo Estado romano, estableciéndose como la única religión lícita, con plenas facultades de perseguir violentamente cualquier tipo de oposición, desapareció gran parte del acervo de textos disidentes a su religión. Tal fue el caso de la información que sobre el arrianismo poseemos; es gracias a diversas fuentes católicas coetáneas a los sucesos, donde se explica de manera parcial las características y las formas de difusión de la supuesta herejía, que se ha podido estudiar y reconstruir el proceso mencionado.

Las primeras enunciaciones que se hicieron sobre el arrianismo fueron elaboradas desde la perspectiva de los hombres religiosos que participaron activamente en algún momento de la querrela y pretendían con sus testimonios autorizados dotar de credibilidad y coherencia al contenido de sus obras.

Como he venido expresando este periodo fueron años de suma polarización política, social, jurídica, ideológica, etc., que determinaron y ayudaron a definir el rumbo del horizonte histórico cultural del cual emanaron propiciando, naturalmente, que todas las manifestaciones contenidas en este entorno, mantuvieran los mismos valores y parámetros con respecto a su realidad.

Por esta razón, y basándome en las fuentes citadas, los primeros enunciadores de la controversia arriana pertenecientes casi en su totalidad a la Iglesia católica emitieron juicios dependiendo su simpatía y su posición dentro de una u otra facción y ninguno de ellos pudo mantenerse al margen de pertenecer o estar de acuerdo con alguno de los dos partidos, ya fuese *niceno* católico, o *colucionasta* arriano.

En la primera fase de la crisis arriana, los breves escritos que se elaboraron en este lapso de tiempo, se enfocaron en proporcionar las características teológicas elementales sobre las cuales versaría la contienda, delimitando a su vez, la actitud que asumiría cada una de las doctrinas frente a la otra; al ser una relación dialéctica entre dos vertientes cristianas antagónicas, los argumentos y contraargumentos emitidos constantemente por ambas se orientaron en conseguir la legitimación total de sus respectivas doctrinas, pasando del campo teológico especulativo a la acción política real, introduciendo en la querrela no sólo a los eclesiásticos sino también a los hombres del Estado romano.

De esta forma los contendientes de los primeros años pudieron divulgar sus razonamientos, a través de múltiples cartas esparcidas por las iglesias de la región en conflicto. El género

epistolar, que desde comienzos de la Iglesia apostólica había ejercido un papel indispensable para su organización doctrinal única, volvió a ser determinante en el comienzo del siglo IV para que arrianos y católicos pudieran defenderse y contraatacarse mutuamente con el fin de prevalecer.

En esa circunstancia histórica, el arrianismo se desveló por medio de sucintas cartas y textos incipientes escritos por clérigos inmiscuidos personalmente en este asunto desde alguno de los dos extremos; los más representativos fueron: Alejandro de Alejandría, Arrio, Eusebio de Cesarea, Eusebio de Nicomedia, Asterio, Osio de Córdoba,⁴⁴ además de la injerencia directa del emperador Constantino como *obispo común*⁴⁵, esto es; como un supervisor secular vigilante del interés político-religioso de su gobierno.

En los años posteriores y correspondientes a la segunda fase del arrianismo, (entre los años 338 y 363 d.C.) se observa un progreso literario creciente, ocasionado por la diseminación del fenómeno hacia todas las estructuras del Imperio. Su temática fue más diversa, pasando de las afirmaciones explícitas y rudimentarias a los razonamientos complejos más específicos que relacionaban en un mismo discurso la intencionalidad dogmática del autor con sus pretensiones políticas.

Para llevar a cabo dichos propósitos ya no bastaban las epístolas doctrinales apasionadas, sino que fue necesario elaborar textos rigurosos en donde se expresara de manera sistemática el empeño por definir y aclarar los aportes teológicos novedosos para legitimarlos. De este carácter fue la obra de Atanasio de Alejandría, quien desde los primeros momentos de la crisis arriana participó notablemente en las disputas, erigiéndose después del concilio de Nicea como el gran defensor de la fe ortodoxia nicena.

Su producción literaria fue trascendental para el posterior estudio y conocimiento del arrianismo; su afán de resguardar inalterablemente el legado de Cristo y sus enseñanzas transmitidas a los apóstoles, lo llevó a redactar una serie de distintos textos donde además de defender con vehemencia a la ortodoxia, proporcionó la mayor parte de datos sobre la vertiente arriana. Los razonamientos arrianos primordiales los confrontó con algunas deducciones

⁴⁴ Johannes Quasten, *Los escritores de Alejandría y Egipto, en Patrología II: La edad de oro de la literatura griega*. Madrid, BAC, 2004, pp. 8-85. También cf; Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *Historia de la literatura cristiana antigua, griega y latina II. Desde el concilio de Nicea hasta comienzos de la Edad Media. Capítulo II: Escritores griegos de la controversia arriana*, Madrid, BAC, 2006, pp. 25-66.

⁴⁵ Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, Madrid, Gredos, 2010, p.187.

suyas, que además de mostrar la forma de pensar de sus adversarios heterodoxos, señaló la evolución que el proceso había alcanzado. Aunados a sus distintas epístolas y homilias, Atanasio redactó a lo largo de sus cinco exilios diversos libros dogmáticos, apologéticos, exegéticos, ascéticos, polémicos e históricos, que estuvieron relacionados directamente con la crisis arriana.

Entre los más destacados se pueden mencionar: *Contra los paganos*, *La Encarnación del Verbo*, *Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo*, *Discursos contra los arrianos*, *Apología contra los arrianos*, *Apología al emperador Constancio*, *Apología por su huida*, *Historia de los arrianos*, *La Vida de San Antonio*⁴⁶.

Con esta multiplicidad de textos y con una vida sumamente congruente, Atanasio dio sustento a su causa y proporcionó el legado más abundante de información que sobre el arrianismo se haya escrito, razón por la cual la figura de Atanasio y su accionar dentro de la crisis serán analizados en los siguientes capítulos de esta tesis.

En la tercera fase arriana (del año 363 al 381 d.C.) los autores se diversificaron sobremanera, por el hecho de que la fe arriana se segmentó hacia distintos puntos distantes, creándose así diferentes facciones que hicieron más heteróclita la ideología del movimiento; también se sumó a esta multiplicidad de opiniones arrianas, el hecho de que el fenómeno de las controversias dogmáticas se extendiera ampliamente por el Occidente, generando nuevas manifestaciones de toda índole en la crisis.

Como referentes legítimos de este momento histórico, los escritos de la cuestión arriana de la tercera fase marcaron un progreso tangible tanto en la elaboración, como en la temática de sus escritos, y es que el predominio y la diversificación que había sostenido el arrianismo en la política y sociedad romana en aquellos momentos, obligó al catolicismo a definir aún mejor su teología y a especificar de mejor manera su dogmática.

Entre los sujetos de la enunciación de estos años se insertaron obispos de ambas partes del Imperio que estuvieron inmiscuidos y conocieron de cerca el problema. Entre los más destacados se encuentran los denominados *Padres capadocios*: Basilio el Grande, Gregorio de

⁴⁶Aunque he podido revisar la obra en general de este notable autor de la crisis arriana, el texto que he utilizado ampliamente por su importancia y contenido es: *Discursos contra los arrianos*. Cf. Atanasio, *Discurso contra los arrianos*, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 383pp. También J. Quasten, *op.cit.* pp.23-85.

Nisa y Gregorio de Nacianzo, quienes fueron designados también teólogos neonicenos por su aportación para la resolución del dogma trinitario a finales del siglo IV, y por la gran defensa que realizaron de estos preceptos a partir de las tesis de Orígenes frente a los ataques exacerbados emitidos por Eunomio de Cícico, quien era el máximo jefe del movimiento arriano extremista del momento.⁴⁷

También hay que resaltar la información que recabó Epifanio de Salamina en su enciclopedia de herejías denominada *Panarión*, en la cual se le denomina por primera vez arrianismo al movimiento generado por los *colucionastas*⁴⁸; sin olvidar la contribución del historiador gentil Amiano Marcelino, quien nos legó una fidedigna información de los sucesos desde la perspectiva civil de estos años.⁴⁹

A los testimonios otorgados por estos autores orientales, se añade la perspectiva de los personajes occidentales como la de Hilario de Potiers, primer escritor en latín sobre el arrianismo, que gracias a su participación activa en los sucesos desde los años del emperador Constancio, pudo redactar documentos de gran credibilidad. Si bien las obras de Hilario abarcan también los años de la segunda fase arriana, fue hasta la tercera donde este obispo se desempeñó con más firmeza por acabar con la disidencia.⁵⁰

Al contener información precisa además de primigenia, su obra influyó sobremanera en Occidente, observándose como modelo a seguir para muchos eclesiásticos, como fue el caso de Dámaso de Roma y Ambrosio de Milán, quienes entraron en la disputa cristológica siguiendo el ejemplo de Hilario, con el cual pudieron ayudar a ponerle fin a la crisis, una vez que su labor coadyuvó para persuadir a Teodosio de oficializar el catolicismo. Así, en los años posteriores al triunfo del catolicismo se originó una nueva perspectiva acerca de la querrela arriana. Los nuevos autores que trataron la cuestión comenzaron a producir una visión alejada de las enconadas las reyertas.

⁴⁷Johannes Quasten, *Patrología II: La edad de oro de la literatura patristica griega: Capítulo III Los escritores del Asia Menor*, pp.209-331.

⁴⁸Frank Williams, *The Panarion of Epiphanius of Salamis*, *op.cit.*, p.331-332.

⁴⁹Amiano Marcelino, *Historia*, Madrid, Akal, 2002. pp.540-974.

⁵⁰*Cf.* El capítulo de Manlio Simonetti: *Hilario de Potiers y la crisis arriana en occidente: polemistas y herejes*, en, *Patrología III: La edad de oro de la literatura patristica latina.*, dirigida por Angelo Di Bernardino, Madrid, BAC, 2004, pp.38-63.

Estos hombres ya no eran protagonistas directos de los sucesos sino observadores a distancia de los mismos, por lo cual las opiniones emitidas en sus obras literarias difirieron de las de sus antecesores en cuanto a lo impulsivo de sus aspiraciones. Esto no significa que se mantuvieran indiferentes ante la situación, antes al contrario, se mostraron congruentes con las exigencias de su momento exaltando con ímpetu el éxito del catolicismo frente a su rival.

Estos autores aludidos son los escritores continuadores de la Historia Eclesiástica como: Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Rufino, además de contar con el aporte de Filostorgio quien era filoarriano.⁵¹

Todos estos autores que se ocuparon principalmente de la tercera fase arriana, marcaron la pauta a seguir en el estudio del arrianismo desde finales del siglo IV y comienzos del V, siendo observados como modelo para el estudio del tema, tanto para los tratadistas bizantinos como por los medievales europeos, que interpretaban el arrianismo como el momento cúspide en el cual el catolicismo obtuvo la victoria total sobre las herejías.

Ante la creación de este paradigma literario eclesiástico, el arrianismo fue contemplado por más de trece siglos, desde el inicio de la Edad Media hasta la Ilustración, como un apéndice más de la historia del catolicismo, siendo definido como la suprema herejía que ayudó paradójicamente a concluir con las innumerables heterodoxias, ya que sirvió como referente para que la Iglesia redefiniera su organización hasta alcanzar su triunfo una vez que adquirió las armas políticas y doctrinales necesarias.

Por lo anterior se puede notar que el método empleado en este análisis para explicar el desarrollo de la crisis arriana se basó en la utilización e interpretación de fuentes primeras y textos interpretativos, los cuales sirvieron en todo momento para corroborar el desequilibrio general suscitado por el enfrentamiento cristológico entre las dos doctrinas antagónicas que terminó por encumbrar al catolicismo dentro del Imperio Romano, además de mostrar detalladamente el contexto sociopolítico en el cual emanó y se desarrolló dicha pugna dogmática.

A lo largo de la tesis se les nombrarán a las iglesias católicas dependiendo su provincia gubernamental dentro del Estado romano, por lo cual quedarán diferenciadas las iglesias de Alejandría, de Antioquia, de Constantinopla, de Roma, etc. Así como también en ciertas ocasiones se le nombrará a la Iglesia católica de forma institucional. También se hace referencia

⁵¹ Johannes Quasten, *op.cit.*, pp. 590-614.

en que se denominará catolicismo niceno al movimiento que conjuntó iglesias y eclesiásticos a favor del credo niceno y su concepto consustancial, aclarando que ésta denominación no es una redundancia ya que la gran mayoría de iglesias y clérigos implicados en la controversia cristológica, se asumían como cristianos ortodoxos herederos de la Iglesia apostólica.

Estas y otras ideas intentaré conciliar a lo largo de la investigación enfocándome en exponer con claridad cómo la nueva ideología universalista que estaba siendo establecida por el ámbito secular y religioso, fue moldeado y enriquecido a través de la disputa progresiva entre las dos vertientes cristológicas que desembocó en la unión del Estado y la Iglesia y el triunfo del catolicismo. Por lo cual el arrianismo al haber sido la gran herejía disidente del catolicismo no sólo ayudó a consolidar la dogmática ortodoxa de esta Institución, sino también revolucionó el horizonte de su tiempo propiciando estos dos procesos aludidos.

La tesis quedó dividida en cuatro capítulos que estuvieron consignados a plantear el desarrollo y la evolución del arrianismo, partiendo de la imperceptible controversia teológica que desató toda una inestabilidad social y política en el Estado Romano, que fue solucionada con la oficialización del catolicismo.

Así, en el capítulo I se abordará la controversia arriana haciendo una breve explicación del contexto sociopolítico romano tras la Tetrarquía, hasta llegar a los gobiernos de Constantino y Licinio quienes formularon el denominado Edicto de Milán en el año 313, que será el momento clave como punto de partida de esta tesis, ya que este hecho marcó el inicio de un nuevo periodo en la política religiosa del Imperio. En este capítulo se resaltaré también el inicio de la controversia arriana en el año 318 en Alejandría, mostrando consecutivamente los alcances que dicho conflicto generó para todas las iglesias orientales y para el gobierno constantineano, quienes organizaron en el año 325 el primer concilio ecuménico en la ciudad de Nicea para formular una declaración de fe que terminara con la polémica cristológica. Este capítulo concluye con la muerte del emperador Constantino en el año 337, no sin antes mostrar la magnitud que alcanzó el problema arriano tras las innovaciones dogmáticas ortodoxas implantadas en el concilio de Nicea por los obispos y el emperador.

El capítulo II se expondrá la penetración total del problema arriano dentro de la política romana tras la repartición del Imperio entre los hijos de Constantino, quienes vieron en el arrianismo el medio adecuado para dividir y polarizar tanto sus gobiernos administrativos como sus territorios con el fin de acceder a la soberanía absoluta. Tras el ascenso de Constancio a la

investidura imperial en el año 350 como único augusto romano, la doctrina arriana adquirió una fuerza sin precedentes que fragmentó su visión original hacia distintas posturas teológicas que marcaron el rumbo de la crisis arriana hasta su supresión. Este capítulo concluirá con el nombramiento del último emperador constantiniano en el año 360. El gobierno de Juliano agregará mas elementos al problema religioso, ya que este emperador intentó instaurar una Iglesia pagana única para contrarrestar el domino del cristianismo

El capítulo III marcará el inicio del final de la crisis dogmatica, señalando la expansión que ésta tuvo al insertarse plenamente en la parte occidental del imperio, desde allí obispos de gran autoridad como Ambrosio de Milán y Dámaso de Roma contribuyeron para solucionar la crisis, influyendo plenamente en las decisiones del emperador católico Teodosio, quien además contó con la gran ayuda teológica de los *Padres capadocios* para fundamentar sus decisiones tomados en el concilio de Constantinopla del 381 y poder oficializar el catolicismo.

El capítulo IV es una breve exposición de la ruina total del arrianismo dentro del Imperio Romano, mencionando el intento malogrado de algunos clérigos arrianos por mantener en pie esta fe que sólo pudo conservarse firme por algunos meses posteriores al concilio de Constantinopla, por el incipiente apoyo proporcionado por Valentiniano II y su madre Justina. Aquí se resalta la destacada labor de Ambrosio de Milán como director de conciencia del emperador Teodosio erigiéndose como una autoridad semejante a la de éste.

I. Primera fase de la crisis arriana: del Edicto de Milán 313, al final del gobierno de Constantino I en el año 337 .

1.1 Breve análisis del horizonte político y social previo al estallido de la controversia.

El denominado Edicto de Milán, promulgado en el año 313 de n.e. por los emperadores romanos Constantino y Licinio , significó un gran logro político y social para la consolidación de la cristiandad entera en la última etapa del Imperio Romano. Su estatuto principal, basado en tolerancia de credos, pretendía la aceptación y el resarcimiento de todas aquellas religiones que habían sido violentadas por el Estado romano en los siglos anteriores. De allí que fuera de gran importancia para todos los cristianos.

Eusebio de Cesarea, reproduce en su *Historia* :

...Cuando yo Constantino Augusto, y yo Licinio Augusto, nos reunimos felizmente en Milán hoy nos pusimos a discutir todo lo que importaba al provecho y utilidad públicas, entre las cosas que nos parecían de utilidad para todos en muchos aspectos, decidimos sobre todo distribuir unas primeras disposiciones en que se aseguraban el respeto y el culto a la divinidad... esto es, para dar tanto a los cristianos como a todos en general, libre elección en seguir la religión que quisieran, con el fin de que lo mismo a nosotros que a cuantos viven bajo nuestra autoridad nos puedan ser favorables la divinidad y los poderes celestiales que haya. Por lo tanto...decidimos tomar esta nuestra resolución: que a nadie se le niegue en absoluto la facultad de seguir y escoger la observancia o la religión de los cristianos, y que a cada uno se le dé facultad de entregar su propia mente a la religión que crea se adapta a él...Así era natural que diéramos en rescripto lo que era de nuestro agrado...Pero, además, en atención a la persona de los cristianos, hemos decidido lo siguiente: que los lugares suyos en que tenían por costumbre anteriormente reunirse y acerca de los cuales ... si apareciese que alguien los tiene comprados, bien a nuestro tesoro público, bien a cualquier otro, que los restituya a los mismos cristianos, sin reclamar dinero ni compensación alguna, dejando de lado toda negligencia y equívoco.¹

Eusebio Cesarea hizo notar que el Edicto de Milán fue un rescripto que tuvo como referente inmediato al Edicto de Tolerancia decretado dos años antes por el emperador Galerio (augusto del Imperio de Oriente del 305 al 313 d.C.).

¹ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2010, LX 5, 1-15, pp.465-66.

Las normativas estatales propuestas por Galerio tuvieron como objetivo terminar con el violento acoso contra los cristianos, que había comenzando desde la aparición de la primera Tetrarquía.²

Esta “gran persecución” desencadenada en febrero del año 303 d.C., a cargo de Dioclesiano en la ciudad de Nicomedia, pretendía atacar a las Iglesias cristianas golpeándolas a través de la captura y asesinato de sus líderes y altos jefes para así poder desestabilizar sus organizaciones y obtener sus ingresos. Tal disposición no pudo mantenerse consistentemente en todo el Imperio, debido a que los cristianos eran muy numerosos en algunas regiones y podían representar un factor político importante en la lucha por el poder entre los cuatro mandatarios.³

las autoridades provinciales, por orden de los emperadores, comenzaron a perseguir a los devotos de Dios en todos los lugares de la tierra. Y fue precisamente en los mismos palacios imperiales...afrentando los embates en nombre de la fe, soportando con el fuego, hierro, los abismos del mar y todo tipo de muerte, hasta tal extremo que en poco tiempo los palacios imperiales de todos los sitios quedaron privados de hombres religiosos...Sólo a Constancio se le ocurrió la rara sagacidad de un tan piadoso ardid...reprobó la cobardía y egoísmo de unos, en tanto que mostraba su beneplácito a los que tenían su conciencia ofrendada a Dios.⁴

Debido las dificultades económicas, políticas y sociales que representaba para el gobierno tetrarca mantener en pie la persecución, el emperador Galerio (ya investido como augustus del Oriente), reconoció en abril del año 311 el fracaso de las leyes anticristianas y afirmó, como nunca antes en un edicto, la libertad de culto para todos los cristianos, además del derecho de existir y manifestarse libremente.⁵

² La Tetrarquía o Gobierno de cuatro, fue la forma política ideada e instaurada por el emperador Dioclesiano en el año 384, para acabar con “la gran crisis del Imperio” o “anarquía militar” suscitada en el siglo III de n.e. Este gobierno colegiado además de sanear la economía, pretendía defender las fronteras imperiales sumamente asediadas por pueblos extranjeros. Por lo cual se designó a la par cuatro gobernantes para administrar la parte oriental y occidental del Imperio. La primera tetrarquía invistió a Dioclesiano como augustus en Oriente, y a Maximino Hercúleo en Occidente. Con este cargo ambos augustos tendrían la máxima potestad en el Imperio para gobernar, y a su vez contarían con la ayuda de los césares Constancio Cloro en Occidente, y Galerio en Oriente. Estos cuatro cargos gubernamentales expirarían cuando el emperador cumpliera más de setenta años de edad. El final de la primera Tetrarquía se dio en mayo del 305, dando paso a la segunda que se configuró con: Constancio Cloro augustus en Occidente y su César Severo; y en Oriente Galerio como augustus y Maximino Daya como César. Constantino y Licinio se vieron marginados en esta elección por lo cual pretendieron instaurarse en este gobierno lo cual lograron plenamente en el año 313 d.C., al proclamarse augustos conjuntos de Oriente y Occidente; Cf, Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, pp. 159- 160.

³ *Formación de las religiones universales y de salvación: Las religiones en el mundo Mediterráneo y el Oriente próximo I*. México, Siglo XXI, 1979, pp. 409.

⁴ Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, Madrid, Gredos, 2010, Libro I, 15-16; pp.156-157.

Sin embargo estas leyes no fueron difundidas y mucho menos instauradas en el año de su promulgación debido a la muerte de Galerio en ese mismo año, por lo cual se presentaron las condiciones idóneas para que dos años después, en el año 313 de n.e., Constantino y Licinio vieran la oportunidad de congraciarse y recompensar a las comunidades cristianas, reafirmando en un documento que no sólo legalizaría dicha fe, sino además dotaría a sus organizaciones de elementos pecuniarios .

Eusebio de Cesarea señaló en la *Vida de Constantino*, que este emperador sabía que debía favorecer a los cristianos ya que un año antes del Edicto de Milán (en el 312 d.C.), había recibido el apoyo de estas comunidades para formar dos legiones e ir en contra de su adversario Majencio, quien fungía como augusto de Oriente desde el año 306 y representaba una gran amenaza hacia sus aspiraciones para concentrar el poder absoluto romano sobre sí.

La marginación y hostilidad que los cristianos habían recibido dentro de las filas del ejército romano desde siempre, fue un factor que contribuyó en gran medida para que se enlistaran en las legiones de Constantino, una vez que este emperador se había mostrado benéfico hacia sus doctrinas, debido a la gran cantidad de soldados que podía obtener de estas comunidades; el pacto para luchar conjuntamente se efectuó en ese mismo año.

De esta manera la batalla del Puente Milvio del año 312 en Italia, donde Constantino venció a Majencio, con la ayuda del Dios cristiano, quién se le reveló ante sus *propios ojos, en pleno cielo, superpuesto al sol*, y en donde le mostró el monograma y el lábaro que debían usar sus legiones para triunfar,⁶ lejos de verse como una construcción literaria inventada por Eusebio de Cesarea para legitimar la fe cristiana de Constantino, representa para los cristianos el inicio de su estabilidad terrenal y el acceso a una vida religiosa libre, gracias a la legalidad plena que les dio este hecho, una vez que se ratificara al año siguiente en Milán.⁷

La estabilidad que Constantino intentaba lograr en la parte occidental del Imperio lo obligó a supervisar de cerca cualquier tipo de manifestación que pudiera alterar el orden establecido en sus territorios. Por tal motivo, en el año 314 d.C. presenció un conflicto dentro de las iglesias católicas africanas que lo llevaron a conocer muy de cerca la organización e ideología con que contaba este cristianismo.

⁵*Ibid.*, p. 203.

⁶*Ibid.*, p. 171.

⁷*Formación de las religiones universales y de salvación: Las religiones en el mundo Mediterráneo y el Oriente próximo I.* México, Siglo XXI, 1979, pp.409-422.

Este conflicto fue el cisma donatista que persistía en las comunidades de África noroccidental,⁸ y se había generado desde el año 312 a partir de un problema de sucesión episcopal suscitado dentro de la iglesia de Cartago. En pocos meses las sedes de africanas, quedaron divididas en dos bandos: entre los católicos y la llamada “Iglesia de los santos” quienes se mostraban orgullosos de no haber entregado los libros sagrados a las autoridades romanas en las persecuciones de los años anteriores, al contrario de los “apóstatas” y “traidores” como denominaban a los católicos.⁹

Ante la inestabilidad que esta disensión ocasionaba en estas provincias occidentales, el emperador Constantino ordenó entregar las subvenciones sólo a las iglesias de esta región, que fueran supervisadas por el obispo católico de Cartago de nombre Ceciliano. Donato, líder de los separatistas, decidió apelar estas decisiones y dirigir sus escritos al emperador argumentando la exclusiva legalidad y autoridad de la “Iglesia de los santos” sobre la diócesis africana, por haber sido los únicos fieles a la tradición apostólica en los momentos más adversos.

Por su afán de orden y estabilidad Constantino no cedió ante las exigencias de los donatistas, avalando su dictamen previo que respaldaba sólo a los católicos africanos; esta determinación fue de gran importancia para el inicio del acercamiento entre el Estado romano y la Iglesia católica en general.

⁸ Las iglesias católicas de la diócesis de África, contaban con una añeja tradición de escisiones generadas al seno mismo de sus iglesias; dos de estos cismas fueron los siguientes. 1) El “cisma noviciano” desatado a mediados del siglo III, tras el edicto de persecución cristiana del emperador Decio y refrendado por Valeriano. Exacerbado en un primer momento por un tema de sucesión en la sede de Roma; provocó la disidencia en las Iglesias de Cartago y Numidia, por las múltiples apostasías declaradas por los devotos católicos de estas sedes. Un obispo de aquella región de nombre Novato, discípulo del obispo Noviciano, cuestionó la calidad moral y la fidelidad de la mayoría de los líderes y feligreses católicos del norte de África tras la persecución, por lo que decidió formar su propia llamada “Iglesia Noviciano”. 2) El otro ejemplo fue el “cisma meleciano” surgido tras la persecución de Dioclesiano en el año 303 de n.e.. Ocurrió en la ciudad de Alejandría cuando el obispo Melecio de Licópolis en el Alto Egipto, nuevamente puso en entredicho el comportamiento de los jerarcas católicos, atacando la actitud de los líderes de la ciudad de Alejandría durante los momentos más álgidos de la persecución. Con esta polémica Melecio se acarreó hostilidad de la Iglesia católica egipcia, por lo que fundó su propia iglesia, que fue fundamental para determinar el clima de desorden en la diócesis de Egipto en época del estallido arriano, siendo este cisma el principal impulsor de la controversia arriana. ya que el mismo Arrio formó parte de él. *Historia de las civilizaciones: El crisol del cristianismo* (coordinada por Arnold Toynbee), México, Alianza Editorial, 1989, pp.506-512; También cf. *Formación de las religiones universales y de salvación....*pp.411-414.

⁹ Eduard Gibbon. *Historia de la Decadencia y caída del Imperio Romano*, Volúmen III, Madrid, Turner, 1984, Capítulo XXI, p.7.

Mediante la problemática que generó esta disidencia Constantino pudo constatar muy de cerca, la firmeza y la homogeneidad que contenía la institución católica que se notaba idónea para poder centralizar aún más el poder estatal, a través del beneficio mutuo que originarían las relaciones políticas recíprocas.

Por esta causa Constantino pronto acaparó atributos gubernamentales dentro de la jerarquía católica tras haber convocado, patrocinado e intervenido como juez en el concilio de Arles en el año 314, en el cual se condenó a la facción donatista. La injerencia del emperador en los asuntos eclesiásticos católicos mostró su claro interés por favorecer a este cristianismo, debido a que era sumamente estable dentro de la sociedad romana y se notaba muy eficaz para ayudar a organizar el gobierno romano.¹⁰

Eusebio de Cesarea constató los favores del emperador hacia los católicos de esta forma :

[...]Es de subrayar que proveía de profusas subvenciones de su propio peculio, a las iglesias de Dios, ampliando y construyendo de nueva planta casas de oración, al tiempo que embellecía con nutridas dotaciones lo más digno de respeto que se destina para el culto de la iglesia.¹¹

La parcialidad que mostró el emperador occidental hacia los católicos, contradujo abiertamente su Edicto de tolerancia religiosa dictado un año antes. El haber fungido como autoridad en aquella asamblea de obispos occidentales fue propiciado por la desunión que imperaba dentro de las metrópolis católicas de todo el Imperio, ya que cada una de ellas debido a sus condiciones sociales específicas, mantenían una administración regional acorde a sus necesidades, mostrándose autónomas hacia las demás sedes arzobispales¹². Debido a esta división la Iglesia católica carecía de una autoridad suprema universal, lo que permitió que Constantino se erigiera como ese líder ecuménico que requería la Iglesia invistiéndose a sí mismo como autoridad católica, para comenzar a defender los intereses de esta organización desde este concilio de Arles hasta su muerte en el año 337.

¹⁰ *Formación de las religiones universales y de salvación. op.cit.*, pp.420-424.

¹¹ Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, p.185.

¹² Tal como muestra Hubert Jedin, las provincias eclesiásticas más preponderantes comienzan a consolidarse en el siglo III d.C., y tienen como rasgo fundamental el derecho de sujeción sobre los demás obispados adscritos a su demarcación. Los principales arzobispados en la antigüedad fueron: Roma, Cartago, Alejandría, Antioquía, Cesarea y más tarde surgirá Constantinopla. *Cf.* Hubert Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, (tomo I), Barcelona Editorial Herder, pp.666-667

El comportamiento de Constantino asumiéndose así mismo *como obispo común* o *como obispo de lo que está afuera*,¹³ determinó su actitud política a lo largo de todo su mandato. La simbiosis que formó entre la Iglesia y el Estado marcó el porvenir del Imperio Romano hasta su caída, y configuró la subsecuente política del Imperio Bizantino y de los reinos medievales europeos.

Esta unión que efectuó Constantino entre los dos órdenes mencionados es explicada por Jacob Burckhard como necesaria y natural para cumplir con el desenvolvimiento histórico, y no como un deseo efímero de este emperador :¹⁴

[...]La teocracia que se iba desarrollando no era obra del emperador, protector de la iglesia, ni tampoco el resultado deliberado de la acción de algunos obispos astutos, sino consecuencia necesaria de un proceso histórico universal.

Tras la condena y la confiscación final de las iglesias donatistas en el año 316, Constantino afianzó definitivamente los vínculos amistosos con los obispos católicos, ya que se había mostrado afín hacia sus iglesias y comunidades a lo largo de todo el cisma.

De este modo el catolicismo occidental gozaba de grandes privilegios desde la proclamación de Constantino como único emperador del oeste del Imperio Romano, erigiéndose paulatinamente como la religión preponderante gracias a los beneficios obtenidos por parte de este gobierno.

Sin embargo en la otra parte del imperio controlado por el emperador Licinio, quien había logrado consolidarse como único augusto desde el año 313 a.C., tras haber vencido a Maximino Daya, permanecía la imparcialidad hacia todos los credos, persistiendo la preferencia de las religiones paganas en las costumbres de los gobernantes y de los pobladores de esta zona.

Desde los primeros siglos del Imperio Romano previos al gobierno de Licinio, este hemisferio se había caracterizado por la multiplicidad de religiones difundidas sobre estos territorios, que entre otras cosas habían propiciado el surgimiento del cristianismo y de todas sus vertientes más destacadas como: el docetismo, los valentinianos anatolicos, el marcionismo, el ebionismo, el maniqueismo, etc.

¹³En los Libros I, 44 y IV, 24 de *Vida de Constantino* de Eusebio de Cesarea; Constantino es nombrado con estos adjetivos, por su fuerte tendencia por conjuntar al Estado romano y a la Iglesia católica en un mismo y nuevo sistema político. Cf Eusebio de Cesarea, , *op.cit.*,pp. 187 y 348.

¹⁴Jacob Burckhard, *Del paganismo al cristianismo :La época de Constantino el grande*, México, FCE, 1945, p.350.

En el caso específico del catolicismo, Oriente ostentaba las grandes tradiciones teológicas de ciudades como Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Cesarea, etc., en donde se habían generado la mayor parte de los dogmas católicos, favorecidos por el entorno cultural y el acervo filosófico con que contaban estas ciudades, asentamientos donde las ideas helenistas perduraban, y se desarrollaban prolíficamente dentro de la tradición cristiana.

Como se expresó anteriormente en la introducción de esta tesis, el catolicismo se había ido modelando a partir de las críticas, los ataques, las herejías y los cismas lanzados contra él, que se habían originado casi por completo en esta parte del Imperio. El historiador Charle Cochrane resume esta idea de gran forma:

La evolución de una filosofía específicamente cristiana fue hasta cierto punto promovida por ataques teóricos contra la fe, como los asestados por Celso y Porfirio en el siglo III y por Juliano y su círculo en el siglo IV. Fue también estimulado por acaecimientos en el mundo activo como las persecuciones de Decio y Dioclesiano y, tras ellas, el cesaropapismo de la Nueva Monarquía.¹⁵

Por lo anterior, se puede afirmar que todos los acontecimientos que habían definido al catolicismo en los primeros siglos de nuestra era provenían del horizonte cultural oriental, el cual determinaba el vínculo y las relaciones que mantenían el catolicismo con las demás estructuras de todo el Imperio Romano. Estas relaciones se mostraban cada vez más favorables hacia el catolicismo, debido a la preponderancia que esta doctrina había adquirido por el respaldo del emperador occidental.

Por esta causa el emperador Licinio, que se había mostrado ajeno ante la autonomía de los cristianos de sus territorios, pronto comenzó a cambiar de actitud. La razón se ubica en que la injerencia y la parcialidad desmedida que había manifestado Constantino a favor del catolicismo amenazaba directamente a la soberanía que ejercía Licinio sobre el Oriente, debido a que las iglesias católicas de este hemisferio eran sumamente fuertes y organizadas, y podían apoyar al emperador occidental en su búsqueda del control absoluto de todo el Imperio, y con esto obtener los beneficios que Constantino había brindado a las iglesias católicas occidentales.

Para romper con cualquier tipo de influencia contraria a su gobierno, el emperador de Oriente se manifestó adverso hacia los cristianos de sus dominios, imponiendo medidas para contrarrestar el control que estos ejercían sobre la población. Licinio pudo efectuar rápidamente estas disposiciones debido a que nunca estableció vínculos estrechos con los cristianos, ya que

nunca resarcíó favorablemente a sus organizaciones como estipulaba el Edicto de Milán; incluso se había mostrado sumamente indiferente ante sus exigencias y conflictos, sin diferenciarlos claramente de las demás religiones. El asedio incesante en sus fronteras lo habían mantenido sumamente ocupado, y solamente tenía contacto con los católicos a través de Eusebio de Nicomedia, obispo de aquella ciudad desde el año 318 d.C., quien contaba con la protección y la amistad de su esposa Constancia, quien a su vez era hermana de su rival Constantino.¹⁶

Las disputas teológicas producidas en las iglesias católicas de Oriente, siempre habían generado una inestabilidad exacerbada en todas las comunidades donde se presentaban dichos conflictos debido a que el cristianismo, para esos momentos, estaba sumamente difundido en estas poblaciones y muy arraigado en las costumbres de muchos de sus habitantes, por lo cual las pugnas de los eclesiásticos católicos que intentaban conseguir la preponderancia ideológica en aquellas regiones rápidamente se tornaban vehementes y violentas. Tradicionalmente las soluciones a estos problemas y hostilidades dentro de las iglesias se resolvían sólo por mediación de los concilios y sínodos autorizados por las iglesias mismas. Estas asambleas de obispos desde su establecimiento en el siglo II de n.e., se habían mantenido al margen de las leyes romanas sin admitir la intromisión de algún individuo ajeno a la Iglesia católica, solamente los obispos estaban autorizados para emitir opiniones y juicios sobre los temas tratados en estas reuniones.¹⁷

Por tal razón, Licinio comenzó a mostrarse muy hostil hacia el catolicismo atacando sus estatutos particulares. Ya que el emperador de Oriente percibía que la organización institucional de este cristianismo estaba sumamente estructurada y aumentaba su poder incesantemente, gracias a las normas consuetudinarias que había adquirido y había sabido preservar desde su surgimiento, y que continuaba fomentando con el respaldo de Constantino. Ante la fuerza inusitada que podía adquirir la institución católica, Licinio se mostro sumamente intransigente ya que alcanzaba a vislumbrar que tal poder se podía volver adverso al dominio romano si persistía con tanta libertad.¹⁸

¹⁵ Charles N. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*, México, FCE, 1949, p.230

¹⁶ Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, p. 33.

¹⁷ Hubert Jedin, *Breve historia de los concilios*, Barcelona, Editorial Herder, 1963. pp. 9-26.

¹⁸ *Formación de las religiones universales y de salvación. op.cit.* pp. 424-428.

Con esta actitud, hacia el año 320 (dos años después del estallido de la controversia arriana), el emperador Licino adoptó una postura represiva y violenta hacia los católicos, comenzando a prohibir las reuniones de sus obispos, ya que sabía que éstas tenían grandes repercusiones políticas, tal como señala Eusebio:

[...]dicta una ley que ordena a los obispos no tener bajo ningún concepto contacto entre ellos; tampoco les estaba permitido visitar a la comunidad vecina, y no podían celebrar sínodos, reuniones o debates sobre cuestiones de común utilidad.¹⁹

Además de la prohibición de las reuniones cristianas de cualquier índole, el emperador canceló los privilegios fiscales de los obispos católicos, combatiendo así la participación de éstos en las funciones públicas, exigiendo que cada funcionario imperial ofreciera sacrificios a los dioses romanos. De igual forma, limitó la libertad de los cultos cristianos cotidianos dentro y fuera de los edificios religiosos e intentó, también, promover la apostasía de los cristianos dentro del ejército romano bajo amenazas de tortura.²⁰

Por todas estas acciones coercitivas de Licinio que afectaban ampliamente a los católicos, sumadas a la pretensión de Constantino por erigirse como único emperador en todo el Imperio, a través de la unión de su gobierno con la Iglesia apostólica, se renovaron las antiguas discordias entre los dos augustos, las cuales se habían originado algunos años antes por una supuesta conjura y sublevación. Como lo aclara la siguiente cita:

[...]Por una coincidencia que no es sin duda fruto del azar, el año 320 marcó, asimismo, la ruptura entre Licinio y Constantino. Un breve conflicto había ya enfrentado a los dos emperadores en 314, terminando con una seria derrota de Licinio, que se había visto obligado a ceder a Constantino Dalmacia, Grecia y la mayor parte de las provincias danubianas. Pero la reconciliación, que había tenido lugar tras el conflicto parecía haber sido completa y los cristianos de Oriente se habían acostumbrado a celebrar a la vez a los dos emperadores, a los que debían la paz y la libertad. Al igual que el del 314, el conflicto del 320 fue provocado, al menos en parte, por la ambición dinástica de Constantino. Pero no cabe duda que el emperador de Occidente, cuyo favoritismo procristiano era ya plenamente confesado, había tomado las medidas adoptadas por Licinio contra las Iglesias como insulto personal.²¹

¹⁹ Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, p.196.

²⁰ *Ibid.*, p.198.

²¹ *Formación de las religiones universales y de salvación. op.cit.*, pp. 426-427.

Como Constantino había concertado la paz en el año 321 con el Imperio persa sasánida , además de que contaba con el apoyo de su hermanastro Crispo y su hijo Constantino II (quienes fungían como césares en su gobierno desde el año 317), vio las condiciones adecuadas para crear pretextos y comenzar el conflicto bélico en contra de Licinio.

Comenzó por formar una postura oficial del gobierno de Occidente en defensa de los intereses de los “cristianos”, y en contra de las vejaciones de cualquier perseguidor y detractor de estos. En el año 323 de n.e., se dio un incidente en el Danubio, que Constantino supo canalizar inmediatamente para continuar con su propósito: los sármatas cruzaron las fronteras romanas saqueando Tracia por lo que Constantino deliberadamente dirigió a su ejército hacia esa zona y los expulsó. Pese a este triunfo, las tropas occidentales habían invadido territorio oriental violando la frontera de Licinio y los pactos entre ambos emperadores. Este hecho fue el preámbulo del inicio de la guerra.

En el 324 d.C., Constantino concentró una gran cantidad de tropas en Tesalónica y, el 3 de julio de ese mismo año, comenzó la guerra con la primera batalla en Adrianópolis entre los dos ejércitos imperiales, resultando vencedor el ejército de Constantino:

Una vez que las huestes iban a entrar en liza, el primero que empezó la guerra fue el que había roto los tratados de amistad. No tardó Constantino en invocar al Dios universal, y dando a los soldados que lo rodeaban esta señal, venció en el primer envite, a continuación no mucho después, salió triunfante en un segundo encuentro, y obtuvo victorias netamente ventajosas, encabezando siempre su cohorte personal el salvífico signo.²²

En la ciudad de Gallípolis se dio un enfrentamiento naval en donde la flota de Constantino obtuvo una victoria contundente a cargo de Crispo. Después de esta derrota y ante el incesante asedio de Constantino, Licinio no tuvo otra opción más que huir y esconderse en diferentes lugares hasta que algunos meses después en ese mismo año (18 de noviembre), fue derrotado definitivamente en Crisópolis Calcedonia, donde después de apresarlos y recluirlos en una cárcel de Tesalónica, fue asesinado al paso de unos meses por legionarios occidentales .²³ Así, una vez derrotado su principal rival, Constantino pudo acceder definitivamente a la soberanía absoluta del Imperio Romano, contando con todas las condiciones óptimas para impulsar una forma de gobierno única y homogénea en todo su territorio, finalizando de esta manera con el gobierno colegiado tetrarca romano.

²²*Ibid.*, Eusebio de Cesarea *op.cit.* pp.,213-214

²³ *Ibid.*, p.214.

Eusebio resumió así el triunfo de Constantino :

Excelso en la práctica de toda religiosa virtud, el victoriosos emperador, pues él mismo buscó para sí este apelativo como sobrenombre más que autorizado, por causa de la victoria que le había sido reportada por Dios contra todos los enemigos y adversarios; se incautó del Oriente, y reconstruyó bajo su mando, aunado como en la antigüedad, el único imperio romano, dando inicio a una propaganda general sobre la monarquía divina y él mismo pilotando al frente todo el género humano con la monarquía del imperio romano.²⁴

Para concretar este fin de manera rápida y exitosa, Constantino contó con la ayuda de su institución aliada: la Iglesia católica que se había mantenido como la única organización supraterritorial en todo momento y en cualquier parte del Imperio romano, gracias a su uniformidad estructural preservada. Lo universal de la Iglesia católica le facilitaría al emperador llevar a cabo la organización y el dominio único de todos sus territorios; sin embargo pese al orden que ostentaba y presumía esta institución como norma tradicional, Constantino tenía que resolver los problemas internos que aquejaban al catolicismo en varias provincias de Oriente, debido a que estos conflictos regionales amenazaban con alterar la estabilidad de la doctrina católica y de la sociedad oriental en general.

Por esta causa, una vez que Constantino le devolvió a las iglesias orientales todas las posesiones y todos los fondos que les habían sido sustraídos en el gobierno anterior, decidió resolver los problemas intestinos que aquejaban a estas organizaciones por medio de la injerencia directa en sus asuntos eclesiásticos. El emperador se enfocó en apaciguar decididamente las diferencias entre estas iglesias, ya que tenía conocimiento de que la controversia teológica suscitada por las ideas arrianas se había desencadenado, y se desarrollaba rápidamente desde la organización misma del catolicismo oriental, atentando directamente contra su organización y su homogeneidad.

De esta forma, una vez que Constantino adquirió la potestad sobre Oriente no sólo heredó los privilegios de esta zona, sino además tuvo que hacerse cargo de todos los conflictos desatados en esas tierras, sobre todo si atañían directamente a sus principales intereses, como lo era la institución católica.

Por esta razón una de las principales determinaciones del gobierno absoluto de Constantino, fue solucionar el conflicto arriano sumamente difundido en esos años en Alejandría y Asia Menor.

²⁴*Ibid.*, pp.221-222.

Jacob Burckhart aclara lo complicado de los primeros años de Constantino como único augusto del Imperio, en las siguientes líneas :

...Así estaban las cosas cuando Constantino se hizo amo de Oriente a consecuencia de su última guerra contra Licinio. Heredó la disensión en todo su esplendor. Su interés y su inclinación tenían que encaminarse, indefectiblemente, en el sentido de acabar con el asunto, ya fuera por una mediación, o poniéndose al lado del partido más fuerte o más inteligente o jugando sagazmente con los dos partidos.²⁵

En aquel contexto político-social convulso, se dio el inicio y desarrollo del conflicto arriano, que con el paso del tiempo pasó de ser una simple controversia religiosa, a una enconada contienda política, que generó una crisis social en el Estado romano del siglo IV.

1.2 Irrupción de la teología arriana en la segunda década del siglo IV en Alejandría.

Restablecida la paz y generalizado el desahogo a los cristianos, revivió la contienda Trinitaria en el solar antiguo del Platonismo, en la sabia, opulenta y alborotada ciudad de Alejandría, y la llamada de la discordia religiosa voló rápidamente de las escuelas al clero, al pueblo, a la provincia y al Oriente. Ventilóse en contiendas eclesiásticas la cuestión abstracta de la eternidad del *Logos*, trascendió a los sermones; y las opiniones heterodoxas de Ario salieron luego a luz por su propio celo y el de sus contrarios. Sus enemigos más implacables reconocieron la sabiduría y la vida irreprochable de aquél presbítero esclarecido, que en una elección anterior, había manifestado, y tal vez luego orillado generosamente sus pretensiones a la silla episcopal. Apropióse el cargo de su juez su mismo competidor Alejandro; la causa reñida se informó ante su propio juzgado; si al parecer titubeó al principio, falló por fin su sentencia definitiva, como regla absoluta de fe; y el denodado presbítero que arrostró y resistió su airado obispo, quedó separado de la comunión de la iglesia. Pero un bando crecido vitoreó y sostuvo la osadía de Ario...La mayoría de los obispos de Asia se mostró parcial y favorecedor de su causa, acaudillando sus disposiciones Eusebio de Cesarea, el primer sabio de los preladados cristianos, y luego Eusebio de Nicomedia, que se había granjeado la nombradía de estadista, sin desmerecer la de santo[...]²⁶

A pesar de la supremacía otorgada por los favores del emperador la Iglesia católica tenía varios problemas que resolver en sus episcopados orientales, antes de pensar en la hegemonía religiosa total. La noción de verdad que poseía y que había fomentado a lo largo de su existencia, le exigían enfrentar decididamente cualquier tipo de manifestación que pusiera en entredicho la autenticidad de su doctrina, como lo había realizado hasta ese momento.

De esta forma la Iglesia católica se asumía firmemente como la ortodoxia sobre el Evangelio de Cristo, plenamente autorizada para combatir y erradicar los disidencias y herejías

que aparecían tanto dentro como fuera de su institución, mostrándose sumamente intransigente hacia las ideas ajenas a ella. Un breve párrafo del historiador Antonio Piñeiro, expresa de gran forma la potestad que la Iglesia católica había adquirido y fomentado:

A medida que va adquiriendo mayores proporciones por su número de miembros, y una vez que ha asimilado por completo que la separación del judaísmo es absoluta, la Gran Iglesia va mostrando cada vez menos margen para las disensiones. Las mejores armas de la ortodoxia naciente comienzan a aparecer a finales del siglo I y comienzos del II. Son las siguientes: control de las Escrituras, el concepto de tradición, la formación de cargos unidos a la idea de sucesión apostólica.²⁷

Debido a este monopolio creado por ella misma, la Iglesia apostólica tuvo el dominio y la atribución para designar qué corriente teológica cristiana era admitida como verdadera y cual como herética. Por tal motivo, el movimiento arriano que contenía ideas cristológicas sumamente innovadoras y atrevidas, fue denominado herético de inmediato; tal como lo afirmó el obispo del siglo IV Epifanio de Salamina en su libro *Panarion*, quien denominó y clasificó a esta herejía por vez primera.²⁸

De este modo el proceso histórico desarrollado tras el surgimiento de esta herejía fue catalogado desde aquellos años como: crisis arriana; denostando el sentido controversial, polémico y caótico que adquirió dicho proceso con el paso de los años, proliferando rápidamente en un medio social acostumbrado a las disertaciones especulativas, que esta vez tenían como punto central al dogma trinitario católico.

Esta polémica metafísica sobre Cristo, se encrudeció conforme fueron enriqueciéndose los argumentos tanto de los arrianos como de los católicos. A cada razonamiento teológico se contrapuso uno adverso, suscitándose así una disputa dialéctica que no se pudo solucionar especulativamente, por lo que declinó hacia una confrontación política irreconciliable, entre dos bandos que intentaron en todo momento enunciar la verdadera naturaleza del Hijo.

Dicha confrontación definió gran parte de los acontecimientos históricos del siglo IV.

²⁵Jacob Burckhard, *op.cit.*, pp.355-356.

²⁶Eduard Gibbon, *op.cit.*, pp.13-14.

²⁷Antonio Piñeiro, *Los cristianos derrotados*, Madrid, EDAF, 2007, p.157.

La doctrina ideada por el sacerdote Arrio, quien era oriundo de Libia y había nacido hacia el año 256 d.C. , y había recibido su primera formación evangélica bajo las enseñanzas del obispo Luciano de Antioquía, quien impartía sus lecciones teológico filosóficas en esta ciudad asiática, despertaron en Arrio el interés por perfeccionar sus estudios, dicho interés lo llevó a la ciudad de Alejandría donde pudo acceder a la jerarquía católica local. Esta acción le permitió enriquecer aún más sus conocimientos teológicos platónicos, adquiriendo en poco tiempo el nombramiento de presbítero, para después ser enviado por el obispo Pedro de la ciudad a laborar en una iglesia local llamada *Bukolia*.²⁹

Su estancia en Alejandría como sacerdote rápidamente se colmó de dificultades y se interrumpió, ya que fue excomulgado de la Iglesia católica debido a que formó parte del cisma meleciano. Los melecianos se oponían radicalmente al catolicismo egipcio y continuaban una resistencia que había iniciado desde la gran persecución del emperador Dioclesiano en el año 303 de n.e.

Sin embargo una vez que el cisma fue controlado por la Iglesia tras la muerte de Melecio de Licópolis (líder de los disidentes) Arrio, como muchos otros eclesiásticos egipcios, fue readmitido en el clero católico e instalado nuevamente en su antigua iglesia, en donde tuvo que nuevamente ordenarse sacerdote por el obispo en turno de nombre Aquiles.³⁰

Así Arrio comenzó a predicar en Alejandría cerca del año 312 de n.e., cuando ya era obispo de esta ciudad Alejandro, quien debido a la capacidad didáctica del sacerdote libio, lo eligió también para impartir clases en la escuela de catecúmenos denominada *Didaskaleion*, que contaba con una larga tradición en la formación teológica católica en Oriente.³¹

²⁸En su libro *Panarion*, en la Herejía 69

313; una vez que este personaje reunió a siete presbíteros, congregados allí para escuchar la exégesis de las Sagradas Escrituras expuesta por Arrio. Esta fuente agree ante el obispo de Alejandría d

Bukolia. Cf; Frank Williams, *The Panarion of Epiphanius of Salamis*, *op.cit* , pp.331-332.

²⁹Henri Rondet, *Historia del Dogma*, *op.cit.*, p.86; También cf R.P.C. Hanson, *op.cit.*, p. 60-98.

³⁰ Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, p.28; también cf., Hubertus R. Drobner, *Manual de Patrología*, Barcelona, Editorial Herder, 2001, p. 279.

Alejandro no tuvo dificultades con Arrio en los primeros años de su catequesis ya que sus ideas racionalistas sumamente abstractas, se mostraban incomprensibles y difíciles de difundirse fuera de las aulas de la escuela teológica. Como el obispo Alejandro también contaba con un vasto conocimiento en teología filosófica, que le fue transmitida por su maestro Dionisio de Alejandría (quien fuera discípulo de Orígenes), no creyó que esta teología revolucionaria de Arrio pudiera ser divulgada y adecuada para toda la comunidad egipcia, debido a que sus principios de procedencia subordinacionista eran inasequibles para la gran mayoría de clérigos y personas de la ciudad.³²

Por lo tanto en sus primeros años de labor eclesiástica impartiendo clases y sermones en Alejandría, Arrio no tuvo inconvenientes ni dificultades debido a que sus ideas se mantuvieron expuestas únicamente dentro de las aulas del *Didaskaleion* y de los recintos de la iglesia de “San Bucalis”. El verdadero problema surgió cuando el presbítero alejandrino, comenzó a difundir públicamente sus fundamentos teológicos en toda la ciudad, poco antes de la persecución de Licinio en el año 318 d.C; siendo delatado por estas acciones por algunos melecianos ante el clero católico.³³

1.3 Nociones teológicas y acciones políticas de Arrio previas al concilio de Nicea.

Una vez que Arrio dio a conocer abiertamente sus nociones teológicas, se ocupó inicialmente de acaparar la atención de la población alejandrina haciendo un pequeño libro denominado *Thalia*, escrito a la manera de cánticos accesibles para la comprensión de cualquier persona. Atanasio se expresó así de este escrito:

Este es el comienzo de la *Thalia* que tiene un carácter ligero y un modo musical afeminado...Dios no siempre fue padre, sino hubo un tiempo en que Dios estaba solo y no era padre todavía, sino que fue más tarde cuando sobrevino el hecho de ser padre; no siempre existió el Hijo, ya que como todo ha llegado a ser de la nada y todas las cosas son criaturas y han sido hechas, también el Logos del Dios mismo ha llegado a ser de la nada y hubo un tiempo en que no existía.³⁴

³¹ En su *Manual de Patrología* de Johannes Quasten explica concisa y notablemente la trascendencia cultural que representó el medio social alejandrino, y en especial la creación de su escuela, para conformar la teología dogmática católica de los primeros siglos:... La escuela de Alejandría es el centro más antiguo de ciencias sagradas en la historia del cristianismo. El medio ambiente en que se desarrolló le imprimió sus rasgos característicos: marcado interés por la investigación metafísica del contenido de la fe, preferencia por la filosofía de Platón y la interpretación alegórica de las Sagradas Escrituras. Johannes Quasten, *op.cit.*, p.317

³² Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, p.30.

Con estos breves postulados, que nos han llegado a través de la principal obra detractora del arrianismo, podemos percibir que Arrio intentó aclarar su doctrina de la subordinación del Hijo al Padre, basado en la diferencia sustancial que según él, presentaban ambos participantes de la Trinidad católica. En sus primeros años esta doctrina arriana se sustentó sobre tres axiomas o postulados básicos para esparcir sus ideas entorno al Hijo : 1) *la Divinidad no sólo es increada sino ingénita*, por lo tanto, el Hijo necesariamente: 2) *ha llegado a ser de la nada y hubo un tiempo en que no existía*. Con estos fundamentos el arrianismo pretendía definir la naturaleza de la Trinidad católica, apegándose a los principios básicos de la lógica clásica, y del subordinacionismo cristiano oriental.

Para sustentar los argumentos anteriores y poderlos explicar, Arrio se apoyó en todo momento sobre el concepto de contradicción griego, concibiendo así un solo Dios ingénito e increado del cual emanaban todas las cosas. Por esta razón el Hijo no podía ser igual al Dios increado ya que esto resultaba absurdo, el Hijo-Logos era la primera criatura hecha por Dios, creado de la nada para ser el intermediario perfecto entre Él y la Creación, sin haber emanado de la substancia divina como afirmaban los católicos.

Por estar muy cerca del Padre y ser su primera criatura, el Logos era denominado Hijo en sentido moral y no metafísico, y no sólo su acercamiento con Dios lo aproximaba a la perfección, sino que podía tener algún progreso sustancial en cualquier sentido, ya fuera intelectual, físico, moral, etc. Esta condición de criatura lo hacía susceptible de cambiar su voluntad en cualquier instante, por lo tanto no estaba exento de pecar.³⁵

Para ejemplificar lo anterior cito un párrafo de la obra de Atanasio donde glosa los fundamentos de Arrio:³⁶

[...]El Logos mismo es mutable por naturaleza, como todos, y mientras lo quiera sigue siendo bueno por el ejercicio de su propia libertad. Sin embargo, si Él quiere también puede cambiar, pues es mutable por naturaleza como nosotros.

³³Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, p.281.

³⁴Atanasio, *Discurso contra los arrianos*, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, pp.29-30.

³⁵ Es sobre este tema del cambio de voluntad en el Hijo, que algunos autores han observado en Arrio la fuerte influencia teológica de Orígenes, que pudo ser asimilada rápidamente por el presbítero, en sus primeros años de vida en Alejandría. La idea de que toda la creación es buena y necesaria, y solamente se es malo e imperfecto, en proporción al acercamiento o alejamiento de Dios; fue acuñada por Orígenes, en su intento por resolver el origen de la maldad, lo llevó a especular sobre la decisión subversiva de Satanás, ya que al haber cambiado de voluntad y querer asemejarse a Dios, mostraba que cualquier ente espiritual puede cambiar de pasión en cualquier momento, incluso regresar a su estado original. Cf. Jeffrey Burton Russell, *Satanás. La primitiva tradición cristiana*, México, FCE, 1984, pp.134-189.

De esta “adopción divina” que proponía Arrio del Padre hacia el Hijo, no resultaba ninguna semejanza esencial verdadera ya que el Logos había sido hecho primigeniamente para concluir la Creación, y sólo era percibido como el intermediario perfecto entre Dios y los mundos espiritual y material, por lo cual no podía incidir en absoluto en las determinaciones del Padre :

...Dice [Arrio], por tanto, que hay dos sabidurías: una es la que es propia y coexiste con Dios, mientras que el Hijo ha sido engendrado en esta sabiduría y al participar de ella es llamado Sabiduría y Logos; pero sólo de nombre, pues dice: “La Sabiduría existía en la sabiduría por el querer del Dios sabio”. De modo similar dice que hay otro logos aparte del Hijo en Dios, y que el Hijo es llamado Logos e Hijo al participar de ese logos por gracia.³⁷

A su vez la creación del Hijo en un tiempo y un espacio específicos, además de diferenciarlo de Dios sustancialmente, lo llevaba a desconocer la voluntad divina plenamente. Por esta razón concreta, el Hijo no era reconocido como un verdadero dios por los arrianos y por consiguiente, su sacrificio para redimir a la humanidad resultaba superfluo y lo único para lo que servía la Redención de Cristo, era como un ejemplo perfecto de piedad para enseñar a los hombres el correcto comportamiento.

Aunque estas ideas de Arrio resultaban sumamente subversivas hacia el dogma trinitario, no eran simples planteamientos egoístas para atacar al catolicismo desde su base, sino al contrario, Arrio realmente quería ofrecer una respuesta clara a lo intrincado que resultaba la comprensión del Dios trino católico y su correlativo dogma inacabado.

Si esta “nueva doctrina” se acercaba más a las tendencias filosóficas orientales que a la teología cristiana católica de donde emanó, fue porque precisamente esta doctrina buscaba adecuar la teología católica a las creencias y costumbres de la mayoría de los pobladores de Oriente, y en especial a las de los alejandrinos que se mantenían inmersos en especulaciones metafísicas. Es por ello que el arrianismo basó sus postulados en planteamientos racionalistas que podían adecuarse a la forma del pensamiento tradicional clásico, al que estaban habituados el común de aquellos hombres egipcios. Tal como lo afirma el teólogo Richard E. Rubenstein:

Las clases bajas de esta ciudad de habla griega no eran campesinos como los llamados paganos; *pagani*, término que significa “rústicos” o “ignorantes”. Por el contrario, habitaban una de las regiones más vivas, urbanas y culturalmente diversas del planeta. Muchos de ellos podían leer y escribir...incluso los individuos sin educación solían ser claros y asertivos, eran aficionados de los debates intensos y se inclinaba a formar grupos de choque...En tal escenario los panaderos o encargados de baños podían considerarse tan competentes como los filósofos y los obispos para discutir sobre

cuestiones teológicas...Y disputas tan serias como la controversia de los arrianos impulsaban a los devotos a elegir entre teologías rivales...³⁸

Como estas deducciones arrianas entorno a la Redención resultaban sumamente perturbadoras para la fe católica en general, y una inestabilidad inusitada para la iglesia egipcia en particular, la defensa del catolicismo hacia las ideas heréticas se encausó desde el principio en proteger los cimientos de su fe con base en las disertaciones teológicas, pero una vez que esta contraofensiva fracasó y el arrianismo se propagó por todo el Oriente, la Iglesia no tuvo otra alternativa más que resguardar los intereses de su Institución a través de la lucha política.

La noción de verdad que ostentaba el catolicismo no podía admitir cuestionamientos tan severos hacia su fundador Cristo. Por tal situación, una vez que las ideas arrianas fueron conocidas por la población de Alejandría, el obispo de la ciudad buscó que Arrio se retractara públicamente y se retirara de su oficio. Sin embargo, el presbítero Libio aprovechó el clima de incertidumbre y la difícil situación que atravesaba la iglesia católica de esta ciudad, que era propiciada por el melecianismo, que seguía vigente y podía robustecerse ante la emergencia súbita de estas nuevas ideas, además de que los cenobios proliferaron en el desierto de Egipto y el clero tenía que supervisarlos.³⁹

De esta manera las manifestaciones teológicas de Arrio no encontraron obstáculos en su ciudad de origen, y pudieron difundirse rápidamente hacia otras provincias orientales.

Después de dos años de múltiples fricciones y contiendas verbales, en el año 320 el obispo Alejandro reunió un sínodo en su ciudad para tratar el tema de la excomunión de Arrio y de sus adeptos. En la asamblea la condena de los arrianos fue sentenciada y avalada por un centenar de obispos de Egipto y Libia. Al término de dicha reunión el obispo Alejandro informó por medio de cartas dirigidas a las iglesias más importantes de Asia y Europa, lo sucedido en el sínodo y de la excomunión de los arrianos, buscando que con esta información que ninguna iglesia católica diera refugio ni respaldo a los herejes. La carta de Alejandro comunicaba lo siguiente:

³⁶Atanasio, *op.cit.*, p.31.

³⁷Atanasio, *ibid.*, p.30.

³⁸Richard E. Rubenstein. *Cuando Jesús llegó a ser Dios . La enorme pugna en torno a la divinidad de Cristo en los últimos días del imperio romano*, México, OCEANO,1999, p.35.

Arrio y Aquiles se han confabulado recientemente para conspirar, emulando la ambición de Coluto[...]. En efecto, Coluto es una represión contra estos hombres pues él siquiera tuvo algún pretexto para sus perversos fines; éstos, en cambio, viendo cómo traficaba aquél con Cristo, no pudieron soportar por más tiempo el seguir sometidos a la Iglesia. Se han construido para sí guardas de ladrones y en ellas tienen continuamente sus asambleas, lanzando día y noche sus calumnias contra Cristo y contra nosotros[...]. A la manera de los judíos, ponen en tela de juicio todas las doctrinas apostólicas y piadosas[...]. Negando la divinidad de nuestro Salvador y predicando que es igual a todos los demás[...]. Ahora bien, aunque, a causa de su disimulo, hemos descubierto más bien tarde su manera de vivir y sus impíos propósitos, los hemos arrojado de la Iglesia que adora la divinidad de Cristo.⁴⁰

Como Arrio creía poseer la verdad sobre el misterio de la Trinidad no aceptó la excomunión que le impuso la iglesia alejandrina. Como deseaba permanecer dentro de la jerarquía católica para aclarar su doctrina, y demostrar su inocencia y la de sus adeptos inició su defensa.

Por lo tanto, la primera determinación que tomó el presbítero alejandrino para mantener su cargo eclesiástico una vez que había sido excomulgado, fue pedir ayuda a su viejo amigo íntimo Eusebio de Nicomedia, quien era el obispo más influyente de su época, debido que ocupaba el obispado de la sede imperial de Oriente, y era miembro de la corte del emperador Licinio:

[...]Arrio injustamente perseguido por el obispo Alejandro, a causa de aquella verdad, victoriosa en todos los aspectos que tú mismo profesaste, envía saludos en el Señor a su queridísimo señor hombre de Dios, al fiel y ortodoxo Eusebio[...] el obispo nos persigue y maltrata severamente... nos ha arrojado de la ciudad como ateos por no estar de acuerdo con él en lo que públicamente predica, a saber: que el Padre lo fue siempre y que el Hijo lo fue siempre; que el Hijo es igual al Padre; que el Hijo es ingénito como el Padre; que siempre está siendo engendrado sin haber sido engendrado; que Dios no es anterior al Hijo ni por pensamiento ni por ningún intervalo, ya que Dios y el Hijo han existido siempre, y que el Hijo procede de Dios[...]. Nos persiguen porque decimos que el Hijo tiene comienzo, pero que Dios es sin comienzo. Por esto nos persiguen; y, asimismo, porque decimos que es de la nada. Y esto lo decimos porque Él no es ni parte de Dios ni de otra materia subyacente. Por esto nos persiguen; lo demás ya lo sabes. Adiós. Como discípulo en la escuela de Luciano y como hombre verdaderamente piadoso que eres no olvides nuestros sufrimientos.⁴¹

³⁹ En Egipto, el rechazo a la vida social de ciertos sectores de la población retirándose hacia zonas despobladas, había sido una práctica común desde tiempos precristianos. Las formas de vida austeras y las condiciones naturales extremas que practicaban estos aislados, dieron inicio a la vida ascética en el desierto que se fomentó con la llegada de la fe cristiana. A mediados del siglo III en el periodo de la gran crisis del Imperio, inició la vida cenobítica cristiana en Egipto, instituyéndose algunas décadas después ya en el siglo IV; surgiendo así el fenómeno del monacato tras la ardua labor de Basilio de Cesarea. Cf. *Formación de las religiones universales y de salvación. op.cit.* p.429.

⁴⁰ Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, p.17.

⁴¹ Johannes Quasten, *op.cit.* pp.12-13.

La ayuda del obispo de Nicomedia no se hizo esperar, e invitó a Arrio de inmediato a su ciudad para que conjuntamente iniciaran una campaña epistolar dirigida a los obispos *colucionastas*, con quienes ambos había estudiado algunos años atrás en la ciudad de Antioquía, y quienes podían respaldar ampliamente el movimiento arriano, ya que para ese momento la mayoría de ellos eran obispos renombrados de Asia. De esta manera, Eusebio de Nicomedia realizó un sínodo en la ciudad de Bitinia en el año 321, donde todos los clérigos reunidos absolvieron a Arrio de la excomunión que le había infringido la iglesia de Alejandría.

Después de su breve estancia en Nicomedia y con la reintegración en el clero católico, Arrio no dudó en reunirse con Eusebio de Cesarea en Palestina,⁴² ya que era una autoridad descollante en la iglesia de aquella región además de ser un gran erudito en temas eclesiásticos.

En Palestina Eusebio de Cesarea realizó un sínodo junto con otros obispos de la región simpatizantes del arrianismo como: Paulino de Tiro y Patrófilo de Escitópolis, en el cual además de ratificar la rehabilitación de Arrio dentro de la Iglesia católica, los obispos allí reunidos lo respaldaron y legitimaron para que pudiera regresar a su antiguo puesto como presbítero en Alejandría.

Una vez obtenida su absolución y con el gran apoyo que le otorgaron la mayoría de los obispos Orientales más poderosos, Arrio regresó a Alejandría en el año 321 junto con varios de sus simpatizantes, aprovechando el clima de desconcierto ocasionado por las hostilidades del emperador Licinio hacia los cristianos.

Al entrar en la ciudad egipcia los arrianos encontraron un buen recibimiento, debido a que su doctrina se había esparcido popularmente teniendo gran aceptación en diferentes estratos sociales. Las canciones arrianas habían cumplido su cometido polarizando el catolicismo de aquella ciudad, suscitando diversas *escaramuzas verbales* entre el común de los pobladores que ocasionaron diversas polémicas y debates alrededor del dogma trinitario. En aquellas impetuosas discusiones no sólo los cristianos opinaban, sino que cualquier habitante de la región podía emitir un juicio sobre estas cuestiones sagradas. Lo bochornoso y ridículo que resultaban estos comentarios sobre los fundamentos cristianos, exhibió de manera burda la credibilidad de la institución católica y la de sus iglesias ante los paganos y los judíos, que mantenían una actitud de burla hacia el cristianismo en general; tal como lo evidenció Eusebio de Cesarea:

[...]Así pues, en la misma Alejandría se altercaba con juvenil denuedo sobre lo más sublime; mientras tanto en Egipto y la Tebaida superior cundía la disensión por motivo de una controversia planteada de lo más antiguo. Total que en todas partes se desgarraban las iglesias.⁴³

De este modo, transcurridos algunos meses desde el retorno de los arrianos a Alejandría, la controversia dogmática salió de Egipto y se propagó rápidamente en los alrededores. El emperador Licinio ocupado en sus asuntos políticos y en las diferencias diplomáticas con Constantino, no pudo atender la discordia cristológica de aquella región, por lo cual el catolicismo oriental quedó dividido rápidamente en dos bandos.

En el 324 año en que comenzó la guerra entre Constantino y Licinio, la controversia trinitaria había tomado enormes dimensiones exacerbándose cada vez más sus disputas, propiciadas por la vehemencia con que se discutían los temas dogmáticos. Ello comenzó a generar desorden y violencia social en algunas ciudades orientales en donde los bandos en disputa aprovechaban el descontrol político que imperaba para altercar excesivamente .

Por esta causa, cuando Constantino obtuvo al fin la parte oriental del Imperio una vez que derrotó a su adversario Licinio en el campo de batalla, encontró un gran desorden dentro de la Iglesia católica de este hemisferio, que resultaba sumamente peligroso para la unidad y el dominio de todo el Imperio Romano. Por tal razón, el nuevo emperador único no pudo soslayar el problema eclesiástico, sino que lo encaró decididamente enviando a un obispo de su entera confianza, llamado Osio de Córdoba para supervisar de cerca los disturbios ocurridos en el norte de África y en Asia Menor; tal como lo afirmó Eusebio :

[...]Cuando se enteró el emperador de estos hechos... Sin dilación destaca en Alejandría ante las partes contendientes, como negociador de la paz, a uno que de entre los hombres religiosos de su entorno estaba más acrisoladamente probado, según llegó a cerciorarse a fondo por su historial de prudencia e integridad de fe, un hombre que en anteriores circunstancias se había asaz distinguido por la intrépida profesión de su fe...⁴⁴

⁴² Se desconoce a bien porque Eusebio de Cesarea “padre de la Historia Eclesiástica” le proporcionó ayuda a Arrio inmediatamente. Algunos autores atribuyen que esta actitud de Eusebio se pudo generar a partir de su interpretación teológica heterodoxa apegada al origenismo, o a las pugnas intestinas que mantenía con clérigos de Antioquía. Cf, Johannes Quasten, *op.cit.*, pp.345-385.

⁴³Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, *op.cit.*, p.250.

⁴⁴*Ibid.*, p.251.

Por estos motivos Osio llegó a Alejandría a finales del año 324 y de inmediato se reunió con el obispo Alejandro y con su diácono Atanasio (quien a la postre resultaría ser el mayor defensor del dogma trinitario niceno). Una vez juntos realizaron un sínodo con algunos obispos asiáticos y africanos, quienes presentaron sus testimonios de lo ocurrido con la herejía ante el enviado del emperador, para que éste pudiera percatarse del nivel y los alcances que contenía dicha herejía. Al Osio ser un clérigo de origen occidental consideró que los postulados de los arrianos eran una blasfemia manifiesta, los cuales había que combatir y extirpar inmediatamente de la Iglesia. Sin embargo comprendió también con la información que le proporcionaron sus colegas orientales, que esta tarea no sería tan sencilla de llevar a cabo, ya que los simpatizantes de Arrio en esa zona eran numerosos, y estaban dispuestos a defender sus creencias a toda costa. Ante este problema Osio se dirigió de inmediato a Nicomedia, para informar personalmente al emperador sobre los sucesos y la naturaleza de la controversia.

Una vez reunidos en la capital de Oriente, Osio comunicó a Constantino la magnitud del problema y sobre el descontrol que generaba en las provincias del norte de África y de Asia. Pese a las advertencias de su consejero, el emperador mantuvo una actitud pasiva y tolerante hacia las dos facciones redactando una carta cordial dirigida a Alejandro y Arrio por igual, donde los exhortaba a restablecer el orden y la concordia tanto dentro como fuera de las iglesias orientales:

[...] El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Alejandro y Arrio.
 Me propuse, en primer lugar hacer converger en una sola pauta de comportamiento las opiniones que todos los pueblos sustentan sobre la divinidad; en segundo lugar, restaurar y reconstruir el cuerpo común de la población[...]consciente de que si yo lograba establecer, según mis ruegos, una común armonía de sentimientos entre todos los servidores de Dios, la administración general de los asuntos de estado se beneficiaría de un cambio que correría parejo con los píos pareceres de todos...me coloco , como era de esperar, en medio de nuestra recíproca disputa cual árbitro de paz...He descubierto, pues, dónde radica la raíz de la presente querella. Pues, cuando tú Alejandro, preguntabas a los presbíteros qué pensaba cada uno de ellos sobre cierto lugar de los que están consignados en la ley, o más, bien, sobre un aspecto baladí de cierta cuestión, tú, Arrio, contestaste a tontas y a locas algo que o no era conveniente en un principio concebir, o que, concebido, tenía que haberse relegado al silencio[...]Así pues, que cada uno de vosotros, brindando el perdón de común acuerdo acoja lo que vuestro consiervo en justicia os aconseje... Porque, dado que, como dije una es nuestra fe, y una la comprensión de nuestra doctrina y el mandato de la ley prescribe que sus fracciones mantengan cerrado el conjunto, en aras de una única intención de espíritu, lo que ha suscitado en vosotros una trivial controversia.⁴⁵

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 251-261.

El hecho de que Constantino no concediera la importancia apropiada a la disensión, catalogándola como una disputa regional, vulgar e irrelevante, que sólo atañía la iglesia alejandrina, se debió porque desconocía realmente la profundidad del problema en cuestión. Las versiones que sus consejeros personales, Osio de Córdoba y Eusebio de Nicomedia, le habían proporcionado sobre el tema se mostraban contradictorias y confusas debido a que estos dos obispos discrepaban entre sí en sus opiniones, ya que mantenían una filiación adversa dentro de las discordias dogmáticas; esta causa originó que Constantino se mantuviera imparcial en un primer momento.

Sin embargo, esta postura conciliadora de Constantino hacia el conflicto religioso oriental pronto cambió, evidenciando claramente su preferencia por la religión católica, con la cual había establecido nexos sumamente fuertes algunos años antes, al haber participado en sus asuntos eclesiásticos para controlarlos plenamente. La autoridad que le había proporcionado el haber favorecido los intereses del catolicismo tras el edicto de Milán y el cisma donatista, lo legitimaron para intervenir directamente en la organización de la Iglesia católica de todo el orbe. Con estas medidas, Constantino realizó el sometimiento paulatino de la Iglesia al Estado con el fin de lograr un orden estructural total dentro del Imperio; la subordinación de los obispos a la investidura imperial, conocido como *cesaropapismo* fue determinante para el desarrollo político del Imperio hasta su caída y el subsecuente desarrollo del periodo bizantino.⁴⁶

Así a inicios del año 325, algunos meses antes del concilio ecuménico celebrado en Nicea, Osio de Córdoba presidió un sínodo en Antioquía, donde además de elegir obispo a Eustacio, respaldó la autoridad de Alejandro de Alejandría sobre su iglesia y por consiguiente, se volvió censurar al arrianismo. En aquel sínodo Eusebio de Cesarea resultó excomulgado junto con otros obispos asiáticos, debido a que se opusieron al dictamen sinodal y respaldaron en todo momento las ideas de Arrio.⁴⁷

⁴⁶ En palabras de Jean Meyer: “*la noción de cesaropapismo designa la enfermedad oriental del poder absoluto, que tiene su origen bajo Constantino... En Constantinopla (explica Meyer), el basileus, el emperador bizantino, es la sombra de Dios en la tierra...el basileus absorbe toda la autoridad sacerdotal que el patriarca no alcanza a retener para sí solo: el emperador es rey y sacerdote. El cesaropapismo sería, en esa formulación, el revés de la teocracia, concepto utilizado por Flavio José a propósito del pueblo judío: la Alianza, codificada por Moisés, constituye la teocracia por excelencia, la que hace que Dios reine sobre la tierra. En el modelo cesaropapista, no existe el sacerdote que quiere ser rey, sino el rey que afirma ser sacerdote. Contra unos emperadores occidentales prudentes y respetuosos de los derechos de la Iglesia (el modelo es Carlomagno), presentan unos emperadores que pretenden ser teólogos y gobernar el dogma...*” Cf, Jean Meyer, *La gran controversia: las iglesias cristiana y ortodoxa de los orígenes a nuestros días*, México, Tusquets, 2005, p. 69.

Ante tal coyuntura social, las condiciones estaban dispuestas para que el Estado y la Iglesia organizaran el primer concilio ecuménico de la historia, buscando solucionar para siempre la querrela religiosa y así poder afianzar su unión. No obstante, las determinaciones que se tomarían en el concilio de Nicea, lejos de terminar con las disputas religiosas generaron nuevos y más variados problemas y animadversiones, que serán analizados a continuación.

1.4 El concilio de Nicea del año 325: la elaboración del Credo, sus repercusiones teológicas y políticas tras la utilización del concepto *homoousia*-consustancial.

El “grande y santo” concilio de Nicea fue la primera gran reunión de obispos en la historia de la Iglesia católica. Fue inaugurado el 20 de mayo del año 325 por el emperador Constantino, quien fungió además como presidente del evento, al lado de su consejero el obispo Osio de Córdoba. Fueron convocados a este acontecimiento más de tres centenares de altos jerarcas católicos entre obispos, presbíteros y diáconos, quienes se albergaron en sedes imperiales por varios meses para llevar a cabo su labor⁴⁸.

Como se puede percibir esta suntuosa reunión no se pudo haber realizado sin el respaldo económico del emperador. La problemática que aquejaba a las iglesias orientales no sólo inquietaba a su organización, sino además afectaba su estabilidad económica, lo cual obligó al emperador Constantino a conjuntar a la mayor cantidad de obispos que pudo sufragar para tomar una decisión en torno a la cuestión arriana. Los preparativos para el evento fueron un hecho sin precedentes como lo resaltó Eusebio :

[...]Procedió a convocar un concilio ecuménico y con cartas expresivas de la alta consideración que le merecían invitaba a los obispos a acelerar su venida desde cualquier lugar. La orden por cierto no era tan fácil de cumplir, pero coadyuvó a su ejecución la voluntad decidida del emperador, ofreciendo a unos la posibilidad del servicio público de postas, y a otros la total disponibilidad de animales de carga. Se eligió también una ciudad apropiada para el concilio[...]Nicea en la provincia de Bitinia[...]Pues estaban reunidos para lo mismo hombres que no sólo diferían paladinamente entre sí en mentalidad, sino en características corporales, en países, regiones y lugares de origen, y una sola ciudad recibía a todos[...]Entre los ministros de Dios los había que destacaban por su sabiduría, otros por la sólida gravedad de su vida y la tenacidad de su firmeza, otros se ordenaba con un temperamento equilibrado. Los había también venerables por su juventud y el sazonado vigor de su espíritu...Para todos ellos había ordenado el emperador que día a día se les surtiera copiosamente de alimento.⁴⁹

⁴⁷ Eusebio de Cesarea, , *op.cit.*, p.260. También; cf Johannes Quasten, *op.cit.*, pp. 344-347.

Lo complejo de los debates en las sesiones del primer concilio ecuménico, obligó a que su duración se extendiera por varios meses. La atención de los cientos de clérigos reunidos en estas asambleas, se centró sobre varios temas particulares como: la oficialización de la celebración de la Pascua entre el 22 de marzo y el 25 de abril; la conclusión del cisma meleciano y de la comunidad de Coluto; la prohibición total del cambio o permuta de obispado; las determinaciones sobre cánones disciplinarios como el matrimonio de los clérigos, etc. Pero como era de esperarse el mayor interés lo acaparó la resolución de la controversia arriana, ya que lo complejo y extralimitado de sus disputas verbales durante tantos meses habían vuelto más ambigua la comprensión teológica de la Iglesia católica, y se requería con urgencia la formulación de un Credo o Símbolo de fe que resumiera y simplificara su dogma.⁵⁰

Por lo cual la determinación que tomaron los líderes de los católicos encabezados por Osio de Córdoba, para delimitar los postulados teológicos en torno al dogma trinitario y la figura del Hijo resultaron sumamente controvertidos dentro de las asambleas. Ya que para concretar rápidamente su proyecto dogmático, se apoyaron sobre el concepto consustancial (*homoousios*) definiendo así la naturaleza congénita entre el Hijo y el Padre. No obstante, al tomar esta decisión con prontitud, los obispos católicos no se percataron de que este término era demasiado problemático y arriesgado para ser vertido en el nuevo Credo ortodoxo debido a que no tenía ningún precedente bíblico, ni ninguna trascendencia en la cultura clásica en general; la única vez que había sido empleado con estos mismo fines fue en el año 268 por el obispo antioqueno Pablo de Samosata, quien también intentó explicar y definir mediante este concepto la naturaleza de la Trinidad católica. Sin embargo sus innovaciones dogmáticas lo único que ocasionaron fue su censura y su excomunión de la Iglesia, siendo catalogadas sus ideas como la herejía modalista.⁵¹

⁴⁸Ante la diversidad de versiones en los autores de la “Historia Eclesiástica” sobre el número de obispos asistentes al Concilio de Nicea; quedó convencionalmente aceptado que el número de obispos participantes fue de trescientos dieciocho. La cifra es simbólica, y hace referencia a los 318 “servidores de Abraham” que se evidencian en el Génesis 14,14. Cf, Hubert Jedin, *op.cit.*, pp. 21-23.

⁴⁹Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, pp.269-273.

⁵⁰Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, p. 289.

⁵¹Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, *op.cit.*,p. 358.

Roberto Sánchez Valencia aclara más sobre el concepto consustancial :

[...]A diferencia de los términos “cristo”, “evangelio” y “dogma”, el de “consustancialidad” no encuentra ningún antecedente ni en la filosofía, ni en la tragedia, ni en la oratoria, ni en la lengua griega. Tampoco aparece en la *Septuaginta* ni en los textos neotestamentarios, es decir que no se le empleó en ningún texto bíblico. Los “padres apostólicos”, apegados siempre a la *Sagrada Escritura*, tampoco lo utilizaron.

Fue durante las últimas décadas del siglo II y a lo largo del III cuando se le empleó en esporádicas ocasiones, habiendo sido la pluma de Hipólito romano, Irineo de Lión, Clemente de Alejandría y Orígenes las únicas en hacer uso de él. Aunque no siempre en el sentido que el concilio de Nicea le confirió al término “homoousía”.⁵²

El hecho de que Constantino diera el visto bueno a la resolución del Símbolo de fe ortodoxo, mediante la utilización de este término que años antes había sido censurado por la Iglesia misma, no sólo obedeció a una decisión pragmática para intentar reinstaurar el orden religioso y social de manera rápida en el Imperio, sino que además, fue ocasionado por su desconocimiento teológico y por el mal asesoramiento de Osio de Córdoba, quien al ser un hombre occidental y enteramente político, no contaba con los conocimientos necesarios para postular nuevos conceptos en la teología oriental.⁵³

Así, tras varios días de inconformidades entre las dos facciones por la intromisión teológica del concepto censurado, y ante las exigencias apremiantes del emperador, el Credo niceno tuvo que elaborarse de manera rápida tomando en cuenta algunos compendios de fe basados en el Nuevo Testamento que eran utilizados por algunas iglesias regionales. El Credo o Símbolo niceno se afianzó sobre la pequeña profesión de fe bautismal utilizada en la iglesia de Palestina, una vez que Eusebio de Cesarea presentara esta declaración de fe ante el concilio para acreditar su ortodoxia, la cual había sido cuestionada un año antes en Antioquía. El símbolo de fe presentado por Eusebio afirmaba lo siguiente:

...un señor Jesucristo, el Logos palabra de Dios, Dios proveniente de Dios, luz proveniente de la luz, vida proveniente de la vida, Hijo únicamente engendrado, primer engendrado de toda la creación, engendrado antes de las edades por el padre, a través Quien todas las cosas tuvieron existencia, Quien encarnó a causa de nuestros pecados y vivió entre los hombres y sufrió, y revivió al tercer día, y ascendió hacia el Padre y vendrá en gloria para juzgar la vida y la muerte.⁵⁴

⁵² Roberto Sánchez Valencia, *op.cit.*, p.121.

⁵³ Jacob Burckhardt, *op.cit.*, p.357.

⁵⁴ Richar E. Rubenstein, *Cuando Jesús llegó a ser Dios. op.cit.* pp. 107-108, También Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *Historia de la literatura cristiana antigua, griega y latina II, op.cit.*, p.36

Aunque esta profesión de fe expuesta por Eusebio en el concilio de Nicea sirvió para delinear el credo ortodoxo, también daba pie a ambigüedades dogmáticas las cuales tenían que ser solucionadas por los obispos católicos, quienes vieron en el término consustancial la forma de remediar este problema. Sin embargo, la decisión de introducir este concepto inédito en el credo niceno, fue una medida teológica sumamente arriesgada con la cual los arrianos se apoyaron en todo momento para justificar su doctrina y a su vez descalificar la de sus oponentes nicenos, aseverando que el concepto consustancial empleado en este Credo era una vertiente modificada del modalismo creado un siglo antes por Sabelio.⁵⁵

La declaración de fe nicena en sus pasajes controversiales quedó definida de esta forma:

Creemos en un solo Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador de todo lo visible
e invisible
Y en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo de Dios,
engendrado del Padre como
primogénito,
o sea, de la sustancia del Padre,
Dios de Dios,
Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
consustancial con el Padre,
por quien todo fue hecho,
lo que hay en el cielo y en la tierra,
que por nosotros los hombres
y por nuestra salvación
bajó y se hizo carne,
se hizo hombre,
padeció
y resucitó al tercer día,
subió al cielo,
viene a juzgar a vivos y a muerto.
Y en el Espíritu Santo.
A los que dicen. “ Hubo un tiempo
en el que él no existía”
y “antes de ser engendrado,
él no existía”
y que él resultó de lo no existente, o dicen que él es de otra
hipóstasis
o naturaleza,
o hecho

o variable
o mutable, el Hijo de Dios,
a esos anatemiza la católica
y apostólica Iglesia.⁵⁶

Antes de finalizar el concilio de Nicea Constantino exigió a todos los obispos ratificar el Credo con sus respectivas firmas, no sin antes haber anatemizado a la doctrina arriana; los dos únicos opositores a estas medidas, Segundo de Ptolomaida y Teonas de Mamarica, quedaron desterrados junto con Arrio a Iliria.

Finalmente la clausura del concilio de Nicea se dio el día 19 de junio de ese mismo año, y al igual que todos sus actos se efectuó de manera suntuosa. Constantino ofreció un banquete para todos los participantes celebrando además, su vigésimo aniversario como emperador romano. Ambos actos simbolizaron la estabilidad que había logrado el Imperio con la unión de la Iglesia y el Estado.⁵⁷

De este modo tres meses después de la conclusión del primer concilio ecuménico, Constantino buscaba terminar para siempre con toda disidencia dentro de la Iglesia, que amenazara con alterar la estabilidad de su gobierno, por lo cual ordenó deponer de sus sedes episcopales a algunos de los que habían sido los principales defensores del arrianismo como: Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea, desterrándolos a las Galias, argumentando que no habían firmado el anatema del arrianismo en el plazo acordado.⁵⁸

Con esta marginación de la mayoría de los líderes arrianos, el Estado constantiniano percibía un horizonte social y político pacíficos. Las disposiciones que había tomado este gobierno para controlar y ordenar a la Iglesia, se notaban sumamente eficaces momentáneamente; sin embargo, el emperador no alcanzaba a percibir que su inclusión total en los asuntos eclesiásticos, lejos de remediar los desacuerdos entre arrianos y católicos, había originado un encono mayor del que existía antes entre los dos bandos adversarios.

⁵⁵ Sabelio fue un obispo asiático del siglo III d. C. que difundió una doctrina “en la que se afirma que, siendo Dios una única persona invisible (Mónada), asume nombres diferentes en relación con los diferentes aspectos por los que se manifiesta. Se le llama Padre para referir su actividad como creador del mundo, Verbo, para su actividad como revelador en el Antiguo Testamento; Hijo para la encarnación, y Espíritu Santo, para la obra de iluminación santificadora de los apóstoles”...En resumen ésta era una doctrina monoteísta que no hacía distinción de los atributos personales de cada participante de la Trinidad. Cf., Roberto Sánchez Valencia, *op.cit.*, p.214.

⁵⁶ Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, pp.286-287.

⁵⁷ Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, p.279.

58 Johannes Quasten, *op.cit.*, pp.209-214.

1.5 El final del gobierno *cesaropapista* de Constantino I, determinado por el conflicto religioso cristiano.

La ansiedad que Constantino mostró por concluir la controversia arriana de manera súbita, precipitó aún más las controversias al haber introducido el concepto consustancial dentro de la teología oriental. Las sucesivas discusiones y las nuevas contiendas entre arrianos y católicos en todo el siglo IV, quedaron justificadas y determinadas por la supuesta aclaración de este término; ya que como se ha venido expresando, la controversia tuvo su principal sustento en la argumentación teológica precisa, debido a que a partir de ella surgieron los debates que se fueron agravando hasta llegar a la violencia, y con la inclusión del concepto consustancial inédito en la dogmática trinitaria, la batalla por ostentar la supuesta verdad cristiana obtuvo nuevos alcances, volviéndose aún más vehemente y confusa hasta abarcar el ámbito político. Eduard Gibbon explica lo embrollado del asunto, parafraseando al obispo Hilario de Potiers quien conoció ampliamente los sucesos de la crisis arriana:

[...]dice Hilario, deplorable y arriesgado que haya tantos credos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, y tantos manantiales de blasfemia como errores entre nosotros; por cuanto fraguamos y exponemos arbitrariamente los credos. Queda el Homoousion desechado, recibido y desmenuzado por sínodos sucesivos. La semejanza parcial o total del Padre con el Hijo es materia de contienda en estos tiempos malhadados. Cada año y cada luna andamos haciendo nuevos credos para describir misterios invisibles. Nos arrepentimos de lo hecho, defendemos a los arrepentidos, y luego condenamos a los que defendemos. Hollamos, ya la doctrina de otros en nosotros mismos, ya la nuestra en la de otros, y destrozándonos mutuamente, nos hemos acarreado la ruina nuestra y la ajena.⁵⁹

Aunque este testimonio fue proporcionado por un obispo occidental, que participó de la crisis algunas décadas después a los sucesos aquí aludidos, es muy ilustrativo para entender la confusión y el descontrol que provocó la utilización del nuevo concepto, en la organización y en la dogmática de la Iglesia.

Si bien la lucha entre arrianos y católicos se desarrolló y se solucionó a partir de la confrontación política; fue en la teología donde ambos bandos encontraron las causas y pretextos ideales para desacreditar a la doctrina contraria en todo momento. El nuevo impulso que adquirió la disputa a partir del concepto consustancial, fue aprovechado sobremanera por los arrianos quienes iniciaron una campaña de venganza personal, contra los creadores y defensores del Credo niceno.

⁵⁹Eduard Gibbon, *op.cit.*, p.17.

En este contexto la primera contraofensiva arriana se dio en Antioquía a cargo de Eusebio de Cesarea, quien seguía en sus funciones tras haber cooperado con la ortodoxia en el concilio de Nicea. Este obispo organizó un sínodo en esa ciudad en el año 327 d.C., que depuso al obispo católico Eustacio. Con esta determinación el arrianismo tomó el control de esta iglesia hasta la segunda mitad del siglo IV, desatando además el cisma antioqueno, que tuvo grandes repercusiones para la Iglesia católica a lo largo de este mismo siglo.⁶⁰

La confusión teológica que se percibía en el ambiente oriental no sólo afectó a Antioquía, sino que permeó en todas las provincias eclesiásticas de este hemisferio, la prohibición de la doctrina herética causó una gran inconformidad entre los pobladores de las regiones que comenzaban a simpatizar ampliamente con el arrianismo.

Como este disgusto social aumentaba y se mostraba cada vez más amenazador para la paz del Imperio, ocasionó que Constantino fuera cambiando de opinión hacia las imposiciones dictadas en el concilio de Nicea, esta polarización social no sólo influyó para que el emperador cambiara de parecer ante la proscripción de los arrianos, sino que además las personas allegadas a él fueron determinantes para persuadirlo hacia el perdón de éstos.

Las mujeres de su corte, como su esposa Fausta, su hermana Constancia y su cuñada Basilina, eran fieles devotas del arrianismo, por lo cual intercedieron por esta doctrina; sus constantes súplicas generaron en Constantino no sólo el cambio de opinión en torno a las cuestiones normativas eclesiásticas, sino además produjeron su curiosidad por la fe arriana:

[...]a los tres años escasos del concilio de Nicea; rayaron en él síntomas de compasión y aún de blandura para con la secta proscrita, favorecida reservadamente por su querida hermana. Alzáronse los destierros; y Eusebio, que por puntos fue recobrando su influjo en el ánimo de Constantino, quedó repuesto en el solio episcopal, de donde lo habían afrentosamente degradado. Trataron también los palaciegos al mismo Ario con todo el respeto debido a un inocente atropellado.⁶¹

Con el perdón de sus máximos caudillos, y ante la ausencia de Osio de Córdoba y el inminente deceso de Alejandro de Alejandría, principales líderes de la ortodoxia nicena, el arrianismo tomó un vigor inusitado popularizándose con más fuerza sobre el Oriente.

En el año 328 Arrio obtuvo la indulgencia del emperador, después de haberle dirigido una carta, en donde proponía una profesión de fe adecuada a la forma ortodoxa.⁶²

⁶⁰ Johannes Quasten, *op.cit.*, pp. 335-345; también *cf.* Jacob Burckhard, *op.cit.*, p 358.

⁶¹ Eduard Gibbon, *op.cit.*, p.21.

⁶² Johannes Quasten, *op.cit.*, pp.15-16. Tambien *cf.* Richard E. Rubenstein., *op.cit.*, pp. 132-134.

Tras este hecho, todos los arrianos desterrados fueron reintegrados a sus sedes por decreto oficial promulgado en un sínodo en Nicomedia presidido por el obispo local, sólo la iglesia de Alejandría se negó a otorgarle la comunión a Arrio; Atanasio era el nuevo obispo católico de aquella sede y miraba con gran desazón cualquier postura heterodoxa, ya fuese arriana o meleciana.

Debido a esta oposición, Eusebio de Nicomedia, ya reinstalado en la iglesia de la capital imperial, se contactó con Atanasio para intentarlo convencer de la integración de Arrio en su clero; Eusebio esperaba que con su posición preponderante como consejero íntimo del emperador, intimidaría a Atanasio causando su aprobación, pero la negativa del egipcio fue tajante, así que el obispo de Nicomedia se vio en la necesidad de comenzar una conspiración avasallante en contra de la figura de Atanasio.⁶³

A partir de aquel momento, Atanasio desempeñó un papel preponderante en la crisis arriana. Su apasionada defensa del Credo niceno lo llevó a ser el principal enemigo de los arrianos por más de cinco décadas, y lo obligó a participar de las disputas en sus dos dimensiones, tanto en el ámbito teológico como en el político.

Por la resistencia impetuosa presentada por este nuevo obispo alejandrino, quien se estaba erigiendo como el gran líder niceno, Eusebio de Nicomedia además de aliarse fuertemente con su homónimo de Cesarea, pactó con la iglesia meleciana egipcia, que seguía manteniendo su postura separatista firme ante la organización católica de la región del norte de África, causando muchos problemas sociales en aquella zona.

Con todas las fuerzas arrianas consolidadas y fortalecidas bajo el mando de los dos “eusebios”, se dio inicio a la persecución de los “nicenos”, teniendo como principal blanco a Atanasio quien era su gran opositor. Para efectuar esta venganza personal los arrianos comenzaron a idear hacia finales del año 330, la forma de marginar de su cargo al obispo alejandrino. De este modo las calumnias hacia Atanasio fueron apareciendo y se denunciaron ante el emperador por distintos sacerdotes arrianos de Asia. Los melecianos también se sumaron a estas múltiples difamaciones, logrando que Constantino buscara solucionar las diferencias a través de un sínodo.⁶⁴

⁶³*Ibid* Johannes Quasten, p.221.

⁶⁴Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, estudio introductorio, pp.41-51; también *cf*, Eduard Gibbon,*op.cit.*, p.26.

Se convocó así en el año 334 un sínodo en Cesarea Palestina, presidido por Eusebio de Cesarea, obispo de aquella ciudad y supervisado por su colega Eusebio de Nicomedia, al cual asistieron Arrio y sus múltiples partidarios de Egipto y Asia, además de los clérigos melecianos. En la reunión se pretendió la comparecencia de Atanasio para aclarar las acusaciones hacia su persona, pero debido a su ausencia, los conspiradores tuvieron argumentos legítimos para sentenciar la culpabilidad del obispo alejandrino.

De manera inmediata Arrio y los dos eusebios, escribieron a Constantino solicitando su aprobación para efectuar dos concilios que se llevarían a cabo en las ciudades de Tiro y Jerusalén sucesivamente, donde se asentarían por escrito los cargos imputados a Atanasio en un dictamen oficial.

El concilio de Tiro se realizó al año siguiente, y contó con la presencia de todos los obispos arrianos de Oriente y los jefes *colucionastas*: Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea, Patrófilo de Escitópolis, Ursacio de Singiduno y Valente de Mursa, además de Eusebio de Cesarea. Estos obispos los cuales fungieron como jueces y parte en los asuntos, ratificaron y dieron a conocer meses después en el concilio de Jerusalén, celebrado en el marco de la inauguración de la Iglesia del Santo Sepulcro.⁶⁵

Esta confabulación con la que los arrianos condenaron a Atanasio, contuvo acusaciones variadas y sumamente exageradas que rayaban en lo absurdo, como la imputación de un crimen de lesa majestad por el supuesto asesinato de un obispo, así como el enriquecimiento ilícito a través del acaparamiento de granos egipcios; sin embargo, estas denuncias no fueron las que ocasionaron que Constantino depusiera a Atanasio de su diócesis, sino la violencia y el desorden desmedido que el obispo alejandrino había propiciado y fomentado en la ciudad en su búsqueda de imponer la fe nicena a toda costa.⁶⁶

Con la marginación de Atanasio y la nueva admisión de Arrio en la comunidad de Alejandría, el emperador pretendió concluir la disensión, cambiando de parecer e inclinándose a favor de la facción arriana debido a que en esos momentos esta fe se mostraba más fuerte y con mayores posibilidades de ofrecerle la ansiada estabilidad social.

⁶⁵Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, p.39; también, *cf.* Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, pp.366- 372.

⁶⁶Hubertus R.Drobner, *op.cit.*, pp.292-293. Tambien E. Rubenstein, *op.cit.*, pp. 142-147.

Esta expectativa había sido creada y fomentada gracias al acercamiento y a la persuasión que ejercieron Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia como asesores personales de Constantino; la confianza y el prestigio que ambos personajes habían logrado con su desempeño en los concilios, los llevó a establecerse en la corte imperial y los permitió a iniciar una guerra personal contra los católicos, dirigiendo sus mayores ataques hacia Atanasio como máximo defensor de la ortodoxia.⁶⁷

Por tal motivo, pocos meses después de su deposición, Atanasio fue desterrado al Occidente hacia Tréveris, situación que le dio otra dimensión a la crisis arriana, ya que dio a conocer el conflicto en Europa y Atanasio pudo obtener el apoyo de las iglesias occidentales, además del respaldo del César Constantino II.

En Oriente y tras los decretos del sínodo de Tiro, Arrio buscaba reinstalarse nuevamente como diácono en la iglesia de Alejandría, después de haber conseguido oficializar su retorno a la Iglesia católica en el año 336, por medio de un concilio celebrado en la nueva ciudad imperial que se estaba edificando y que llevaría por nombre el epónimo del emperador Constantino.⁶⁸

A dicha reunión en Constantinopla volvieron a asistir los obispos más destacados del arrianismo asiático, en donde además de brindarle todo su apoyo a Arrio, aprobaron la permuta de sede episcopal de Eusebio de Nicomedia hacia Constantinopla. Como era evidente estas decisiones encontraron bastante resistencia de parte de los eclesiásticos católicos de la nueva capital, y del recién nombrado obispo Alejandro de Constantinopla, quienes se opusieron tajantemente a lo previsto en este concilio, debido a que el cambio de obispado había quedado prohibido en el concilio ecuménico de Nicea, ello generó nuevas rencillas y un clima de incertidumbre sumamente convulso en la nueva ciudad, en el cual Arrio falleció sin poder acceder de nuevo a la jerarquía eclesiástica que tanto anhelaba.⁶⁹

⁶⁷Johannes Quasten, *op.cit.*, pp.23-24. También E. Rubenstein, *op.cit.*, pp. 151-157.

⁶⁸La ciudad de Constantinopla, que fue construida durante seis años, se inauguró en mayo del año 330 d.C., y representó la estabilidad conseguida por el Imperio Romano bajo el gobierno del emperador Constantino como único soberano. En esta ciudad se conjugaron tanto en sus edificaciones como en su ideología, las dos visiones universalistas: la civilizadora romana y la evangelizadora cristiana, que conformaron una nueva cultura que se desarrollaría al máximo en la Edad Media. Cf. Roberto Sánchez Valencia, *op.cit.*, pp. 191-198; también, Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, pp. 304-319.

⁶⁹Jacob Burckhardt, *op.cit.*, p.359.

No obstante los conflictos internos del Imperio, en sus últimos años de vida Constantino buscó seguir expandiendo sus fronteras, sometiendo más pueblos a su dominio político y propagando su visión evangelizadora. Esta pretensión se observó en la campaña que emprendió hacia la región de Dacia en el año 336 para recuperar aquel territorio que el Imperio Romano había perdido. Su interés no sólo se centraba en el dominio político y territorial de los pueblos conquistados, sino que además pretendió ser el protector de sus habitantes, ya que se asumía como el único representante del Dios verdadero en la tierra.

Fue así como Constantino negoció la paz con el Imperio Persa, argumentando que el éxito de su gobierno se debía a la legítima consagración del Dios cristiano sobre él, la cual le había sido otorgada gracias a su fe y devoción por este Dios; y por lo tanto recomendaba al emperador persa aceptar, preservar y proteger la fe cristiana, tanto en su persona como de sus pobladores:

[...]Como guardián de la fe divina, cúpleme ser partícipe de la verdadera luz. Guiado por la luz verdadera, reconozco la fe divina. Debido a estos motivos como los hechos confirman, yo conozco la verdadera religión. Admito sin paliativos que tengo este culto como maestro en el reconocimiento de Dios santísimo. Con la fuerza de este Dios como aliado, comenzando desde los confines del Océano, poco a poco he ido despertando a todo el orbe a esperanzas firmes de salvación, de suerte que todo cuanto se hallaba esclavizado por tantos tiranos y, abandonado día tras día al infortunio, estaba arruinado...A ese Dios respeto; mi ejército, consagrado a ese Dios, lleva sobre los hombros su enseña, y dondequiera lo llame la causa de la justicia, allá se dirige[...]Imagínate, pues, con qué alegría oigo que, como yo quería, las zonas más importantes de Persia, en su mayor parte, están adornadas con ese muestrario de hombres, los cristianos[...]Ojalá te suceda a ti, como a aquellos, lo mejor y del mejor; pues aquellos tuyos son. De este modo tendrás al Señor del universo compasivo y benévolo.⁷⁰

El emperador romano siguió fomentando las costumbres cristianas dentro del Imperio; con la instauración del domingo como día santo, además de emitir algunas leyes en contra del paganismo:

...De aquí que con buen acuerdo, ordenara con interrumpidas leyes y disposiciones no sacrificar a los ídolos, no encargarse de oráculos, no erigir simulacros, no celebrar ritos ocultos no contaminar las ciudades con cruentas luchas de gladiadores.⁷¹

Otorgó más poder legal y pecuniario a los obispos y a las iglesias que comenzaron a establecerse como un orden autónomo dentro del Estado romano:

⁷⁰ Eusebio de Cesarea, *op.cit.*, pp.340-343.

⁷¹ *Ibid.*, p.349.

...Ratificó con su autoridad las sentencias de los obispos dictadas en los sínodos, de modo que no les era permitido a los gobernadores de las provincias rescindir las decisiones, pues afirmaba que los sacerdotes de Dios merecían más crédito que cualquier juez...Daba, de manera particular, a las iglesias de Dios lo más que podía, repartiendo ya fincas, ya trigo, para la manutención de gente sin recursos, niños huérfanos y mujeres viudas.⁷²

En sus últimos años de vida, Constantino no sólo afianzó al clero en la élite política del Imperio, sino también, procuró continuar su misión vinculando plenamente a sus tres hijos “legítimos” al gobierno imperial, designándoles territorio que regir: “distribuyó el gobierno del imperio entre sus tres hijos, como si se tratara de un predio familiar entre los más queridos de sus causahabientes: el lote del abuelo lo asignó al mayor, el mando del oriente al segundo, y el sector central al tercero.”⁷³

Tras repartir esta herencia entre sus tres hijos legítimos Bretaña, Galia e Hispania quedaron gobernadas por Constantino II, con su sede imperial en la ciudad de Tréveris; Constante ubicó su corte en Milán y rigió los territorios de Italia y Panonia; Constancio II con residencia en Antioquía administró Asia .

Con el clima hostil ante la posible guerra contra los persas, y con sus más de setenta años de vida y treinta de mando imperial, Constantino se encontraba muy debilitado físicamente, por lo que mandó colocar en la Iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla, su propia urna funeraria como símbolo de su jerarquía moral como cristiano y como gobernante: “El emperador consagró todo este conjunto con el designio de perennizar el recuerdo de los Apóstoles y de Nuestro Redentor...Reservó, pues, para su persona aquel lugar, a la espera del momento fatal de su muerte, y dispuso, con aquel ímpetu extraordinario de su fe, que su cadáver, tras el desenlace, participara del nombre de los Apóstoles”.⁷⁴

El 22 de mayo del año 337 en la celebración cristiana del Pentecostés, murió Constantino en “un suburbio de la ciudad de Nicomedia”, no sin antes, haberse bautizado cristiano por un obispo arriano de aquella ciudad, posiblemente Eusebio de Nicomedia.⁷⁵

Es así como concluye la primera fase en el desarrollo de la controversia arriana, que progresivamente se transformó en crisis social y política, una vez que dio paso a la división territorial e ideológica del Imperio Romano en los gobiernos de los hijos de Constantino.

⁷²*Ibid.*, pp. 353-354.

⁷³*Ibid.*, p.374.

⁷⁴*Ibid.*, pp.378-383.

⁷⁵*Ibid.*, pp.383-384.

II. Segunda fase de la crisis arriana: la polarización política e ideológica del Imperio entre los años 337 al 363 .

2.1 Antecedentes de la consolidación de los gobiernos de Constante y Constancio.

[...]A la muerte de Constantino, sus tres hijos se entregan personalmente a las facciones eclesiásticas; habían sido educados en esa línea... Sócrates nos cuenta, por ejemplo, cómo fué ganado Constancio para el arrianismo; un presbítero cuyo nombre desconocemos, que le entregó el testamento de su padre y que, con esta ocasión, se afincó en la corte, ganó al partido arriano gran mayordomo...mientras en Occidente Constantino II y después Constante son atanasianos[...] ¹

En el año 337, tras más de quince años de disputas dogmáticas, la querrela arriana había adquirido grandes proporciones que rebasaban el campo religioso y se introducían con gran fuerza, dentro de todos los ámbitos de la sociedad Imperial romana, pasando de ser una controversia dogmática sofisticada, a una disputa política violenta entre dos bandos mutuamente excluyentes.

Esto propició que los veinte años contenidos entre la década de los años cuarenta y los sesenta del siglo IV, estuvieran determinados por la polarización ideológica en los gobiernos de los herederos de Constantino, que encontraron en estas disputas arrianas los elementos adecuados para dividir al Imperio en dos bloques distintos, los cuales generaron una inestabilidad general dentro del Estado romano.

Por esta razón, a la muerte de Constantino, sus tres hijos entraron en conflicto directo por el acaparamiento del poder absoluto que había adquirido y fomentado su padre a lo largo de su reinado. Este monopolio del poder civil y religioso conocido como cesaropapismo, que se formó alrededor de la figura del emperador, propició que los nuevos augustos pretendieran obtener este poder con la ayuda y con el consentimiento de la Iglesia católica. Ya que la dote imperial que habían recibido los tres, Constantino II, Constante y Constancio II, años antes de la muerte de su padre, lejos de representar un beneficio para el orden, la unión y la estabilidad del Imperio Romano, fue la causa de la gran rivalidad y el enfrentamiento bélico por el acceso a la soberanía inconpartida.

Esta rivalidad entre los tres emperadores constantineanos surgió desde el principio de su designación al cargo. Debido a que se habían formado políticamente bajo este ideal del poder único, que había creado e impulsado su padre tras abolir la Tetrarquía, por lo que era evidente

que estos sucesores de Constantino buscaran continuar con este mismo modelo político, el cual no se podía sustentar sin el respaldo de la Iglesia católica.²

El primer combate entre los hermanos, se dio en abril del año 340 entre Constantino II y Constante, por el control total de la parte occidental del Imperio, resultando vencedor este último tras haber ocasionado la muerte de su hermano mayor; tras este hecho el Imperio quedó dividido visiblemente en dos demarcaciones antagónicas, que se mostraban muy diferentes una de la otra en su contexto real.

Así la inminente contienda entre el Oriente de Constancio contra el Occidente de Constante, encontró la justificación idónea para llevar a cabo la obtención del poder absoluto en las añejas y exacerbadas luchas dogmáticas generadas alrededor de la disputa arriana. El vínculo entre el Estado y la Iglesia que se había conformado en los años de Constantino se mostraba inquebrantable para estos momentos en que se consolidaron los dos gobiernos de sus hijos menores, sólo que para estos momentos cualquier determinación política, social, económica, jurídica, etc., asumida por ambos emperadores debía estar ceñida a los propósitos de las iglesias católicas de cada territorio, que inmersas en las beligerancias por el dominio religioso, veían en la política el medio natural para el acceso al poder religioso total.

Pese a sus pretensiones gubernamentales, los proyectos de las cortes de Constante y Constancio ya no pudieron ser autócratas como lo fueron los de su padre, la división del Estado romano en tres jurisdicciones diferentes, volvió a ocasionar que los problemas religiosos se resolvieran en su gran mayoría por intervención de las iglesias y los obispos de cada región, que para estos años desempeñaban un papel esencial en la reestructuración y organización pública del Imperio Romano, gracias al poder que obtuvieron tras el gobierno de Constantino.³

¹J. Burckhardt, *op.cit.*, p 361.

²Marcel Le Glay. *Grandeza y Caída del Imperio Romano*, Madrid, Cátedra, 2002, pp. 499-502.

³Roger Rémondon. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, Nuevo Clío 1984, pp. 81-83.

Por tal razón, los innumerables sínodos y concilios regionales que proliferaron en este tiempo, adquirieron mucha relevancia para comprender las pugnas por acaparar el dominio político y religioso, ya que muestran la conducta y las decisiones que asumieron los líderes eclesiásticos en estas asambleas, fungiendo además como autoridades civiles del Estado.⁴

Una de estas autoridades anteriormente mencionada fue Atanasio, quien después del fallecimiento de Constantino pudo volver de su destierro en la ciudad occidental de Treveris para ocupar su cargo episcopal en Alejandría. Las acciones y el carácter de este *campeón de la fe de Nicea*, fueron sumamente trascendentales dentro de la crisis arriana, debido a que fue el personaje que más participó en dicho proceso histórico, defendiendo en todo momento los intereses de la fe ortodoxa, lo que significó lógicamente que fuera el máximo referente de la ortodoxia católica y que los ataques de los arrianos se centraran casi por completo en su persona.

De esta manera, Atanasio se reinstaló en su iglesia a finales del año 337, donde permaneció y se desempeñó por dos años en una aparente tranquilidad, hasta que Eusebio de Nicomedia, quien era el más cercano confidente del emperador Constancio y máximo jefe arriano, cambió de sede episcopal de su ciudad de origen hacia Constantinopla, para permanecer así dentro de la corte de Oriente y poder ejercer cierto control sobre la administración provincial de esta región; de esta forma instigó al emperador Constancio y a todo el bando arriano asiático para celebrar un concilio regional en Antioquía, con el fin de volver a deponer de su cargo al obispo alejandrino. El concilio se realizó y trajo como consecuencia el segundo destierro de Atanasio nuevamente hacia Occidente y la imposición del obispo arriano Gregorio de Capadocia en la iglesia de Alejandría. Atanasio, junto con sus allegados más fieles, fue acogido amistosamente en Roma por el obispo Julio de la ciudad y por su viejo amigo Paulino de Treveris, quienes además de recibirlo de buena manera prepararon todas las condiciones necesarias para resguardarlo.

⁴ En los años de gobierno de los emperadores Constante y Constancio se incrementaron sobremanera los concilios y sínodos de la Iglesia católica, debido a las posturas antagónicas que asumieron ambos emperadores entorno a la crisis arriana. Entre las reuniones de obispos que tomaron las decisiones dogmáticas más relevantes se encuentran: el de Antioquía del año 341, el de Sardica del 343, los de Sirmio en el 351 y 357, el de Ancira 358, el sínodo doble de Rimini/Seleucia del 359. Los sínodos que se centraron en las cuestiones políticas y administrativas fueron: el de Egipto del año 352, el de Roma del 353, el de Arles del 353, el de Milán del 355, el de Béziers del 356. Para conocer la totalidad de las asambleas de obispos suscitadas a lo largo de la disputa arriana *cf.* Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, pp.251-260.

De esta forma Oriente y Occidente quedaron divididos completamente, ya que por mediación del obispo romano Atanasio consiguió también el apoyo del emperador Constante, quien por esa misma fecha había logrado ser el único soberano de la parte occidental del imperio; ambos sucesos significaron el distanciamiento total entre los dos hemisferio del Imperio Romano.⁵

2.1.1 Determinaciones político religiosas en Occidente y Oriente.

Con el alojamiento de una autoridad como Atanasio en sus dominios, Constante obtuvo la fuerza ideológica necesaria para hacer frente y contrarrestar la avanzada doctrinal arriana, que había logrado sobresalir en Oriente y se había consolidando como el cristianismo predominante en el Imperio Romano gracias a la ayuda proporcionada por su hermano Constancio, quien desde años atrás se había mostrado afecto a esta *nueva doctrina* y desde su ascenso como único augusto de aquella región había correspondido con favores y canonjías a los jefes de esta fe.

Tan pronto como Atanasio estuvo instalado en Roma, el obispo Julio comenzó a organizar un frente contrario a los orientales, que si bien no poseía conocimientos tan sofisticados y profundos en materia teológica como los de sus oponentes, contaba con la fuerza y la organización necesaria de todas las iglesias occidentales, para intentar neutralizar los embates arrianos de cualquier índole.⁶

Con esta intención este obispo efectuó un concilio regional en la ciudad de Roma en el año 340, en el que contó con la participación de varios obispos europeos quienes conjuntamente exoneraron a Atanasio y le brindaron todo su apoyo en defensa de la fe nicena, y alternativamente estuvieron en contra de cualquier manifestación arriana. Estas decisiones además de respaldar la causa nicena, evidenciaron las intenciones de la iglesia romana por sobresalir y lograr el mando sobre las demás metrópolis católicas.⁷

El obispo Julio sabía que este objetivo resultaba accesible y conveniente para su iglesia, puesto que desde el ascenso de Constante como único augusto del Oeste romano, este territorio lucía estable y fortalecido debido al amalgamamiento de todas las provincias occidentales bajo un sólo gobierno.

⁵ Richard Rubenstein, *op.cit.*, pp. 183-204.

⁶ Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, p.39.

⁷ Roger Rémondon, *op.cit.* pp. 78-79.

Por esta causa el emperador Constante se alcanzaba a percibir y perfilar como el único emperador romano con la capacidad necesaria para instaurar un Estado seguro y unificado como lo había hecho su padre anteriormente, brindándole así estabilidad a todos los pobladores de sus dominios. Esta idea se reforzaba además porque el gobierno de su hermano Constancio, quien representaba su máxima amenaza en la búsqueda del acaparamiento del poder absoluto romano, tenía que lidiar con el problema habitual del asedio de sus fronteras. A la amenaza endémica del Imperio Persa sobre los territorios de Oriente, se sumaba el creciente asedio godo que cada vez se aproximaba más hacia estas poblaciones romanas, avanzando y ganando terreno progresivamente al sur del Danubio.⁸

Constancio no podía enfrentar de manera decidida ni determinante este problema creciente de las incursiones de pueblos germanos sobre sus provincias, por el hecho de que los godos previamente se habían erigido como un reino cliente del Imperio Romano, estableciéndose legalmente sobre los alrededores de la frontera danubiana. A esta dificultad se agregaba, además, el hecho de que este emperador no contaba con la fuerza militar suficiente para encarar el asedio de estas tribus germanas, por lo cual resultaba ser la mejor opción para el gobierno de Oriente extender esta alianza, y continuar con la ayuda armada que los godos podían proporcionar ante las posibles incursiones de nuevos bárbaros hacia el territorio romano, o incluso contar con la posibilidad de conformar una coalición para la inminente guerra en contra de los persas.

De esta manera el emperador de Oriente optó por reforzar los pactos con el reino de Gocia, manteniendo así las relaciones mutuas de manera cordial y pacífica a través de los nexos diplomáticos entre ambos aliados. Para fomentar aún más esta amistad, Constante decidió asociarse a los godos mediante el cristianismo ya que era la ideología de vanguardia en el Imperio Romano en aquel momento, además de ser una doctrina muy adecuada para transmitir valores pacíficos hacia los germanos, y proliferar rápidamente entre los pobladores romanos que se mantenían cautivos en aquel reino. Para efectuar esta labor Constancio designó a un hombre sumamente apropiado, de nombre Wulfila, quien descendía de una familia de capadocios cristianos que habían sido capturados como rehenes por los godos. Y por tal motivo se habían vinculado estrechamente con la cultura de este pueblo, conociendo plenamente el carácter y las tradiciones de los germanos.

⁸ Heater Peter *.op.cit.*,p. 113.

Wulfila que se había formado en este entorno, además de dominar su idioma natal el goda, conocía ampliamente el latín y el griego, lo que lo posibilitó para mantener contacto con los pobladores de otras regiones del Imperio de Oriente, afianzando de esta forma su carrera eclesial dentro de la jerarquía católica.⁹

Wulfila fue nombrado por el emperador Constancio y consagrado por Eusebio de Nicomedia como: obispo de los cristianos de Gocia en el año 341, y fue enviado de manera inmediata al norte del Danubio donde permaneció ejerciendo su tarea durante siete años. Tras su expulsión de este territorio en el año 348 en un momento crítico entre las relaciones de romanos y godos, se refugió en la ciudad de Nicópolis bajo el auspicio de Constancio, donde pudo realizar la traducción de la Biblia griega al gótico (con la excepción del *Libro de los Reyes* por su alto contenido bélico, que se notaba inapropiado para ser difundido entre los godos por sus aspiraciones sobre territorio romano). Esta Biblia gótica conocida hoy en día como *Codex Argentinus*, conservada en la Universidad de Upsala en Estocolmo, contiene los cuatro Evangelios neotestamentarios y es la evidencia clara de la eminente labor de evangelización y alfabetización que realizó el obispo Wulfila hacia los godos. Esta tarea del “Pequeño lobo” no sólo adquirió gran relevancia por su aportación cultural hacia este pueblo, sino que además, esta labor significó la difusión del arrianismo hacia distintos pueblos germanos, quienes dieron a conocer esta fe en un horizonte cultural posterior.¹⁰

Como se puede deducir de lo anterior, el problema de las fronteras tenía en una posición muy comprometida al emperador de Oriente, obligándolo a poner mayor atención a esta situación que a las rencillas religiosas, dejando por el momento que las iglesias orientales tomaran sus propias determinaciones sin su aval ni su apoyo, propiciándose de esta manera que las iglesias occidentales con todo el apoyo y la atención de su emperador, comenzaran a organizarse para altercar en la disputa cristológica. A esta inestabilidad gubernamental en Oriente se sumó que en el año 341 murió el obispo de Constantinopla Eusebio de Nicomedia, quien como ya se ha expresado con anterioridad, era la figura más poderosa del movimiento arriano, además de ser el principal consejero de Constancio. El deceso del obispo de la capital de Oriente dejó acéfalo al arrianismo, significando una gran pérdida para esta causa generándose así la segmentación del movimiento que desde ese mismo año en adelante exteriorizó la discrepancia de opiniones entre sus dirigentes entorno a la forma de percibir y encarar la querrela arriana tanto en el ámbito teológico como en el político.¹¹

Para remediar esta ausencia de un gran líder arriano y mantener la unidad como las occidentales, las iglesias asiáticas celebraron un sínodo dirigido por Eusebio de Cesarea con motivo de la consagración de una iglesia en Antioquía. Las decenas de obispos asistentes prescribieron y aprobaron tres fórmulas trinitarias nuevas para intentar aglutinar todas las opiniones. Una de ellas conocida como “Segunda fórmula antioquena”, fue la más satisfactoria para los clérigos ya que reunía los elementos necesarios para cumplir con las exigencias de cualquier arriano, ya fuese con ideas moderadas o radicales, e incluso dicha fórmula podía lograr la adherencia de algún simpatizante niceno que veía en ella una confesión de fe aceptable. La fórmula implícitamente condenaba el término consustancial, resaltando a su vez la divinidad del Hijo con una sutil subordinación al Padre, contenía además un ligero planteamiento de la idea origenista de las tres hipóstasis de Dios, que más tarde detallarían los Padres Capadocios.

Por sus componentes y su enunciación ambigua, esta fórmula fue muy exitosa y utilizada en años posteriores por arrianos de toda índole, como los *homoiousianos*, que señalaban la similitud sustancial entre Padre y el Hijo; y por los *homoianos*, que enunciaban la semejanza sustancial entre ambos. Basados en esta fórmula, los líderes orientales procuraron conseguir el beneplácito del emperador Constante, presentando dos años más tarde en el concilio de Sárdica la “Cuarta fórmula antioquena” que se advertía aún más dúctil para la manipulación del dogma, y por consiguiente para la aprobación oficial.¹²

El hecho de que las iglesias arrianas tuvieran divergencias teóricas muy amplias, y pretendieran solucionarlas con propuestas flexibles como la fórmula anterior, no hace más que evidenciar el momento inestable por el que atravesaba el clero oriental en aquel momento, forzado a cambiar sus estrategias para continuar su lucha. En estos años fue sumamente manifiesta la evolución que la crisis arriana experimentó hacia el inicio de la pluralidad de vertientes dogmáticas tanto arrianas como nicenas, quienes perturbaron aun más el panorama religioso romano.

⁹ *Ibid.*, pp. 106-113.

¹⁰ *Ibid.*, pp.106-192.

¹¹ Hubertus R. Drobnrer, *op.cit.*, pp.246-247.

¹² *Ibid.*, p.253. También *cf.*, R.P. Hanson, pp.284-292.

A este desorden generalizado en el Estado de Oriente se sumaron las múltiples revueltas y escaramuzas callejeras entre arrianos y católicos que se presentaron en Constantinopla por ocupar esta sede arzobispal; dichos conflictos se extendieron hasta el año 342 debido a que los católicos propusieron a un obispo de nombre Pablo para adueñarse de la iglesia constantinopolitana, situación que no pudieron concretar puesto que la inmensa mayoría arriana propugnó por el obispo Macedonio.¹³

Como estas pugnas religiosas no concluyeron con la elección del obispo de la capital de Oriente, y continuaba un clima de mucha incertidumbre sobre la organización de la mayoría de las iglesias católicas de este hemisferio, que amenazaba con volcarse sobre el resto de las estructuras estatales de su región, para después desestabilizar a todo el Imperio Romano en general. El emperador occidental Constante, a instancia de sus allegados y ante la falta de un jefe arriano sobresaliente, aprovechó la oportunidad para organizar un concilio en el año 343 en la ciudad de Sárdica la cual se ubicaba entre los límites de ambos imperios, con el fin de concertar una paz religiosa mediante el supuesto consenso y cohesión de todos los obispos de ambos bandos en conflicto.

La encomienda de esta reunión era aclarar la postura religiosa del emperador de Occidente, quien hasta ese momento resultaba ser el soberano más preponderante de todo Imperio Romano, y se inclinaba por la defensa de la consubstancialidad del dogma niceno. Por lo tanto, reconocía y respaldaba a Atanasio como el único obispo legítimo sobre la iglesia de Alejandría, además de rehabilitar al obispo Marcelo de Ancira en su cargo, ya que este último resultaba ser un férreo detractor de las iglesias arrianismo asiáticas. La actitud de Constante en este concilio hizo patente su abierta oposición a las tendencias religiosas orientales, además de manifestar una postura adversa hacia su hermano. Así una vez concluido el concilio y emitidos sus dictámenes, los obispos orientales quedaron sumamente agraviados por las propuestas asumidas en él, ya que fueron marginados de sus asambleas y no pudieron exponer la “Cuarta fórmula antioquena” ideada para esta ocasión. Esta exclusión de la gran mayoría de los clérigos orientales del concilio de Sárdica dejó muy mal poseionado al arrianismo ante el emperador occidental, generándose así un rompimiento en las relaciones de las iglesias de ambos hemisferios, ya que varios obispos orientales en represalia de lo acontecido en Sárdica, decidieron anatemizar al mismo tiempo tanto a Atanasio, como a Marcelo de Ancira y al obispo romano Julio.

¹³ Roger Rémondon, *op.cit.*, pp. 76-82.

Eduard Gibbon expresa sobre este suceso: [...]Asoman en el concilio de Sárdica los principios de la discordia y el cisma entre las iglesias griega y latina que vinieron a deslindarse por la diferencia accidental en la fe y la distinción permanente del idioma[...] ¹⁴

En este contexto convulso y en medio de las variadas beligerancias en las iglesias de todo el Imperio, Atanasio poco a poco fue logrando erigirse como la figura más importante e influyente de la ortodoxia nicena de todo el Imperio. Sus acciones dentro de las iglesias italianas influyeron en las demás iglesias europeas, originando así un movimiento en bloque en favor de esta causa que generó como consecuencia natural que varios obispos occidentales de gran importancia en aquella región se hicieran fieles adeptos suyos. Tal fue el caso de Hilario de Potiers, Eusebio de Vercelli y Lucifer de Cagliari, además de su partidario de antaño Osio de Córdoba, quienes fueron sus principales seguidores y lo acompañaron en sus pugnas y sus vicisitudes. ¹⁵

Por esta ayuda recibida en el Oeste del Imperio y gracias al amparo de Constante, Atanasio logró regresar a su obispado en Alejandría en octubre del año 346, una vez que el obispo arriano de la ciudad conocido como Gregorio de Capadocia había muerto. El retorno del supremo representante ortodoxo al Oriente romano dejaba muy en claro que Constancio se mantenía sumamente ocupado en la posible guerra en contra de los persas, sin mostrar inquietud ni atención real al problema religioso desatado en sus dominios. El simbolismo que este suceso representó para las iglesias y los obispos arrianos de esta zona, produjo una mayor aversión de éstos en contra de Atanasio, por el hecho de que su mayor antagonista volvía a tomar posesión de la sede metropolitana de Egipto, donde había surgido la fe arriana y se mantenía sumamente difundida, significando una humillación y una derrota momentánea que sólo podía solucionarse con una contraofensiva vehemente hacia el paladín ortodoxo.

Esta actitud religiosa y política que mostró Atanasio de vuelta en su sede, se mantuvo aún más fiel hacia la fe nicena, y a pesar de estar aislado de sus compañeros occidentales, siguió desempeñando una lucha firme a favor de sus convicciones. El mecenazgo que Constante le procuró en todo momento, le permitió seguir cumpliendo sus cometidos e intentar establecerse con firmeza en el hemisferio rival.

¹⁴Eduard Gibbon, *op.cit.*, p.28.

¹⁵ Manlio Simonetti, *Hilario de Potiers y la crisis arriana en Occidente*, en Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, pp.38-40. También cf, E. Rubenstein, pp. 203-204.

Para el emperador Constante, la labor de Atanasio desempeñándose desde Alejandría además de representar una cierta solidez para el catolicismo en general, significaba el preámbulo conveniente para lograr su ascenso a la soberanía única, ya que el hecho de ejercer gran influencia sobre los territorios de su rival Constancio, sin que éste pudiera impedirlo ni revertirlo debido a sus ocupaciones primordiales en las fronteras, fue visto por el emperador de Occidente como la oportunidad idónea, para lograr su consolidación objetivo.

De este modo la tarea del obispo alejandrino en estos años no sólo sirvió en favor de los intereses religiosos de la fe nicena, sino además fue esencial para el paulatino fortalecimiento que buscaba concretar el gobierno occidental del emperador Constante, que basaba todas sus expectativas en la conjunción de las iglesias católicas con el orden civil, para así lograr consolidar un Estado fuerte que acabara con las posturas adversas del gobierno oriental.¹⁶

A su vez, Atanasio buscaba aprovechar la coyuntura de incertidumbre que se divisaba en Oriente, y la rivalidad entre los dos augustos para de una vez por todas acabar con el cisma dogmático arriano, insistiendo en que el rompimiento político y la hostilidad declarada entre Constante y Constancio eran la clave para conseguirlo. La inminente guerra que se divisaba entre los dos emperadores romanos era la ocasión que esperaba Atanasio, ya que sabía que el momento era propicio para los occidentales y sumamente desfavorable para los orientales, debido al hostigamiento de los persas y la intimidación constante de los godos. Por esta situación, el obispo alejandrino se mantenía con una actitud sumamente intolerante hacia los arrianos promoviendo en todo momento las discordias religiosas, además de exhortar a Constante hacia la contienda bélica mediante sus consejos. Eduard Gibbon afirma al respecto: [...]Declaró el emperador la resolución de emplear la tropa y el tesoro de Europa en la causa católica; y notificó por un oficio lacónico y terminante a su hermano Constancio, que a no ceder el restablecimiento de Atanasio, iría en persona y con escuadra y ejército a reponer al arzobispo en su solio de Alejandría[...]¹⁷

Por esta causa el periodo de tiempo comprendido entre los años 346 al 349, fueron un lapso de mucha tensión social y política entre ambos gobiernos romanos, originado en gran medida a partir del distanciamiento ideológico de los dos emperadores constantinianos, que encontraron en la crisis religiosa la causa y el pretexto ideal para alimentar su conflicto personal.

¹⁶Roger Rémondon, p. 78.

¹⁷Eduard Gibbon, *op.cit.*, p.29.

Así las acciones de los eclesiásticos de ambos bandos y en especial las de Atanasio, fueron sumamente importantes para polarizar al Imperio Romano en dos ideologías adversas. Por este motivo las acciones del obispo de Alejandría fungiendo como uno de los principales consejeros de Constante y desempeñándose desde Oriente, fueron percibidas y juzgadas como una gran afrenta hacia el orden oriental del Imperio, sin que los obispos ni las autoridades imperiales de esta región pudieran frenar el creciente éxito de este obispo niceno. De esta manera, el porvenir del gobierno de Occidente lucía prometedor ya que tenía grandes posibilidades de lograr la unión de todo el Estado romano bajo un solo augusto.

Sin embargo esta ligera armonía lograda por el gobierno occidental se vio interrumpida rápidamente, ya que el 18 de enero del año 350 murió el emperador Constante. Como consecuencia de un ataque perpetrado por un general germano de su ejército llamado Magencio. Tras este deceso, las tropas del Ilírico aprovecharon el descontrol y proclamaron también a su general de nombre Vetranio como augusto. La convulsión que estas insurrecciones militares produjeron al interior del territorio occidental fue enorme, situación que de inmediato alcanzó a las iglesias trastocando su momentánea prosperidad, quedando a merced de la voluntad de los usurpadores y de la del emperador de Oriente y su corte arriana.¹⁸

Para esos momentos Constancio se había enfrascado en una larga lucha en la frontera de Armenia en contra de los persas, pero en el instante que conoció lo acontecido con su hermano se vio forzado a dirigirse a Occidente para encarar a los usurpadores. Con una actitud decidida a finales del año 350 Constancio tuvo controladas a las tropas de Vetranio, y se perfilaba a desafiar a Megencio; lo único que lo obstaculizaba para realizar esta campaña era la carencia de militares de su confianza, por lo cual requirió la ayuda de su primo Galo a quien tenía recluido en un campamento en Capadocia junto a su hermano Juliano, quien posteriormente sería el único emperador romano.¹⁹

Así, a inicios del 351 nombró César de Oriente a Galo para evitar posibles levantamientos durante su ausencia en el asedio de Magencio. En septiembre de ese mismo año Constancio por fin pudo combatir al usurpador en la denominada batalla de *Mursa Major*, en la región de

¹⁸Ferdinand Lot, *El fin del Mundo Antiguo y el comienzo de la Edad Media*, México, UTEHA, 1956, pp. 166-169.

¹⁹Klaus Bringmann, *Juliano*, Barcelona, Herder, 2006, pp. 22-23.

Panonia, resultando diseminadas las tropas de Magencio por lo que tuvo que huir y refugiarse en la Galia Cisalpina, donde dos años después, en el año 353, volvió a pelear en contra de Constancio en los Alpes, en la batalla de *Mons Seleucus*, donde después Constancio se afianzó definitivamente en el trono tras el suicidio de este efímero emperador espurio.²⁰

De esta manera el emperador Constancio tomó el dominio de todo el Imperio Romano, y los obispos arrianos reemprendieron su ofensiva para alcanzar una posición preponderante definitiva dentro del Estado romano, y así comenzar a ostentar el control total en las controversias dogmáticas. Para lograrlo, reavivaron el acoso y la persecución desmedida hacia la figura de Atanasio y sus adeptos, que ya sin la figura de su protector Constante se notaban sumamente vulnerables, por lo cual los dirigentes arrianos provocaron el inicio de una nueva embestida que contaría con la colaboración del poder estatal. El desafío y las provocaciones que el obispo alejandrino había lanzado hacia el clero oriental, luego de su retorno a su iglesia en Egipto, fueron resarcidos una vez que Constancio se investió con el poder absoluto de Roma.

Con este nuevo predominio en el Imperio Romano, los obispos arrianos asiáticos Valente de Mursa y Ursacio de Sigidunum, eminentes consejeros de Constancio, comenzaron el hostigamiento de Atanasio, con el medio habitual y más eficaz que se habían venido utilizando a lo largo de la crisis arriana: las asambleas de obispos. Por esta razón, en el año 351 los cortesanos del emperador llamaron a concilio en la ciudad de Sirmio, para reactivar las acusaciones previas de Atanasio sin que éste fuera informado. Ya en la reunión los eclesiásticos arrianos sugirieron que el obispo alejandrino había insultado y traicionado al emperador Constancio llamándolo hereje y lo había excomulgado, además de haber planeado una confabulación junto con el usurpador Magencio para oponerse al inminente ascenso de Constancio como único emperador. Estas acusaciones fueron ideadas para que el emperador censurara definitivamente al líder niceno y lo volviera a marginar de sus funciones.²¹

Por lo que una vez que Constancio se informó de los temas tratados en la reunión, su reacción fue sumamente furiosa y adversa hacia Atanasio, las intrigas arrianas habían cobrado efecto, haciendo que el emperador exigiera a toda costa la deposición y el destierro del obispo Egipcio.

²⁰ Ferdinan Lot, *op.cit.*, pp. 166-169.

²¹ Atanasio, *Divinidad del Verbo Encarnado*, estudio introductorio, Madrid, Ciudad Nueva, 1989, pp.15-16.

Constancio no sólo se mostró desfavorable hacia Atanasio, sino también hacia todos los clérigos nicenos y en especial hacia los occidentales. Así que comenzó por demandar al obispo Liberio de Roma que suspendiera todo el apoyo brindado por su iglesia y por la demás occidentales hacia Atanasio y que ahora mantuvieran una actitud de rechazo fiel a su encomienda. Pero como era de esperarse y a pesar de la gran amenaza que esto representaba, el respaldo de las iglesias occidentales y el auxilio de los diversos obispos adherentes a Atanasio no cesaron con estas exigencias imperiales sino al contrario, provocaron una intercesión más firme a favor de la integridad de su líder y del nicenismo.

De este modo una vez que Constancio logró consolidar su soberanía incompartida en el año 353, después de eliminar al usurpador Magencio, estaba con la clara posibilidad de disipar todos los problemas de la Iglesia, lo cual le proporcionaría una gran estabilidad a su gobierno.

El emperador, como toda su corte, percibía en Atanasio el obstáculo real que impedía el bienestar y la paz del Imperio, por lo cual había que deshacerse de él de cualquier forma. La presión que el emperador ejerció sobre la Iglesia católica de todo el Imperio generó que todos los sínodos restantes bajo su gobierno, versaran sobre el trato que debía recibir Atanasio, además de encontrar la fórmula dogmática idónea para apaciguar los ánimos de todos los obispos arrianos.

Para llevar a cabo lo anterior, los sínodos occidentales de Arles en el año 353 y el de Milán en el 355, estuvieron encausados en dar una sentencia definitiva a las denuncias hechas en contra del obispo alejandrino. La determinación de efectuar estas dos asambleas en territorio europeo pretendía demostrar el mando del emperador oriental sobre las iglesias occidentales y sobre el obispo de Roma, obligándolos a apegarse a sus designios.

Con base a las medidas coercitivas de Constancio sobre los obispos occidentales, se logró firmar la sentencia de Atanasio, solamente unos pocos obispos estuvieron en contra de ésta decisión, entre ellos nuevamente Hilario de Potiers, Osio de Córdoba y Liberio de Roma por lo que fueron desterrados también.²²

La tercera expulsión de Atanasio de su iglesia episcopal, significó el inicio del dominio del arrianismo dentro del Imperio Romano y por consecuencia, el choque entre las distintas corrientes afines a esta versión cristológica.

²² Manlio Simonetti, *Hilario de Potiers y la crisis arriana en Occidente*, en Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, pp.38-74.

Ya sin iglesias que lo pudieran refugiar, Atanasio tuvo que huir y resguardarse en el inhóspito desierto de Egipto en un cenobio a cargo de su amigo Antonio, en donde le brindaron todo el respaldo posible censurando fuertemente la herejía arriana²³, por lo cual allí pudo dedicarse a escribir durante los seis años que estuvo aislado en esa zona, mientras en la iglesia de Alejandría los arrianos de la corte del emperador colocaron a Jorge de Capadocia como nuevo obispo de la ciudad.

La estancia de Atanasio en el desierto fue de gran importancia para el conocimiento de la crisis arriana, ya que desde aquel sitio el obispo pudo elaborar varios escritos referentes a los acontecimientos de la crisis, que han sido de gran trascendencia para el conocimiento de este fenómeno a lo largo del tiempo. Desde este desierto Atanasio pudo también establecer las bases de las hagiografías con su texto : *Vida de Antonio*.²⁴

Me detendré aquí dejando de lado los sucesos históricos de la controversia, para analizar una obra elaborada por Atanasio durante este aislamiento en el desierto, ya que este texto ha aportado gran cantidad de información histórica y teológica para el estudio del arrianismo; por tal motivo es el escrito más importante sobre este tema, desarrollado desde el contexto histórico mismo en el que se suscitaban los hechos.

2.2 El *Discursos contra los Arrianos*: obra apologética nicena, trascendental para entender la crisis arriana.

[...]Atanasio continúa[...]la tradición de Ignacio de Antioquía , de Irineo, de Metodio de Olimpo, con lo cual no hace sino explicar más o poner más en orden la teología de san Pablo y de san Juan[...]²⁵

Los *Discurso contra los Arrianos* escritos por Atanasio entre los años 356 y 362,²⁶ como única defensa posible ante la persecución exacerbada de los arrianos y del emperador Constancio, quienes de forma arbitraria y coercitiva intentaban afianzar la “falsa doctrina” mediante los textos canónicos de la tradición católica; el autor se expresa así sobre esto:

Por esta razón, entonces, al obrar inicualemente como los hijos de este siglo, habiendo alimentado su pretendida lámpara con aceite silvestre, y temiendo que se extinga rápidamente[...]la esconden bajo el celemín de su hipocresía, utilizan otras expresiones y proclaman la protección de sus amigos y el temor de Constancio, de manera que los que se unen a ellos por causa de su hipocresía y la difusión no sean capaces de ver la inmundicia de la herejía...²⁷

²³Atanasio, *Vida de Antonio*, Madrid, Ciudad Nueva, 1995, pp. 103-104.

²⁴*Ibid.*, pp. 5-16.

²⁵Henri Rondet, *Historia del Dogma*, *op.cit.*, p. 87.

²⁶Johannes Quasten, *op.cit.*, p. 30.

Entre los objetivos más apremiantes del autor en este texto se distingue con claridad, su intención de propugnar por el concepto cosustancial, tan desdeñado por los arrianos debido a que era una innovación dogmática sin sustento dentro de la tradición cristiana; por tal motivo Atanasio intentó justificar la utilización de este concepto dentro del dogma trinitario, ya que sabía que este concepto era la base de toda la fe nicena, y su correcta aclaración era vital para mantener la resistencia ortodoxa:

[...]los arrianos son también merecedores de una condena, porque al reprochar a los obispos que se han reunido en Nicea el hecho de que se hayan servido de expresiones que no se encuentran en la Escritura (las cuales, no obstante, no son ignominiosas, sino que han sido puestas para destruir su impiedad), han incurrido ellos mismos en su propia acusación, al hablar utilizando expresiones que no se encuentran en las Escrituras...Que pregunten entonces a los griegos, a quienes han oído estas expresiones (pues no son una invención de las Escrituras sino de los griegos)...²⁸

Esta obra es un extenso escrito apologético que sólo puede entenderse dilucidando el estricto sentido lógico del pensamiento del autor, que fue un reflejo fiel de los discursos dialécticos polémicos que se presentaron a lo largo de la crisis arriana. Atanasio extrajo todos sus argumentos, a partir de varios pasajes bíblicos formulándolos de tal manera que se mostraron fieles al estilo de la tradición apologética católica:

[...]a nosotros nos toca reflexionar sobre sus blasfemias. Pues aunque tampoco habría sido necesario prestar una excesiva atención a estas palabras (dado el sentido tan claro y piadosos que tienen y dada la recta fe que profesamos), sin embargo para que también a partir de ellas los impíos sean puestos en evidencia, procedemos brevemente y como hemos aprendido de nuestros padres, refutémos a partir de la expresión misma de su heterodoxia...²⁹

Hay que recalcar ante todo que la apología que emprendió el obispo alejandrino en este texto, la realizó indiscutiblemente en defensa de sus convicciones de fe y no como una simple mezquindad política, utilizando la lógica dialéctica solamente como una herramienta para esgrimir el verdadero significado del misterio de la Salvación, y no como la consumación de su obra en aras de crear un complejo sistema filosófico. Como explica el historiador Henri Rondet a Atanasio: “El logos del que hablan los filósofos no le interesa, pero sí el Verbo de Dios, al que adora en la persona de Jesús, y cuya maravillosa historia resume para mostrar que sólo ella importa para la salvación”.³⁰

²⁷ Atanasio, *Discurso contra los arrianos*, *op.cit.*, pp.38-39.

²⁸ Henri Rondet, *op.cit.*, p.72.

²⁹ *Ibid.*, p.283.

³⁰ *Ibid.*, p. 87.

Hay que agregar además que la coherencia y entereza que mostró el autor a lo largo de todas sus persecuciones y destierros, constatan esta firme convicción de fe y son una prueba fehaciente, de su vehemente confianza hacia la ortodoxia apostólica y su Credo niceno.

En *Los Discursos* el autor comienza por dar un esquema de la doctrina arriana tal como la expusieron Arrio en la *Thalia* y Asterio en el *Syntagmation*. Ambos personajes son presentados como los teóricos más destacados de la teología arriana desde sus primeros años, encargados de propagar de manera sucinta y precisa las ideas de esta doctrina. Los planteamientos proyectados por estos dos personajes se apoyaban sobre breves pasajes neotestamentarios, donde se podía aseverar la negación de la divinidad del Logos o Hijo. En *Los Discursos* se expresa que Arrio se basó sobre dos axiomas fundamentales para desarrollar sus ideas, según los cuales el Hijo: “hubo un tiempo en que no existía” y fue “creado de la nada”, de los que se desprenden varias nociones lógicas para subordinar la naturaleza del Hijo a la del Padre; por ejemplo :

Dios no fue siempre Padre sino que llegó a serlo después; que el Hijo no existió siempre porque no existió antes de ser engendrado; que no procede del Padre, sino que también el Hijo adquirió su consistencia de la nada; que no es propio de la sustancia del padre, ya que es una criatura y una cosa que ha sido hecha; que Cristo no es verdadero Dios, sino que también Él es divinizado por participación; que el Hijo no conoce con precisión al Padre y el Logos no ve al Padre completamente; y que el Logos ni entiende al Padre ni lo conoce con precisión; que no es el verdadero ni el único Logos del Padre, sino que es llamado Logos y Sabiduría sólo de nombre y es llamado Hijo y potencia por gracia; que no es inmutable como el padre, sino mutable por naturaleza como las criaturas, y no alcanza a conocer de manera comprensiva y con precisión al Padre[...] ³¹

Atanasio señala a Asterio, como el pensador que le dio más profundidad a esta teología arriana pristina, basando sus ideas en la distinción de dos sabidurías en Dios: una coeterna con Él y otra creada no coexistente con Él que es el Hijo:

[...]Sin embargo Asterio dice: “He aquí que Dios también es siempre creador y no le ha sobrevenido la potencia para crear como artífice; ¿acaso entonces, por el hecho de que sea artífice, son eternas también las cosas que han sido hechas y no es lícito decir que no existían antes de ser engendradas?” ³²

³¹ *Ibid.*, p. 37.

³² *Ibid.*, p.70.

La apología de Atanasio en contra de las aseveraciones arrianas anteriores, tuvo como principal herramienta la lógica dialéctica para refutar uno a uno los postulados de estos heresiarcas; el método consiste en distinguir en las *Escrituras* los momentos en que se refiere al Hijo como Logos divino, y cuando se habla de Él como Logos hecho carne, fue allí donde el autor encontró la clave de la defensa coherente de la figura del Hijo. La exaltación de la doble naturaleza de Cristo, como dios y como hombre, encontró fundamentos principalmente en los escritos canónicos de Juan y en las *Epístolas* de Pablo:

En efecto ninguno de los libros de la Sagradas Escrituras ha dicho algo semejante acerca del Salvador, sino más bien que existe siempre, que es eterno y que coexiste siempre con el Padre. “ En el principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios y el Logos era Dios”. Y en el Apocalipsis dice lo siguiente : “ El que es, el que era y el que viene...Pablo rebatía...dirigiéndose a los griegos les decía: “Desde la creación del mundo lo invisible de Dios es contemplado de manera inteligible en sus criaturas: su potencia eterna y su divinidad. Pablo enseña además quién es la potencia de Dios al decir: “Cristo Jesús, potencia y sabiduría de Dios”[...]”³³

Atanasio no sólo encontró elementos en los escritos de los apóstoles para sustentar su doctrina consustancial, sino que también distinguió en los autores del *Antiguo Testamento* pasajes que dieron fundamentos y cohesión a su intención de introducir esta nueva teología en la tradición ortodoxa apostólica :

[...]mientras que, por medio de Salomón, el Señor dice acerca de la creación: “Antes de crear la tierra, antes de crear los abismos, antes de que surgiesen las fuentes de agua, antes de que fuesen creados los montes, antes de que todas las colinas me creó...También por medio de Jeremías dice: “ Antes de formarte en el vientre te conocía”; y David canta: “ Señor, has sido para nosotros un refugio de generación en generación. Antes de que fuesen creados los montes y fuera moldeada la tierra y el orbe, tú exististe desde siempre. Y en el libro de Daniel: “Susana gritó con fuerte voz y dijo : Dios eterno, conocedor de cuanto está oculto, que conoces todas las cosas antes de que existan[...]”³⁴

La exégesis de Atanasio sobre los escritos de los autores canónicos sirvió también para reafirmar la doctrina nicena de la consustancialidad, dotándola de sentido auténtico dentro de la tradición bíblica, exaltando así la naturaleza divina y humana de Cristo como parte esencial de esta auténtica teología nicena. El autor la fue manifestó esta idea en distintos momentos de su obra, ya que sabía que la buena clarificación y la legitimidad de la doctrina consustancial dentro de la tradición ortodoxa estaban en función de la aclaración de la doble naturaleza del Hijo. Con este razonamiento Atanasio pretendió acabar con la herejía.

³³*Ibid.*, pp. 41-42.

³⁴*Ibid.*, p. 44.

Otro de los argumentos de la teología arriana que más intensamente combatió Atanasio tuvo que ver con la idea de la mutabilidad del Logos, que aparece señalada en distintos pasajes de las *Escrituras*. Ya que por medio de citas bíblicas de esta índole, Arrio y Asterio intentaban destacar la naturaleza cambiante del Hijo, diferente de la naturaleza inmutable de Dios. El “llegado a ser”,³⁵ y “Por esta razón Dios te ungió, tu Dios, con óleo de alegría entre los príncipes”³⁶, son ejemplos reiterativos del cambio de pasión en que supuestamente se manifestaba el Logos.

Atanasio se percató, además, de que estos argumentos que eran presentados como “sofismas”, no sólo se podían combatir y desarticular exaltando la naturaleza divina del Hijo, sino también se podían contrarrestar exaltando su misión redentora como Logos hecho carne, sabiendo que el supuesto cambio de voluntad en el Logos, se debía a los atributos humanos que adquirió cuando se hizo hombre para realizar la Redención: [...]y deberían saber la expresión llegado a ser se refiere al servicio y a la economía salvífica que ha tenido lugar[...]³⁷

El autor apuntó las siguientes líneas para aclarar que el cambio de voluntad en el Hijo no define su naturaleza divina:

[...]Fulano ha llegado a ser para mí una ayuda, y otro dijese pues para mí un refugio y para este un dispensador, al decirlo no se estarían refiriendo al origen de su generación ni a la sustancia de aquellos que les han hecho bien, sino al favor que les ha llegado por medio de ellos; de la misma manera los santos cuando dicen de Dios que ha llegado a ser y llega a ser, no se refieren tampoco al origen de su generación ...sino a la salvación que Él ha procurado a los hombre[...]³⁸

En su defensa de la fe nicena Atanasio utilizó además constantemente, el método de interpretación alegórica alejandrino bien dominado por él para explicar ortodoxamente el pasaje más utilizado por los arrianos, y por lo tanto más manipulado en las disertaciones dogmáticas. El *Proverbio 8,22*: “El señor me creó como principio de sus caminos para sus obras...”, fue el pasaje canónico al que más atención dedicó Atanasio para aclarar su correcto significado, a sabiendas de que a través de la adecuada interpretación de este *Proverbio*, se podía disipar cualquier duda de la naturaleza del Hijo:

³⁵ *Ibid.*, p.88.

³⁶ *Ibid.*, p.103.

³⁷ *Ibid.*, p.123.

³⁸ *Ibid.*, p.126.

[...]El Logos no dijo que era una criatura por naturaleza, sino que en los Proverbios utilizó la expresión: “El señor me creó”; y es evidente que no está dando a entender el sentido abiertamente, sino de forma encubierta; sentido que nosotros podemos encontrar si descorremos el velo del Proverbio. En efecto ¿quién, al escuchar a la Sabiduría artífice decir : El Señor me creó para sus obras, no busca inmediatamente el significado de estas palabras, preguntándose cómo es posible que sea creada precisamente la Sabiduría que crea?[...] ³⁹

Con este método de procedencia platónica, el autor pudo definir de mejor forma lo que en apariencia podría parecer como inconsistencias manifiestas en el texto bíblico sobre la relación directa entre la esencia del Hijo y la del Padre, exponiendo así que la única variación entre ambos, tiene que ver con que el Hijo se revela a los hombres por medio de una imagen sensible, que es representativa de la invisibilidad del Padre :

...El padre está en el Hijo, puesto que el Hijo resulta ser aquello que es propio que procede del Padre, lo mismo que el resplandor está en el sol, el pensamiento en la palabra, y la fuente en el río. Por eso ocurre quien contempla al Hijo, contempla lo propio de la sustancia del Padre...En efecto, como el ser del Hijo es la forma visible y la divinidad del Padre...Sin duda el resplandor es luz, no es algo posterior al sol, y no es otra luz distinta ni participa del sol, sino es en sentido pleno lo engendrado de él. Semejante luz que ha sido engendrada de esta manera, es por fuerza una única luz y ninguno podría decir que son dos luces, sino que, por un lado, son dos el sol y el resplandor y, por otro lado, una sola es la luz que procede del sol e ilumina en el resplandor cuanto se encuentra por todas partes... ⁴⁰

Ante esta intrincada ambigüedad entre Dios y el Logos, Atanasio se centró en hacer énfasis y en diferenciar la naturaleza ambivalente del Hijo, ya que a partir de tal principio pudo exponer y sustentar de mejor manera su divinidad, explicando que su imagen y su accionar como Cristo sólo eran el fiel reflejo de la divinidad de Dios. De esta forma el autor señaló los equívocos de los razonamientos arrianos, que confundían y mezclaban las citas bíblicas sin aclarar la obra de la salvación. Así Atanasio ubicó en la obra redentora del Hijo, la clave para dilucidar su doble naturaleza, y su relación consustancial con Dios:

...el Logos era cuerpo y no lo tenía en modo aparente sino de verdad. Convenía que el Señor, al revestirse de carne humana, se revistiese de ella completamente...es preciso atribuir los padecimientos de la carne a Aquél de cuya carne se trata...como son principalmente el hecho de ser condenado, flagelado, tener sed, la cruz, la muerte y demás debilidades del cuerpo, pertenecen al triunfo de la gracia... ⁴¹

³⁹ *Ibid.*, p.246.

⁴⁰ *Ibid.*, pp.259-261.

⁴¹ *Ibid.*, p.304.

Con estos principios metafísicos Atanasio trató de ratificar la unicidad y semejanza de Dios y el Logos , aportando a la vez progresos a la cristología canónica, ya que se percató que las acometidas arrianas más fuertes hacia el Hijo, se originaban a partir de los fragmentos bíblicos que expresaban alguna variabilidad en su ser, sin distinguir si se trataba de sus atributos divinos o humanos. Los principales pasajes extraídos de los Evangelios que utilizaron los arrianos se interpretaron acentuando los momentos en donde el Hijo mostrara alguna carencia o privación en su ser que lo evidenciaran como diferente con respecto a la naturaleza inalterable de Dios. Atanasio compiló dichos pasajes para después refutarlos uno a uno: “...y preguntaba dónde yace Lázaro” (Jn, 11, 1.34), “y preguntaba a sus discípulos ¿Cuántos panes tenéis?” (Mc 6,38), “Acercas del día y de la hora nadie sabe, ni los ángeles ni el Hijo” (Mateo 24,36) (Marcos 13,32) ⁴²

En esta tarea salvífica de Cristo que exalta el obispo alejandrino, se sustenta la legitimidad plena con la cual se puede verificar la divinidad del Hijo y es confirmada a través de la Redención, de la cual a su vez hizo partícipe a la humanidad entera:

[...]Así pues, el Hijo no decía: “Para que seáis una sola cosa como lo somos nosotros, con la intención de que fuésemos como Él, sino para que así como el Hijo, al ser el Logos está en su propio Padre, de igual manera también nosotros, al tener un cierto modelo y mirarle a Él, lleguemos a ser una sola cosa unos con otros, en concordia y en la unidad de espíritu...Somos, pues, como hijos, pero no como el Hijo; y somos dioses pero no como Dios[...]

⁴³ Queda validado de esta forma por el autor, que el Hijo es consustancial al Padre y su persona se puede explicar en estos términos: [...]el Hijo es Unigénito del Padre por ser el único que procede de Él, mientras que es Primogénito de la creación porque todos son hechos hijos[...]

⁴⁴ Una vez que Atanasio refutó uno a uno estos argumentos arrianos, dejó ver que la formulación de estas ideas se dieron a partir de la descontextualización de diversos pasajes bíblicos que fueron utilizados en relación al momento o la situación a la que se enfrentaban, presentando estas ideas como aforismos teológicos más apegados a la tradición filosófica secular que a las doctrinas teológicas cristianas del común.

⁴² *Ibid.*, pp. 295 y 317.

⁴³ *Ibid.*, pp.285-286.

⁴⁴ *Ibid.*, p.227.

De allí que este texto de Atanasio destaque reiteradamente que la doctrina arriana estaba destinada al fracaso, debido al uso desmedido y arbitrario de las citas bíblicas, que lejos de aportar una solución a la teología dogmática católica, representaban una amenaza y un problema grave para la fe cristiana en general, ya que detrás de la supuesta piedad que profesaban sus iniciadores y partidarios, se ocultaban las ostensibles intenciones de crear variados sistemas filosóficos a costa de la Escrituras, empeñándose así en imponerle al misterio de la Trinidad parámetros creados a partir de razonamientos humanos:

[...]Los arrianos, sin embargo, olvidándose de lo que oyen se refieren al Hijo de Dios, se atreven a aplicar a Dios contraposiciones que son propias de los hombres...con el propósito de negar que el Logos sea verdaderamente el Hijo de Dios. Que nos respondan: el hecho de que Dios sea bueno y compasivo ¿ es propio suyo por voluntad o no? Si es por voluntad, entonces habrá que reconocer que comenzó a ser bueno, y que puede darse el caso de que no sea bueno, ya que el querer de la voluntad y la capacidad de elegir pueden inclinarse en ambas direcciones, y este es un fenómeno propio de la naturaleza racional[...]⁴⁵

Para demostrar lo absurdo de las ideas de sus adversarios, Atanasio señaló claramente que la evolución del pensamiento arriano fue cambiando cada vez que sus planteamientos eran objetados, por lo cual pasaron así de las simples frases y cánticos modestos a una teología más detallada y profunda:

[...]Y al haber sido rebatidos nuevamente en esto , han añadido enseguida: ¿Tiene libertad y es mutable por naturaleza?. Más al haber sido rechazado también esto, se les ha ocurrido entonces citar: “ Habiendo llegado a ser en tanto superior a los ángeles. Finalmente, cuando la verdad también rebatió estas cosas, a continuación las han recopilado todas bajo los términos “ cosa hecha” y “criatura”[...]⁴⁶

La incesante interpolación y el uso descontextualizado de los pasajes vetero y neotestamentarios , en los tratados de Arrio y Asterio que se exponen en los *Discursos*, dan una clara muestra de la formación y del carácter especulativo de estos líderes, quienes supieron plasmarlo en su sistema teológico filosófico y dieron paso a diversas exégesis bíblicas heterodoxas en momentos posteriores. La confrontación entre los teóricos del arrianismo y los defensores de la ortodoxia católica se puede interpretar ante todo como el choque entre dos perspectivas cristianas incompatibles: la piadosa contra la secular, que en conceptos de Henri Rodet se define así:

⁴⁵ *Ibid.*, p.347.

⁴⁶ *Ibid.*, p.156.

[...]Arrio, pese a sus apariencias de piedad es un intelectual aferrado a un sistema del mundo; Atanasio, en cambio, es un cristiano y un pastor, para el que el cristianismo no es una doctrina filosófica, sino un mensaje de salvación...⁴⁷

El gran valor de la obra eclesiástica, teológica y política de Atanasio en favor del catolicismo, fue haber detectado las debilidades del arrianismo y evidenciarlas con la finalidad de anticipar la ruina definitiva de esta herejía. Atanasio señaló que el arrianismo estaba destinado al fracaso desde su surgimiento, debido a que había emergido de manera repentina desde el interior mismo de la institución católica, por lo cual no pudo generar una doctrina clara ni consistente independiente de esta tradición, y sólo supo aprovechar y utilizar momentáneamente el canon bíblico católico, modificando y alterando su correcto significado que se sustentaba en la herencia apostólica, para así poder dotar de sentido y legitimar esta repentina fe. Por esta razón Atanasio demuestra que los teólogos arrianos se mostraron infieles a sus propios postulados que se basaban en los razonamientos lógicos para sustentar su creencia. La necesaria sujeción a la teología dogmática católica los orilló a tener que fundamentar sus argumentos a través de la forzosa descontextualización de las citas bíblicas, ocasionando así que sus sistemas teológicos se vieran contradictorios y hasta absurdos.

Esta deficiencia en la teología arriana señalada por Atanasio en sus *Discursos*, no fue más que el referente preciso del desconcierto que aquejaba a esta doctrina en los mismos años en que el obispo alejandrino se encontraba aislado en el desierto. Pese a su buen diagnóstico de las debilidades y contradicciones del arrianismo, Atanasio no pudo evitar que esta fe predominara en el Imperio Romano en la época de Constancio.

En la segunda mitad de la década de los cincuenta del siglo IV el arrianismo, que había logrado instalarse como la religión predominante en el Estado romano, comenzaba a escindirse en diferentes facciones teológicas debido a sus diferencias de opinión entorno al término consustancial. Diversos sínodos subvencionados por el emperador Constancio pretendieron dirimir las inconformidades dogmáticas a través de la proclamación de una fórmula dogmática conveniente, que pudiera aglutinar las ideas de las diferentes posturas en pugna. Estos años pueden considerarse, a consecuencia, como el periodo de mayor éxito del arrianismo en el Imperio Romano.

⁴⁷ Henri Rondet., *op.cit.*,p.87.

2.3 Etapa final de la dinastía constantineana, entre los años 357 y 363.

En el año 357 ya con el apoyo del único emperador romano y con sus enemigos sumamente reprimidos, el arrianismo se encontraba en una posición óptima para consolidarse como la fe preponderante dentro del Imperio Romano, capaz de imponerse sobre todas las demás religiones, incluyendo al catolicismo.

Este momentáneo triunfo de los arrianos sobre su rivales nicenos en todos los ámbitos del Estado romano, lejos de originar un fortalecimiento de su doctrina propició un quebrantamiento en la visión original de ésta que terminó por fragmentar las opiniones de los principales teólogos y líderes arrianos, proliferando así de forma desmedida la enunciación de fórmulas dogmáticas que buscaban complacer las demandas de todos los devotos arrianos.

En aquel año el emperador Constancio junto con los líderes arrianos, convocaron un sínodo en la ciudad de Sirmio, para que colectivamente pudieran realizar una fórmula oficial y obligatoria para todas las corrientes arrianas de todas las regiones del Imperio con el objetivo de lograr la unificación ideológica total del territorio. Bajo la dirección de sus cortesanos Valente de Mursa, Ursasio de Sigidunum y Germinio, el emperador decretó la “Segunda fórmula de Sirmio” en la cual se evitaba toda especulación y uso de los conceptos *substantia -homoousios* y, basados en el versículo de *Jn 14,28* se acentuaba claramente la subordinación del Hijo al Padre.⁴⁸

Este sínodo fue de suma relevancia para los futuros sucesos de la crisis, ya que intensificó las diferencias entre los distintos bandos arrianos debido a que dicha reunión fue propuesta y efectuada por Aecio de Antioquía y Eunomio de Cícico, quienes fungían como los cabecillas de los arrianos radicales denominados *anomeos, neoarrianos o eunomianos*. Estos pretendían mantenerse firmes y fieles a los principios desarrollados por Arrio, pero en general se mostraban más severos en la subordinación del Hijo al Padre debido a que aseguraban que la esencia divina conocida como *ousia*, era obligatoriamente ingendrada y por lo tanto sólo el Padre poseía esta característica, por lo cual todo lo demás que era ajeno a Él, incluyendo al Hijo, era creado, y por lo tanto nada podía tener la misma esencia que Dios.⁴⁹

⁴⁸Ludwig Hertling, *Historia de la iglesia*, Barcelona, Herder, 1993, p. 144.

⁴⁹R.P.C Hanson, *op.cit.*, pp. 348-359. También cf. Johannes Quasten, *op. cit.*, pp. 341-344.

Lo extremista de esta propuesta del partido anomeo vertida en el sínodo de Sirmio, causó una enorme inconformidad en la mayoría de los asistentes al sínodo, quienes querían consensar para formular un nuevo símbolo de fe que no fuera tan rígido y se pudiera acomodar a las exigencias de todas las visiones arrianas.

Sin embargo, la clausura oficial del sínodo se dio con la propuesta unilateral de fe que presentaron los arrianos extremistas hacia el emperador, dando origen así al surgimiento de diferentes partidos arrianos con sus respectivos líderes. Esta multiplicación de bandos arrianos bien definidos, se dio con la intención de solucionar la situación teológica confusa que imperaba en Oriente. Cada una de las facciones propuso e impulsó una prescripción de fe afín con sus convicciones, que fueron presentadas y promovidas en diferentes sínodos consecutivos. Esta proliferación de credos se dio además con el propósito de conseguir la simpatía y el patrocinio total del emperador Constancio.⁵⁰

Por este motivo Basilio de Ancira líder del partido *homoiousio* también conocidos como los *eusebianos* o *semiarrianos*, preparó en el año 358 un sínodo en su ciudad episcopal donde por medio de la exposición de su símbolo de fe buscó la mediación y unión entre los simpatizantes de su partido y los adherentes nicenos, ya que ambos bandos se mostraban cercanos en sus aseveraciones dogmáticas. La “fórmula de Ancira” impulsaba una substancia divina semejante entre el Padre y el Hijo emergida de la misma divinidad, pero sin aclarar los atributos personales de cada uno.⁵¹

Esta fórmula tuvo un breve éxito, hasta que el año siguiente apareció en la ciudad de Nike su contraparte, propuesta por el partido arriano *homoiano* bajo el mando de Acacio de Cesarea sucesor de Eusebio.

⁵⁰ Es oportuno resaltar que en estos años el pensamiento arriano quedó dividido en tres facciones político-religiosas, que se diferenciaban entre sí por su interpretación en torno al término consustancial niceno. Estos partidos fueron conocidos como:

1. *Homoiousios*. arrianos moderados quienes creían en la similitud substancial entre el Padre y el Hijo.
2. *Homoianos*. Fueron arrianos que se mantuvieron también con posturas tolerantes, debido a que a través de sus ideas que postulaban la no similitud substancial entre el Padre y el Hijo, los emperadores Constancio y Valente oficializaron sus políticas religiosas.
3. *Anomeos* o *eunomianos*. Arrianos radicales que creían concluyentemente en la diferencia substancial total entre el Padre y el Hijo.

En estas disputas entre facciones arrianas se encontraba también el partido de los *homousiano-nicenos*, quienes eran catalogados de esta manera por los orientales, debido a su creencia consustancial entre el Padre y el Hijo. Cf; Bernard Sesboüé, *Historia de los dogmas (volumen I). El Dios de la salvación*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1995, pp. 199-202.

⁵¹ Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, pp.263-264. También cf, Richard Rubenstein, *op.cit.*, pp.223-228.

Dicha propuesta de fe, debido a lo incluyente y ambiguo de su diseño, daba la posibilidad de lograr el pacto definitivo con los nicenos, por lo cual consiguió el visto bueno del emperador para designarla oficialmente en el doble sínodo de Seleucia y Rímmini que se llevó a cabo en ese mismo año 359. En ambas reuniones se expuso la fórmula de los *homoianos* como la declaración de fe oficial de la Iglesia católica y, como era de esperarse, en la asamblea oriental de Seleucia que se efectuó unas semanas antes la implantación de este nuevo credo no causó tanto alboroto ni complicaciones como lo hizo en la de Rímmini, donde todos los obispos concurrentes fueron exclusivamente occidentales y de filiación nicena casi en su totalidad. Este credo oficial contenía las siguientes declaraciones de fe:

Debido a que el término esencia (*ousia*) fue adoptado por los padres en Nicea sin una adecuada reflexión o “de manera ingenua” y, al no ser del conocimiento de la gente, es ofensivo porque las escrituras no lo contienen, se ha resuelto que debe eliminarse y que en el futuro no se mencionará nada alusivo a la esencia en relación con Dios, ya que las sagradas escrituras en ningún momento se refieren a la esencia cuando hablan del Padre y del Hijo. Sin embargo, declaramos en que el Hijo es como el Padre en todo, como de hecho lo declaran y enseñan las Escrituras.⁵²

Esta fórmula que censuraba absolutamente el término consustancial y que contenía ligeras ideas arrianas, obtuvo una rotunda negativa por parte de la mayoría de los clérigos occidentales reunidos en Rímmini, que rápidamente tuvieron que cambiar de parecer ante las intimidaciones y las amenazas del emperador Constancio. Ambos sínodos concluyeron con la oficialización de la fórmula *homoiana*, constatando su aceptación con las firmas de todos los asistentes en las actas sinodales. Esta ingeniosa decisión de Constancio al separar a los obispos occidentales de los orientales en dos asambleas diferentes, hizo que la aparente unificación religiosa se pudiera alcanzar de manera rápida, posibilitando que el gobierno civil pudiera imponer de manera sencilla esta fórmula oficial en todo el Imperio. La coerción que el emperador Constancio ejerció en Rímmini, fue una determinación política sumamente ventajosa para la estabilidad de su gobierno, ya que además de acabar momentáneamente con las pugnas religiosas, pudo someter a todos los líderes nicenos opositores a su régimen.⁵³

⁵² Richar E. Rubenstein. *op.cit.*, p. 226.

⁵³ Manlio Simonetti, *Hilario de Potiers y la crisis arriana en Occidente*, en Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, pp.39-40.

Para conseguir el anhelado equilibrio gubernamental en todo su Imperio sólo faltaba que Constancio persuadiera de buena manera a todos los líderes de los partidos arrianos para que aceptaran la fórmula *homoiana* oficial, ya que estos obispos no cesaban en sus querellas dogmáticas intestinas.

En el otoño de ese mismo año el emperador congregó en la región de Isauria a representantes de las tres corrientes arrianas para informarles de la instauración real del nuevo credo de fe designado meses antes en los dos sínodos. Los líderes del partido *eunomiano* extremista, a pesar de no estar de acuerdo con la propuesta de fe de Constancio, la aceptaron sin muchas complicaciones debido a que se mantenían inmersos en sus especulaciones teológicas, además de que no contaban con los simpatizantes necesarios para manifestar una seria oposición a este decreto. En el caso del partido *homousinano* sus líderes, a pesar de contar entre sus filas con una considerable mayoría de adeptos, y de sugerir un credo más mesurado que el implantado por el emperador, no pudieron echar atrás el objetivo oficialista puesto que ya estaba todo concretado, además de que no querían enemistarse con el emperador y ser catalogados como detractores de su gobierno.

Así Constancio pudo anunciar a inicios del año 360 en un sínodo reunido en la ciudad de Constantinopla, la anhelada unificación religiosa que no se había podido lograr desde la época de su padre. Los pocos obispos que se mostraron contrarios a este decreto de inmediato fueron depuestos y desterrados. De esta forma, el nivel de consolidación del arrianismo, a pesar de estar dividido en distintas corrientes, había llegado a su punto más alto desde, y percibía un futuro sumamente favorable en el que alguna de sus vertientes podría imperar perpetuamente. Este porvenir arriano alentador es explicado por Ludwig Hertling en *Historia de la iglesia*, citando un breve fragmento de san Jerónimo: [...]Jerónimo glosaría más tarde el sorprendente giro hacia el arrianismo con las siguientes palabras: *El universo entero suspira y se admira de ser arriano...*⁵⁴

Sin embargo, la fortuna del arrianismo perfilándose como la religión estatal de Roma no duraría por mucho tiempo; pues al año siguiente, en el 361, moriría el emperador Constancio quien había ejercido un respaldo inusitado para la fe arriana, propiciando que la doctrina y la organización de esta fe mantuvieran un ascenso general en las estructuras del Imperio Romano, permitiendo que perduraran con fuerza por algunas décadas más en la contienda por la supremacía religiosa.

⁵⁴ Ludwig Hertling, *op.cit.*, p.146.

Una vez que el nuevo emperador Juliano hizo su entrada triunfal en Constantinopla en diciembre del 361 para relevar en el cargo imperial a su primo Constancio, se volvió a gestar una nueva variación en el proceso de la crisis arriana, que significó el inicio de la debacle total del arrianismo y de todos los cristianismos y religiones disidentes al catolicismo, que verían su derrota concreta justo en el momento en que el emperador Teodosio impusiera el catolicismo niceno como la religión oficial del Imperio Romano.

2.4 Ascenso de Juliano a la púrpura imperial en el año 361.

Antes de entrar a analizar los pormenores de la política religiosa del emperador Juliano, señalaré brevemente los antecedentes de su ascenso.

Con cinco levantamientos consumados desde el año 350 por distintos generales de su ejército, el emperador Constancio había formado una actitud desconfiada y suspicaz hacia sus subordinados de élite, que lo llevó a rodearse de funcionarios sumamente confiables y cercanos a él.⁵⁵

Por esta situación Juliano quien era el único pariente vivo de Constancio, fue incorporado al ejército romano en el año 355, designado para mantener en pie la frontera Oeste del Imperio en las Galias, y resguardarlas de los ataques de los francos y los alamanes.

Esta relación militar que se estableció entre Constancio y Juliano fue sumamente forzada y beligerante, ya que ambos mostraban una gran antipatía causada por las disputas familiares del pasado; Juliano mantenía un gran encono y recelo hacia su primo debido a que este había participado en el asesinato de la mayoría de sus familiares, además de ser el principal promotor de la reciente muerte de su hermano Galo. Constancio a su vez se mantuvo renuente a la idea de incluir a Juliano en su gobierno, porque además de la amenaza que esto representaba para su soberanía, había tenido una experiencia desfavorable un año antes con el nombramiento de Galo como César, que terminó con su asesinato tras una serie de conjuras.

Pero, debido al gran peligro que representaban las invasiones bárbaras para la estabilidad del Imperio, sumado a las diversas usurpaciones en su gobierno, a Constancio no le quedó otra alternativa que asociarse con su primo para intentar frenar ambos problemas; Juliano a su vez observó muy conveniente aceptar este cargo ya que de esta forma además de mantenerse con vida, podría vengarse de los agravios cometidos por su primo hacia él y sus familiares.⁵⁶

⁵⁵ Klaus Briggmann, *Juliano, op.cit.*, p. 43.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 43-70.

Así, en noviembre del año 355 Juliano quien era un joven intelectual de veinticuatro años de edad neófito en los asuntos militares, fue nombrado corregente de las Galias tras el intento de usurpación de Silvanio jefe del ejército de aquella provincia, quien fue asesinado rápidamente por los cortesanos de Constancio.

Desde aquel momento Juliano estuvo dedicado a concentrar un ejército en las Galias, lo suficientemente poderoso para defender las poblaciones occidentales aledañas y recuperar la frontera del Rin, mientras que Constancio se mantenía ocupado en resguardar la frontera oriental en el Danubio.

A partir del año 356, Juliano se mantuvo cuatro años en campaña en la parte occidental del Imperio, dedicado únicamente en tratar de pacificar la frontera del Rin y recuperar las poblaciones que se habían perdido a manos de los germanos; este corregente de las Galias inexperto en las cuestiones militares se reveló como un gran estratega en las distintas campañas que libró en contra de alamanes, francos y bretones, demostrando grandes aptitudes tácticas en las difíciles batallas de Colonia en el año 356 y de Estrasburgo en el 357, alcanzando un éxito rotundo en el restablecimiento del orden en aquella frontera.⁵⁷

Su gran capacidad bélica y su sagacidad administrativa, le valieron que su ejército lo nombrara augusto en el año 360. Juliano no sólo se supo ganar la confianza de sus tropas con estas acciones, sino además obtuvo la simpatía de los pobladores de las Galias gracias a la notable reducción de impuestos que aplicó en esta provincia, condonándoles gran cantidad de cargas fiscales a los pobladores de esta zona.⁵⁸

Su elevación a la investidura imperial bajo el amparo de sus tropas, sumado a las medidas tributarias asumidas tras su designación, le valieron a Juliano comenzar las hostilidades con Constancio, a sabiendas de que éste no podía tener una reacción armada inmediata en contra de él, ya que se mantenía sumamente ocupado haciendo los preparativos para afrontar la guerra contra los persas debido a que a finales del año 359 el emperador persa Sapor II junto con su vasto ejército, había invadido los territorios romanos aledaños al río Tigris, provocando la apremiante movilización de Constancio desde su corte imperial ubicada en Milán, hasta Constantinopla para aglutinar allí sus fuerzas.⁵⁹

⁵⁷ Amiano Marcelino, *op.cit.*, pp.201-298.

⁵⁸ Klaus Briggmann, *op.cit.*, pp.62-70.

⁵⁹ Amiano Marcelino, *op.cit.*, pp. 373-379.

Una vez que Constancio se instaló en Oriente, exigió a Juliano que le otorgara sus escuadrones más capacitados para ir en contra de los persas. Sin embargo, éste vio el momento idóneo para oponerse declaradamente a las ordenes de Constancio y de elevarse como emperador legítimo, negándose a ceder sus tropas ya que esto significaría estar desprotegido, ante un posible ataque perpetrado hacia él por los esbirros de su primo, justo como se había urdido años antes en el 354 en el asesinato de su hermano Galo. Por esta razón en vez de fortalecer el ejército de Constancio cediéndole más soldados, Juliano emprendió su avanzada para enfrentar a su adversario, dirigiéndose hacia el Danubio derrotando las fortificaciones de Constancio en el Ilírico, Sirmio, Sárdica y Filipolis.⁶⁰

A pesar de la iniciativa de Juliano de forzar un enfrentamiento definitivo entre su ejército y el de Constancio por la obtención total del Imperio este no se efectuó. Ya que Constancio murió repentinamente en noviembre de ese año, en una ciudad de Cilicia llamada Mopsukrenal junto a Tarso. Inmediatamente a la muerte de Constancio, Juliano fue designado como legítimo sucesor a la púrpura imperial por parte de los jefes militares de ambos bandos, para así evitar una inminente guerra civil.⁶¹

Una vez que Juliano estuvo consolidado como único mandatario romano, manifestó plenamente sus afinidades por la cultura clásica, mostrándose propicio hacia la religión pagana, iniciando así una política en detrimento del cristianismo.⁶²

2.4.1 El gobierno de Juliano ante el gran problema religioso cristiano.

[...]Se hizo patente a todos su perfidia apenas alcanzó el poder y pudo actuar sin cortapisas y según su capricho. Yo ya lo había advertido previamente, en los días que lo conocí en Atenas[...]⁶³

Estas líneas escritas por Gregorio de Nacianzo en los momentos en que Juliano se investió de la dignidad imperial anticipan el cúmulo de vicisitudes que se sumaron al problema religioso en este periodo. Debido a que este nuevo emperador, apasionado de la cultura grecolatina intentó impulsar y renovar estas costumbres en la sociedad romana, poniendo especial énfasis en restablecer la religión pagana.

⁶⁰ *Ibid.*, pp.384-443.

⁶¹ *Ibid.*, p.443.

⁶² Klaus Briggmann, *op.cit.*, pp. 85-89.

⁶³ *Ibid.*, p. 39.

A su llegada al máximo cargo del gobierno romano, Juliano rápidamente fue catalogado por los cristianos como el apóstata, por su inclinación y su intento de renovar los antiguos cultos paganos ampliamente difundidos en las costumbres de la población de todo el Imperio, hasta antes del fortalecimiento del cristianismo; este nuevo emperador ambicionó con volver a instalar las tradiciones y los antiguas religiones romanas en el primer plano de los intereses del Estado, por lo cual promovió una política religiosa sumamente tolerante hacia todos los credos persistentes en el Imperio Romano, y no únicamente hacia las doctrinas cristianas.

Para reavivar y reivindicar el paganismo en un tiempo en que el cristianismo estaba sumamente establecido y dominaba el panorama religioso romano, Juliano recurrió a promover y fomentar aún más la heterogeneidad y la fragmentación de ésta religión, permitiendo que cualquiera de sus manifestaciones se pudiera practicar lícitamente en la sociedad ya que esta tendencia haría, como en momentos anteriores, que los diferentes cristianismos altercaran entre sí por el predominio, sin dar oportunidad a que uno de ellos lograra erigirse sobre los demás.

Juliano se inclinó por esta estrategia religiosa debido a que conocía bien el entorno del catolicismo de su tiempo, y las circunstancias de la querrela arriana en sus diferentes aspectos, ya que como su apelativo lo indica, había recibido una educación altamente cristiana siendo formado bajo las enseñanzas de grandes teólogos de mediados del siglo IV, que le permitieron comprender claramente los problemas y los beneficios que implicaba una religión oficial para el Estado romano. Juliano comenzó a recibir la instrucción cristiana desde su infancia cuando quedó bajo la tutela del clero católico desde el año 337, una vez que su padre Julio Constancio fue asesinado junto con la mayoría de sus familiares, a cargo de los tres sucesores de Constantino, de esta forma Juliano junto con su medio hermano Galo recibieron una formación eclesiástica católica durante toda su juventud. Para perfeccionar aún más sus estudios Juliano siendo todavía un niño, quedó confiado en el año 339 bajo la protección del obispo más descollante de la época: Eusebio de Nicomedia. De allí en adelante estaría destinado única y exclusivamente al estudio de las letras cristianas y clásicas, impartidas por diferentes teólogos y retóricos destacados como: Mardonio, Libanio, Jorge de Alejandría; Jorge de Capadocia. A estas lecciones particulares se sumaron las impartidas en las escuelas de retórica de Constantinopla, Nicomedia y Atenas (donde estudió al lado de grandes pensadores cristianos como Basilio el Grande y Gregorio de Nacianzo). La incursión en estas prestigiosas escuelas

propiciaron en Juliano una personalidad sumamente cultivada que se manifestó en el momento en que llegó a poseer la púrpura imperial.⁶⁴

La supuesta flexibilidad religiosa que el gobierno de Juliano implantó en el Imperio, permitió el retorno a territorio romano de todos los perseguidos y exiliados por cualquier motivo referente a su creencia. Fue así como Atanasio junto con sus partidarios occidentales pudieron volver a sus lugares y a sus funciones de origen, reintegrándose de nuevo en el escenario de la contienda política y religiosa. Atanasio pudo volver a Alejandría en febrero del año 362 una vez que el obispo arriano Gregorio de Capadocia, quien había sido impuesto como obispo de esta ciudad, fuera asesinado en un motín popular.

Si bien el emperador Juliano se había mostrado imparcial en los asuntos religiosos en general, prohibió a todos los obispos cristianos de cualquier filiación, de manifestar sus criterios en cualquier asunto político individual o colectivo que pudiera alterar el orden del Estado; evidentemente esta medida significaba también la relegación de los eclesiásticos de las funciones públicas docentes, debido a que por medio de estas instrucciones los cristianos propagaban su creencias e ideologías de manera muy eficaz. De esta forma los líderes cristianos quedarían confinados únicamente a desempeñar las funciones concernientes a su investidura religiosa, sin tener injerencia en los asuntos públicos en general, ni en la impartición de clases en los recintos seculares, ya que estos cargos estarían reservados para los consejos municipales y los retóricos, que nuevamente se establecerían en las labores públicas y pedagógicas.⁶⁵

Pese a las ordenanzas gubernamentales anteriores, Atanasio con su firme convicción de fe habitual, una vez que volvió a tomar el control del obispado de Alejandría persistió en su lucha, organizando un concilio regional en su ciudad donde convocó a obispos de Asia, África y a algunos occidentales, para intentar la unificación de los partidos *homousiano*-niceno occidental, y del partido *homoiousiano*-semiariano oriental. Esta reunión no sólo buscaba proclamar la igualdad sustancial entre el Hijo y el Padre, lo cual solucionaría bastantes dificultades teológicas, sino que por encima de éste propósito dogmático la asamblea de obispos en Alejandría buscaba poner un fin definitivo al cisma de Antioquía comenzado en el año 330 tras el destierro del obispo niceno Eustacio. Debe recalcarse que esta disensión en el clero católico fortalecía sobremanera al arrianismo oriental, provocando que desde el año de inicio de este cisma el arrianismo dominara sobre el episcopado de aquella ciudad de Asia Menor, imponiendo sucesivos obispos hasta el año 361 en que murió el emperador Constante.

A partir de este año el clero niceno católico pudo volver a designar un obispo en la persona de Melecio. Sin embargo esta medida lejos de representar un remedio para acabar con los intereses del obispo arriano de la ciudad de nombre Euzoyo, agitó aún más las relaciones entre los clérigos ortodoxos ya que los viejos simpatizantes del obispo legítimo Eustacio, implantaron uno nuevo llamado Paulino. A consecuencia Atanasio, junto con el obispo romano y los asistentes al concilio, apoyaron a éste último obispo, situación que los llevó a tener grandes desacuerdos con los católicos orientales dirigidos por Basilio de Cesarea, quienes defendían la elección de Melecio; persistiendo así la división del catolicismo asiático e iniciando la instauración de tres obispos simultáneos en la iglesia de Antioquía .⁶⁶

De esta manera el sínodo obtuvo un avance en materia teológica debido a que consiguió conciliar y conjuntar a varios nicenos y arrianos en un solo partido, los cuales se inclinaron por la propuesta de fe mesurada presentada en él. Pero el concilio también generó una gran desavenencia en las filas católicas que desconcertaron aún más el panorama religioso del momento. El aumento de disensiones y las enemistades creadas a partir de la persistencia del cisma de Antioquía, no fue el máximo problema que tuvieron que afrontar los clérigos reunidos en el concilio de Alejandría del año 362, antes tuvieron que soportar las sanciones impuestas por el gobierno de Juliano por haber desacatado las leyes públicas con la realización de este sínodo que trataba asuntos político-religiosos, los cuales habían quedado prohibidos para el clero en general. De esta manera los principales obispos que participaron en aquella reunión fueron desterrados junto con Atanasio, a quien el emperador quería sancionar con más fuerza ya que lo consideraba como el máximo líder de la insurrección, acusándolo de ser el principal *perturbador de la paz y enemigo de los dioses*, ya que había ejercido funciones administrativas fuera de su jurisdicción .⁶⁷

Ante estas severas imputaciones Atanasio tuvo que huir por cuarta vez de su sede, refugiándose de nueva cuenta en el desierto con sus amigos los monjes, donde se ocultó por algunos meses hasta la muerte del emperador Juliano ocurrida en el año 363.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 7-42.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 94-106.

⁶⁶ Ludwig Hertling, *op.cit.*, pp. 146-147.

⁶⁷ Johannes Quasten, *op.cit.*, p.24. También *cf.* R.P.Hanson, *op.cit.*, pp.639-652.

Con las comunidades católicas reprimidas y fragmentadas, y antes de emprender su ambiciosa campaña en contra del Imperio persa, Juliano intentó instaurar un clero pagano nacional para contrarrestar el predominio religioso e ideológico del cristianismo, tomando como ejemplo la organización eclesiástica católica, reproduciendo análogamente su jerarquía y su liturgia, además de intentar crear un corpus teológico que contuviera una categorización dogmática adecuada para consolidar su Iglesia oficial. Este proyecto no prosperó, puesto que estas ideas novedosas que contemplaban conformar una Iglesia pagana única con su respectiva jerarquía eclesiástica, se mostraban sumamente artificiales y contradictorias con respecto a la naturaleza de los cultos aglutinados en ella, ya que estas costumbres y prácticas religiosas eran de muy distintas procedencias. Además de ser creencias incluyentes hacia cualquier manifestación espiritual, no buscaban establecer un dogma religioso y por lo tanto era imposible establecer una doctrina única a partir de ellas.⁶⁸

Juliano trató de llevar a cabo esta iniciativa auto nombrándose Pontífice Máximo, volviendo a revitalizar esta antigua magistratura, por lo cual comenzó a destinar grandes sumas de dinero a los templos y santuarios paganos, restituyéndoles además varios edificios para reforzar su organización.

Los grandes beneficiados con estas reformas religiosas no fueron precisamente los creyentes paganos, sino que los que aprovecharon fueron los cristianos marginados como los donatistas, quienes fueron resarcidos en sus posesiones. También los arrianos extremistas fueron favorecidos, ya que Juliano incluyó a Ecio en su corte imperial como único cristiano, por haber mantenido una relación de amistad mutua. Ecio era uno de los cabecillas de los *eunomianos*, por lo cual pudo velar por los intereses de su partido desacreditando a los demás grupos y en especial a los nicenos.⁶⁹

En este clima de divergencias y beligerancias religiosas, y ante el fracaso de su Iglesia oficial, Juliano poseyó la idea de conquistar el Imperio persa para demostrar su prosperidad y el favor de los dioses romanos hacia su gobierno, por esta razón a inicios del año 363 comenzó a hacer los preparativos para invadir a los persas en la búsqueda de deponer al emperador Sapor II, y recuperar los territorios adyacentes al río Tigris que el Imperio Romano había perdido en batallas pasadas.

⁶⁸ Klaus Briggmann, *op.cit.* pp. 98-103 y 145-198.

⁶⁹ *Ibid.*, p.88.

Por esta causa con un ejército de casi setenta mil soldados entre romanos y bárbaros, Juliano comenzó a avanzar desde su sede imperial situada en la ciudad de Antioquía, hacia la ciudad de Hierápolis ubicada cerca de la frontera con los persas⁷⁰. Esta determinación de inmediato aumentó su impopularidad hacia la ciudadanía romana, debido a que el hecho de desplazar a tal cantidad de soldados por cientos de kilómetros, implicaba un costo muy elevado para el Estado el cual tenían que sufragar la población mediante sus impuestos. Además, esta campaña bélica se notaba muy desfavorable de realizarse con éxito, debido a que se efectuaría en territorio enemigo.

Sin importarle el descrédito general de la población romana, Juliano marchó hacia Mesopotamia cruzando el río Eufrates y se adentró en los dominios del rey Sapor en la región Asiria; Gibbon lo describe así:

...atraviesan los romanos el riachuelo que separaba dos imperios poderosos y enemigos. Requisito es de la antigua disciplina el razonamiento militar, y no malogra Juliano la coyuntura de ostentar su elocuencia. Acalora a las legiones denodadas y atentas con el ejemplo del tesón y los triunfos gloriosos de sus antepasados. Enardece su encono retratándoles al vivo la insolencia de los persas, y les amonesta a que imiten su propósito irrevocable de exterminar aquella nación alevosa, o sacrificar su vida por causa de la república. Corroboró Juliano su persuasiva con el reparto de ciento treinta monedas de plata para cada soldado, y córtase en seguida el puente sobre Caboras para demostrar a la tropa que todas sus esperanzas de salvamiento se cifran en el éxito de sus armas...⁷¹

La idea de Juliano era atacar y conquistar sorpresivamente la ciudad de Ctesifonte (lugar de residencia de los reyes persas en esa época, que se ubicaba a orillas del río Tigris), ya que si lograba tomar esta fortaleza derrotaría fácilmente al rey Sapor y recobraría el territorio conquistado por el emperador Trajano en el año 116 d. C. Con unas leves victorias sobre pequeñas poblaciones que le permitieron llegar a su destino, la suerte del ejército romano comenzó a cambiar ante la muralla de la ciudad mencionada; la gran cantidad de soldados reales que se encontraban guarnecidos en ella no permitieron el asalto romano, el enfrentamiento entre los dos ejércitos dio como resultado la huida de las tropas de Juliano, que tuvieron que ocultarse por algunos días en aldeas aledañas, hasta que la persecución de las tropas persas propició la inminente batalla en campo abierto donde Juliano resultó herido de muerte. Amiano Marcelino quien fue el historiador oficial de Juliano y lo acompañó a la guerra persa, nos dio su testimonio de lo ocurrido:

⁷⁰ Eduard Gibbon., *op.cit.*, p.163.

⁷¹ E. Gibbon. *op.cit.*, p.164.

...Cuando Juliano, sin precaución alguna, vociferaba con los brazos en alto y demostraba que los enemigos habían huido aterrados, se arrojó con suma audacia a la lucha excitando así la ira de los perseguidores.

Sus guardias, que se habían dispersado por el temor, gritaban por todas partes que se alejara de la masa que huía como quien se separa de un tejado poco firme que va a caer. Entonces, sin que se sepa su procedencia, de repente la lanza de un soldado de caballería, tras pasar rozando la piel de su brazo, le atravesó las costillas y se hundió en la cara inferior de su hígado. Mientras intentaba arrancársela con la mano derecha, sintió que se había cortado los músculos de los dedos con el metal de doble filo. Cayó de su montura y fue conducido al campamento gracias a la rápida colaboración de los presentes, que le prestaron ayuda médica.⁷²

Así unos días después de la batalla de Ctesifonte a finales de junio del año 363, murió el emperador Juliano en territorio persa, dejando al ejército romano en una situación muy adversa en suelo enemigo, y un vacío de poder en el Estado romano ante su repentina muerte:

...Dejó su inesperada muerte el imperio sin dueño y sin heredero, en un estado de incertidumbre y de peligro cual nunca había padecido desde la elección de Dioclesiano...⁷³

Para los cristianos la noticia de la muerte de Juliano fue muy propicia, ya que esto significaba el retorno de los clérigos a sus antiguas funciones preponderantes tanto políticas como religiosas; y una vez que estos cristianos se volvieron a instalar en el poder, comenzaron a crear la idea de que Juliano había sido castigado y vencido por Cristo debido a su abandono de la fe cristiana; un siglo más tarde el obispo Teodoreto Ciró, sintetizaría esta creencia con su famosa frase ¡Venciste, galileo!.⁷⁴

De esta forma concluye la segunda etapa de la crisis arriana, con el fin de la dinastía constantineana tras el deceso de Juliano el “apóstata”, y su intento anacrónico de retornar a las viejas tradiciones romanas.

⁷²Amiano Marcelino, *op.cit.*, p. 591.

⁷³Eduard Gibbon, *op.cit.*, p. 180.

⁷⁴Klaus Briggmann, *op.cit.* p.208.

III. Tercera fase de la crisis arriana: el final de la disputa político-religiosa y el triunfo total del catolicismo en el Imperio Romano.

3.1 Desde el ascenso del emperador Joviano, a los inicios del gobierno de la dinastía valentiniana en el año 364.

...Después de la muerte de Juliano, no hubo tiempo para lamentos o llantos, pues, en primer lugar se ocuparon de que su cuerpo, en función de los materiales y del tiempo del que disponían, fuera enterrado donde él mismo había determinado tiempo atrás. Y así, el día siguiente al amanecer, es decir el veintisiete de junio, mientras los enemigos les rodeaban por todas partes, se reunieron los generales del ejército, convocaron a los líderes de las distintas legiones y de las tropas de caballería, y debatieron acerca de la elección de nuevo emperador¹

Con esta campaña Juliano había orillado al ejército y al Imperio a una situación muy peligrosa; sobre el ejército se volcaba una amenaza de aniquilación total en territorio enemigo, y sobre el Imperio el problema de múltiples levantamientos por detentar el poder que hacía falta tras su inesperada muerte. Para resolver estas dificultades, el consejo de generales romanos acordó desde territorio persa crear una especie de interinato en el mando del Imperio, otorgando la investidura imperial a un hombre de menor mérito en las funciones militares. Y así poder apaciguar las posibles dificultades y rencillas, que se pudieran presentar entre los generales y grandes caudillos del ejército romano. De esta manera quedó nombrado por unanimidad Flavio Joviano, quien era un oficial de las reservas del ejército como nuevo emperador romano:

[...]Atónitos e indecisos los generales con aquél desengaño, propendían al dictamen saludable de un oficial inferior de que observasen cómo en ausencia del emperador, echan el resto por librar al ejército de su actual conflicto, y si lograsen la dicha de asomar el confín de Mesopotamia, pasar en armonía y con detención al nombramiento de un soberano legítimo. Altercando estaban todavía cuando algunas voces saludaron a Joviano, que sólo era primero de los domésticos[...]²

Sobre este nuevo emperador inexperto en el alto mando recayó la difícil tarea de pactar con los persas para que les otorgara el paso libremente por sus tierras y así llevar de regreso y a salvo a las legiones al Imperio Romano. En estas negociaciones el rey Sapor II pidió a los romanos a cambio del paso, la cesión de todos los territorios y poblaciones al norte de Mesopotamia colindantes con el río Tigris. Joviano agobiado entre su inexperiencia y lo apremiante de la situación, no tuvo otra alternativa más que aceptar las condiciones desventajosas que le propuso el emperador persa, lo que le valió duras críticas a su retorno.³

¹ Amiano Marcelio, *op.cit.*, pp. 603-604.

² Eduard Gibbon, *op.cit.*, p.181.

El breve tiempo que duró el mandato de Joviano bastó para determinar de nueva cuenta la pugna religiosa entre arrianos y católicos. El emperador, que simpatizaba con estos últimos, no alcanzó a inmiscuirse en las añejas disputas entre las distintas doctrinas, lo único que se restableció en su breve gobierno fue la injerencia de los cristianos en la política religiosa imperial, promoviendo y favoreciendo nuevamente la protección de sus iglesias. El retorno de los altos jerarcas a las funciones públicas, además, permitió la reincorporación de los cristianos en la docencia. Estas medidas prepararon el terreno para que las pugnas religiosas volvieran a obtener el protagonismo que habían perdido en el mandato de Juliano, tal como lo expresa Gibbon: [...]El desacierto de su antecesor (Juliano), en vez de enfrenar la guerra religiosa, la había fomentado, y el equilibrio que aparentaba conservar entre los bandos encontrados condujo tan solo para arraigar la contienda con las vicisitudes de esperanza y de zozobra, por las demandas opuestas de la posesión anterior y de la privanza actual[...]⁴

Como había sido habitual a lo largo del siglo IV tras el ascenso de un nuevo emperador romano los exiliados políticos del pasado fueron indultados en este breve lapso de tiempo. La simpatía de Joviano por el cristianismo niceno provocó el retorno de Atanasio a Alejandría en septiembre del 363. Sus más de cincuenta años desempeñándose en la crisis arriana además de mantener en pie a la fe ortodoxa habían propiciado la formación de grandes teólogos que serían los encargados de continuar sustentando la causa nicena en años posteriores. Tanto Basilio de Cesarea (también conocido como el Grande) en Oriente, como Hilario de Potiers en Occidente, fueron fieles continuadores de la labor de Atanasio, fomentándola e infundiendo en diversos obispos de sus territorios herramientas consistentes para llevar al catolicismo a obtener el triunfo total en el año 381.

En esta tercera fase de la crisis arriana, tomaron la estafeta de la defensa nicena los dos obispos mencionados, revistiendo de su pensamiento y su carácter a sus respectivos hemisferios. La parte oriental del Imperio quedó influenciada y destinada a proporcionar los elementos teológicos necesarios para sustentar y elevar al triunfo al catolicismo; mientras la parte occidental de manera más pragmática, estuvo dedicada a gestionar los intereses de los católicos ante los emperadores en turno.

³ *Ibid.*, p.183.

⁴ *Ibid.*, p.207.

En este nuevo contexto en el que se reinsertaron los clérigos cristianos en la vida pública romana murió el emperador Joviano en febrero del año 364 en su apresurado viaje hacia la ciudad de Constantinopla para tomar posesión oficial del Estado romano; su repentina muerte dejó al Imperio sin su máximo mandatario por nueve días del 17 al 26 de febrero de ese mismo año.⁵ La nueva designación imperial imprevista que se divisaba volvía a recaer sobre los generales del ejército, quienes de manera rápida y unánime decidieron otorgar en febrero del año 364 la púrpura a un militar de abolengo sumamente capacitado llamado Valentiniano:

[...]Era Valentiniano gallardo, agraciado y majestuoso...Embargada su mocedad en la milicia, desatendió los primores literarios, pues ni entendía la lengua griega, ni alcanzaba las galas de la retórica[...]Sin estudio de más leyes que las de la disciplina militar, sobresalió luego con la diligencia eficaz y la severidad de su desempeño[...]⁶

Una vez efectuada su designación en la ciudad de Nicea, Valentiniano llegó a Constantinopla a los treinta días de haber tomado posesión y de inmediato nombró a su hermano Valente con el cargo de augusto para compartir el mando del Imperio y así poder controlar de mejor forma la administración estatal. Se dividieron en dos partes el mando del Estado romano quedando destinada la parte Occidental a Valentiniano y la Oriental a Valente:

[...]Otorgó Valentiniano a Valente la prefectura pingüe del Oriente, desde el bajo Danubio hasta Persia, reservándose para su gobierno inmediato las prefecturas belicosas del Ilírico, Italia y la Galia, desde el extremo de Grecia hasta la muralla de Calcedonia, y desde aquel antemural hasta las faldas del Monte Atlas. Quedó la administración provincial en su antigua planta[...]⁷

Al igual que Constancio, Valentiniano trasladó su residencia imperial a la ciudad de Milán y su hermano Valente volvió a instalar la sede oriental en Constantinopla; a partir de esta repartición el clero cristiano de las distintas facciones contendió por acaparar un lugar dentro de la corte de alguno de los dos emperadores. Así, una vez más, como en los tiempos Constante y Constancio, la geopolítica del Imperio Romano quedó determinada y en función de la convicción de fe de sus dos emperadores hermanos, quienes se decantaron por doctrinas distintas y adversas para implantarlas en sus territorios.

⁵ Amiano Marcelino, *op.cit.*, pp.621-622.

⁶ Gibbon *op.cit.*, p. 211.

⁷ Gibbon, *op.cit.*, p. 213.

Valentiniano reafirmó su devoción por el cristianismo niceno *homousiano* el cual profesaba desde tiempos de Juliano; Valente a su vez continuando con la política religiosa iniciada por Constancio y eligió el arrianismo *homoiano* de corte moderado que era promovido por el arzobispo de Constantinopla Eudoxio, desatando así el hostigamiento e incluso la persecución de todos los opositores a esta fe sin hacer distinción alguna.⁸

3.2 El surgimiento del relevo institucional en defensa de la fe nicena, después de la labor de Atanasio de Alejandría.

Valente se decantó rápidamente por la doctrina *homoiana* debido a que eran los años de máximo auge y efervescencia de los partidos arrianos dentro del Estado romano y la proliferación excesiva de estas facciones no sólo ocasionaba un gran desorden religioso, sino además un enorme descontrol social y político, sobre todo en los territorios orientales donde dominaban ampliamente estas asociaciones religiosas, por lo cual había que realizar rápidamente y a cualquier costo una unificación religiosa en todos sus dominios.

Evidentemente las medidas asumidas por este emperador, causaron gran inconformidad en las iglesias discrepantes con el arrianismo electo por Valente, lo cual generó que los obispos nicenos y arrianos adherentes al partido *homousiano*, que era sumamente tolerante y conciliador, realizaran un sínodo en el año 364 en la ciudad de Lámpasco cerca del Helesponto. Allí, estos eclesiásticos mantuvieron la defensa de la fórmula consustancial, además de exigir el cese del acoso hacia su doctrina. Al enterarse el emperador Valente de la resistencia de los obispos *homousianos* a su política de comunión religiosa, de inmediato decretó el exilio de todos estos clérigos, quienes rápidamente encontraron refugio y una gran aceptación en la parte occidental del Imperio, debido a que el gobierno de Valentiniano se mantenía sumamente flexible ante las disputas religiosas.⁹

De este modo Atanasio como de costumbre tuvo que abandonar su iglesia por quinta ocasión en el año 365, albergándose de nueva cuenta en el desierto de Egipto. Sin embargo, esta vez regresó a los pocos meses a ocupar su cargo en Alejandría, ya que el asedio de los visigodos tervingos a la frontera del Danubio era sumamente inquietante para la estabilidad del Oriente Romano, lo que ocasionó que el emperador Valente pusiera toda su empeño en extinguir esta gran amenaza.

⁸ Claudio Moreschini, *op.cit.*, p.32.

⁹ Ludwig Hertling, *op.cit.*, p.148.

Como toda su atención estaba puesta en la defensa de esta frontera, Valente dejó por el momento sus inquietudes religiosas para dedicarse por completo a los preparativos militares, de esta forma Atanasio pudo volver rápidamente a su episcopado en ese mismo año, debido también a que las inconformidades y tumultos que se generaron en Alejandría tras su quinta deposición, seguían persistiendo e incrementándose en esta ciudad, lo cual atemorizó al emperador de Oriente quien no quería sumar otro problema violento a la inminente guerra contra los visigodos.¹⁰

Así Atanasio fue rehabilitado en su cargo en febrero del año 366 donde permaneció con relativa tranquilidad hasta su muerte en mayo del año 373. Durante este tiempo, debido a su edad avanzada, se mantuvo en calma y lejos de la agitación de las disputas dogmáticas, su disminución física motivó a otros obispos de gran jerarquía a reemplazarlo en sus funciones con gran autoridad en la defensa ortodoxa; tal fue el caso de los ya mencionados “Padres Capadocios” y de los occidentales Dámaso de Roma y Ambrosio de Milán .

3.2.1 El relevo en Occidente.

En estos años la crisis arriana se incrementó y modificó ampliamente debido a que se incluyó en sus disputas de manera más determinante a la parte occidental del Imperio. Esto fue propiciado en gran manera por los múltiples eclesiásticos que fueron desterrados por Valente y encontraron refugio en las iglesias occidentales, ya que la gran mayoría de este clero se mantenía fiel a la creencia *homousiana*-nicena iniciada y fomentada unos años antes por Hilario de Potiers; sólo en algunas sedes como Milán, Iliria y Panonia el arrianismo contaba con algunos fieles devotos que defendían su posición.¹¹

La inclusión del clero occidental en el problema arriano (como se destacó en el capítulo primero de esta tesis), había comenzado desde algunos años atrás en la época del emperador Constantino cuando éste mandó desterrar a Atanasio hacia la ciudad Tréveris en el año del 335, desde ese momento en adelante la crisis arriana afectó progresivamente a esta parte del Imperio¹², teniendo su máxima alteración estructural en el momento en que muchos clérigos orientales, tuvieron que refugiarse en las iglesias europeas en los años en que el emperador Valente comenzó su unificación religiosa.

¹⁰ Peter Heter, *La caída del Imperio Romano*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 209-248.

Fue en este contexto que la actividad de Hilario de Potiers tomó gran relevancia sobre las iglesias católicas occidentales. Si bien para estos momentos dicho obispo ya había fallecido, su labor pionera en este hemisferio dentro de la crisis arriana se acrecentó sobremanera tras el amparo brindado por las iglesias occidentales a los eclesiásticos perseguidos por Valente.¹³

El amplio conocimiento de la teología oriental que Hilario adquirió tras su exilio en Frigia entre los años 356-361 posibilitó la introducción de la ardua tradición apologética del Credo niceno en Occidente que había sostenido afanosamente Atanasio de Alejandría durante varias décadas. El evidente desgaste físico de este obispo egipcio generado a lo largo de sus exilios, permitió que Hilario se erigiera como la máxima autoridad occidental de estos años en defensa de la ortodoxia nicena.

Hilario comenzó su función siguiendo las posturas teológicas de Atanasio cuando se conocieron en Roma durante el segundo destierro de éste entre los años 339-346. Desde aquel momento Hilario siguió con fidelidad y cercanía el desempeño de Atanasio en defensa de la fe nicena, lo que le valió conseguir la pronta antipatía del círculo de arrianos occidentales y en especial de Saturnino de Arles y del emperador Constancio, quien ordenó desterrarlo a Frigia en el año 356 después del concilio de Béziers. Como es indicado por Manlio Simonetti :

[...] Los años de exilio en Oriente, fueron decisivos para la formación cultural y doctrinal de Hilario. Aquí pudo conocer las obras de escritores cristianos de lengua griega, en especial las de Orígenes, que ejercieron en él profunda influencia, disipando los últimos resabios materialistas que había contraído en Tertuliano y convirtiéndolo al espiritualismo platónico[...]¹⁴

La formación teológica de Hilario, previa a sus años de vida en Asia, carecía de la complejidad y los matices teológicos para alcanzar a comprender en su totalidad la crisis arriana. En Frigia gracias a la gran libertad que tuvo, pudo acercarse y conocer las posturas teológicas de los *homoiousianos* cuyas ideas eran inexistentes en Occidente. Por medio de éstas pudo entender a fondo la problemática de la teología post nicena.

¹¹ Hay que señalar que la resistencia del arrianismo en occidente en este periodo no sólo corrió a cargo de los clérigos, sino también de las distintas tropas de godos acantonadas en diversos lugares de Europa, que promulgaban la fe arriana fomentada por el obispo Wulfila. Cf. *Hilario de Potiers y la crisis arriana en Occidente*, en Angelo Di Bernardino, *op.cit.*, p.41.

¹² *Ibid.* p.55.

¹³ *Ibid.*, pp.38-84.

¹⁴ *Ibid.*, p.42

Comprendió que el planteamiento del concepto consustancial niceno que fue introducido y difundido en Occidente, y que se mantenía intacto en el clero católico de aquella zona, mostraba contradicciones dogmáticas evidentes, debido a que para distanciarse de los postulados arrianos los obispos ortodoxos del concilio de Nicea habían tenido que emplear planteamientos metafísicos a favor del Hijo que se asemejaban mucho a las ideas del cristianismo monarquista sabelianista, que décadas atrás había sido condenada por este mismo clero. Hilario constató además en sus años en Asia, que el catolicismo de aquella región no era una doctrina rígida e inalterable en materia teológica, sino al contrario. A lo largo de su existencia el catolicismo oriental había tenido que emplear múltiples herramientas especulativas, tomadas a partir de los argumentos y ataques de sus contrincantes para poder sustentar su propia doctrina, y por consiguiente el arrianismo no era la excepción en este tema. Los diversos partidos arrianos con sus respectivas fórmulas dogmáticas eran el claro reflejo de este constante cambio y variación de las posturas ortodoxas, entorno al concepto consustancial y a su teología en general. Por esta razón Hilario pudo hacer un contraste entre las sutilezas vanguardistas del clero oriental, con respecto a las hondas carencias teológicas y dogmáticas de las iglesias occidentales, que mostraban una actitud firme e intolerante hacia todo el arrianismo, ya que no alcanzaban a comprender sus diversas vertientes ni matices; la adherencia y el respaldo vehemente de la gran mayoría de las iglesias occidentales hacia el término consustancial gestado en el concilio de Nicea, y la subsecuente condenación y censura de cualquier idea discordante con ésta creencia, Hilario entendió que eran una evidencia notable del amplio desconocimiento de las iglesias europeas, con respecto al intrincado problema que representaba la constante innovación de las ideas arrianas.¹⁵

Consciente de esta dificultad y con una disposición más transigente, Hilario comenzó por participar en las asambleas eclesiásticas orientales de este periodo, intentando lograr una mayor comprensión de sus controversias dogmáticas y poderlas impartir y esclarecer en Occidente. Intervino así en el concilio de Seleucia en el año 359 como parte del partido *homoiousiano*; concluido este concilio viajó a Constantinopla junto con otros representantes de los demás partidos, para informar al emperador Constancio las determinaciones de la reunión. Allí se enteró de la presión y el sometimiento que había ejercido el emperador en el concilio de Rimini para instaurar una fórmula filoarriana distante del nicenismo.

¹⁵*Ibid.*, pp.43-44.

De esta forma e inquieto por la coacción hacia las iglesias occidentales, Hilario pudo volver a las Galias en el año 361 cuando el emperador Juliano introdujo su política religiosa neutral en todo el Imperio. Allí fue recibido de muy buena manera por la gran mayoría de los obispos católicos occidentales, y gracias a sus ideas teológicas vanguardistas aprehendidas en Oriente, fue el dirigente de un concilio regional celebrado en París, donde se intentaron revocar las decisiones de los sínodos de Rímmini y Seleucia del año 359, proponiendo una doctrina y una disciplina para las iglesias que fueran más comprensivas e incluyeran las posturas dogmáticas de los *homousianos* nicenos, como la de los *homoiousianos* o arrianos moderados. En aquel sínodo Hilario además pretendió deponer al obispo de Milán de nombre Auxencio de su cargo. Ya que era el eclesiástico arriano más eminente en Occidente, sin embargo el emperador Valentiniano no lo quiso apartar de sus labores, debido a que esto podía ocasionar un desorden social en esta ciudad, por lo cual Auxencio permaneció en sus funciones hasta el ascenso de Ambrosio de Milán en el año 374. Por este motivo la vida de Hilario quedó dedicada hasta su muerte en acometer decididamente las acciones del obispo Auxencio en Occidente.¹⁶

Fue así como la crisis arriana alcanzó completamente el escenario occidental romano. La introducción de las múltiples y minuciosas ideas dogmáticas orientales a través de la figura de Hilario de Potiers, dieron paso a que en años posteriores las iglesias occidentales adquirieran la misma relevancia y protagonismo que habían desarrollado las orientales con respecto a la crisis arriana. La difusión de esta multiplicidad de innovaciones teológicas, fraguadas durante años de disputas propiciaron en Occidente una mejor comprensión del dogma trinitario, además de crear una perspectiva más tolerante hacia las distintas vertientes teológicas inmersas en la crisis. El clima de condescendencia que se generó en este territorio, posibilitó que el clero católico niceno de esta zona tuviera variados instrumentos en defensa de su causa, hasta convertirse en el gran bastión institucional de su fe. La penetración de los diferentes planteamientos arrianos en Europa dio como resultado que las iglesias católicas de esta región llevaran a cabo una lucha político administrativa muy eficaz, una vez que supieron plenamente a que se enfrentaban.

Como se ha venido mencionando, los dos emperadores romanos de la década de los años sesenta del siglo IV mantuvieron una posición más desvinculada del problema religioso de lo que había hecho sus antecesores debido a que sus distintas ocupaciones, principalmente las que tenían que ver con la defensa de sus respectivas fronteras, les exigían dedicarse con gran empeño a solucionar este problema. La actitud de indiferencia que mostró Valentiniano desde el

principio de su gobierno hacia el problema religioso, ocasionado en gran manera por su desconocimiento total de teología cristiana se sumó al comportamiento medroso que adquirió su hermano Valente en Oriente, una vez que a mediados de ésta década los visigodos comenzaron a amenazar sus fronteras.

Ambas posturas como señala Gibbon, dieron muestra de la posición marginal que paulatinamente fueron adquiriendo los emperadores con respecto a la crisis religiosa, sin alcanzar a generar en sus gobiernos el talante autoritario del cesaropapismo, como anteriormente se había presentado en la dinastía constantineana. Gibbon comenta de la siguiente forma la disposición asumida por Valentiniano hacia lo religioso:

...la entereza templada e imparcial que mantuvo inalterablemente en aquella época de contiendas religiosas. Su tino inculto, pero despejado, se desentendió de altercados teológicos...¹⁷

Del emperador de Oriente expresó lo siguiente:[...]Dado este paso se le hacía ya muy arduo a Valente el conservar ni la prenda ni el concepto de su imparcialidad. Nunca aspiró, como Constancio, a la nombradía de sumo teólogo[...]¹⁸

Ambas actitudes displicentes de los emperadores romanos ante las pugnas religiosas suscitadas en sus dominios, dieron como resultado que la ebullición de la fe arriana que se mantenía por aquellos años en su cúspide comenzara a declinar. La unicidad de la institución católica comenzó a incrementar sus fuerzas, una vez que el pensamiento arriano, sumamente heteróclito, comenzó a carecer del respaldo y el patrocinio que recibía de los emperadores, quienes no se ocuparon en crear una política religiosa intransigente como sus antecesores, permitiendo así que la Iglesia católica retomara el control en las dos partes del Imperio Romano.

3.2.2 El relevo en Oriente.

En este inminente ascenso del catolicismo otro obispo que asumió con entereza la defensa de la ortodoxia nicena para garantizar su triunfo fue Basilio de Cesarea denominado el Grande, quien perteneció a una familia de cristianos que practicaban esta fe desde muchos años atrás en la ciudad Cesarea de Capadocia.

¹⁶ *Ibid.*, p49.

¹⁷ Gibbon, *op.cit.*, p.221 .

¹⁸ *Ibid.*, p.222 .

Su abuela, de nombre Macrina, había sido discípula del gran teólogo del siglo tercero Gregorio el Taumaturgo. A través de ella Basilio y sus diez hermanos pudieron conocer los fundamentos de la teología cristiana alejandrina de Orígenes. Las primeras enseñanzas en letras clásicas las adquirió de su padre, quien fuera un célebre retórico de la zona del Ponto. Tiempo después, Basilio perfeccionó estos estudios en las escuelas de letras de Cesarea, Constantinopla y Atenas (en esta última conoció a su gran amigo Gregorio Nacianceno, quien años después le ayudó a terminar con el problema arriano, gracias a sus escritos dogmáticos trinitarios).¹⁹

A mediados de la década de los cincuenta de este siglo, Basilio comenzó a enseñar retórica en su ciudad natal, actividad que abandonó rápidamente para dedicarse por completo y de forma radical a la vida ascética cristiana; se despojó de todas sus posesiones y se retiró a un cenobio cerca de la ciudad de Neocesarea, donde pudo conocer por experiencia propia la vida de los cristianos aislados. Allí inició su actividad en favor del catolicismo, comenzando por tratar de homologar la vida de todos los cenobios orientales, apegándolos a las normas de fe y disciplina de la iglesia católica. Con este fin realizó un viaje para estudiar distintos de estos protomonasterios en Siria, Palestina, Mesopotamia y Egipto, reconociendo así sus prácticas y costumbres con las que pudo establecer un reglamento uniforme para todos estos recintos que fuese afín con la visión de la Iglesia católica.

Así desarrolló un programa ascético redactando reglas bien establecidas para el comportamiento ortodoxo de los cristianos en retiro, esta labor le otorgó el reconocimiento como el “padre del monacato oriental”. En aquellos días de vida monacal recopiló junto con Gregorio de Nacianzo una antología de los escritos de Orígenes al cual admiraban ambos; no obstante sus momentos en el retiro llegaron a su fin en el año 364 tras la propuesta que la iglesia católica impulsó para intentar concluir con el antiguo cisma de Antioquía, conocido como también cisma meleciano, el cual involucraba el nombramiento de tres clérigos católicos nicenos al obispado de esa ciudad.²⁰

Con todo el clero católico oriental reunido en esta ciudad para resolver la situación del cisma meleciano, Basilio aprovechó la ocasión para participar destacadamente en los debates conciliares, fungiendo como el líder de uno de los grupos presentes, acción que lo perfiló como la autoridad idónea para relevar el ministerio de Atanasio, aún sin haber recibido el cargo de obispo.

¹⁹ Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, pp. 315-317.

Tras este concilio Basilio de inmediato se abocó a los dos objetivos que marcaron el resto de su vida: la lucha contra la política estatal *homoiana* (iniciada por Constancio y continuada por Valente) y la unión de las iglesias orientales y occidentales en torno al dogma *homoiousiano* apegado a la idea nicena ortodoxa.

Por tal razón en dos sínodos consecutivos celebrados uno en la ciudad de Lampasco en el año 364, y el otro en la de Tiana en el 366, Basilio comenzó a mostrar sus pretensiones abiertamente, encabezando una oposición directa en su ciudad natal Cesarea hacia las ideas religiosas de Valente.

A finales del año 370 Basilio obtuvo la sede episcopal de Cesarea, convirtiéndose así en el obispo metropolitano de la provincia eclesiástica de Capadocia, lo que lo permitió ampliamente a encumbrarse como defensor de la ortodoxia. Su nombramiento a este cargo llegó en un gran momento para la causa nicena en general, ya que como se ha expresado con anterioridad, Atanasio tenía una edad muy avanzada para estos momentos, razón que lo imposibilitaba a disputar con toda su capacidad a favor del catolicismo, obstaculizando por este motivo el avance de esta causa. A pesar de la diferencia de convicciones entre el emperador Valente y Basilio, ambos pudieron establecer una buena relación y un respeto mutuo gracias a la perspicacia del obispo católico, lo cual le permitió tener mucha libertad para realizar su tarea. A partir del año 372, y debido a la división civil de la provincia de Capadocia por parte del emperador de Oriente, Basilio comenzó a rodearse de sus allegados para fortalecer más el movimiento *neo-niceno*; y varios obispos aliados suyos como: a su amigo Gregorio de Nacianzo para la ciudad de Sásima, y a su hermano Gregorio para Nisa, entre otros. Todas estas decisiones administrativas tuvieron grandes beneficios para la culminación de la crisis arriana en los años finales del siglo IV.²¹

En el año 373 en que se presentó la muerte de Atanasio, Basilio ya había logrado el reconocimiento de todo el clero oriental simpatizante de la fe nicena, gracias a la conglomeración de todas las ideas afines a esta fe en una sola convicción, y lo único que buscaba conseguir era cerrar filas y agruparse con los católicos occidentales, a través de la comunión eclesial con el obispado de Roma.

²⁰ Johannes Quasten, *op.cit.*, pp.224-260.

²¹ *Ibid.*, pp.224-260.

Sin embargo, Basilio de Cesarea se percató que para lograr la unión definitiva de todo el catolicismo, debía acabar definitivamente con las distintas manifestaciones heréticas surgidas a partir del arrianismo como: los apolinaristas²² y los pneumatomacos,²³ pero por sobre todo era de suma importancia combatir determinadamente a los arrianos extremistas denominados *eunomianos*, debido a que eran una corriente demasiado radical y especulativa que pretendía atacar y desestabilizar la teología nicena incesantemente, a diferencia de las demás vertientes menos arrianas que eran más tolerantes hacia el nicenismo, y por lo tanto eran propensas a ser persuadidas de forma más sencilla hacia la ortodoxia, a través del consenso mutuo, lo que representaría una nueva fuerza favorable para el catolicismo.

Así, Basilio se enfocó en acabar con el arrianismo *eunomiano* que había comenzado a surgir y proliferar en la ciudad de Antioquía cuando ésta fue tomada y convertida en emplazamiento arriano en el año 330, tras la destitución y destierro del obispo Eustacio. Con la llegada de Aecio de Antioquía al cargo obispal de dicha ciudad en el año 362, el arrianismo extremista adquirió su mayor connotación con las ideas expresadas por Eunomio de Cícico, quien debido a su labor teológica apegada a los modelos originales de Arrio dio nombre a la vertiente arriana radical en los años sesentas del siglo IV d.C. Desde sus inicios en el cristianismo Eunomio profesó esta fe, siendo discípulo de los teólogos arrianos más descollantes de Asia como el ya mencionado Aecio de Antioquía, quien le transmitió los fundamentos de esta doctrina, además fue ordenado diácono por Eudoxio de Antioquía en el año 360, quien fungía como obispo de Constantinopla en aquel año y lo designó a la iglesia de Cícico.

²² Surgida a partir de Apolinar de Laodicea, quien era un obispo niceno que intentó solucionar la crisis dogmática arriana, aseverando que el espíritu e intelecto de Cristo era solamente divino y nada tenía de humano como aseguraba la tradición católica, exaltando de así sólo los atributos divinos del Hijo, y negando a su vez toda relación con la naturaleza humana, ya que según él imposibilitaba la realización de la Redención. Cf Claudio Morechini y Enrico Norelli, *op.cit.*, p.80.

²³ Los pneumatomacos también conocidos macedonianos, se basaban en todos los argumentos racionalistas, que los arrianos ocupaban para desaprobar la naturaleza consustancial divina del Hijo y del Padre, utilizándolos y aplicándolos únicamente para transgredir la figura de la tercera persona de la Trinidad. Entre sus postulados fundamentales se pueden resumir: 1) el Espíritu Santo no se encuentra explícitamente revelado en los escritos del Nuevo Testamento, menos aún en los veterotestamentarios; 2) El Espíritu no pudo haber sido engendrado por el Padre, porque entonces sería Hijo; tampoco puede proceder de él como una criatura, porque entonces no sería Dios; afirmar que el Espíritu procede del Padre lleva a la consideración de que es hijo del Hijo y, por lo tanto, nieto del padre. cf ; Gregorio Nacianceno, *Los Cinco Discursos teológicos*, Madrid, Ciudad Nueva, 1995, pp.55-56.

Los vastos conocimientos de Eunomio en retórica y neoplatonismo obtenidos en Alejandría durante su juventud, lo llevaron a formular ideas racionalistas muy osadas en torno al dogma trinitario, los cuales expresó abiertamente en la ciudad de Cícico, por lo cual tuvo que huir de esta ciudad y abandonar su iglesia ante la inconformidad de la población.²⁴

En su exilio en Constantinopla al lado del obispo Eudoxio, formó una facción arriana e incorporó gradualmente a muchos eclesiásticos que compaginaban con su visión radical, además consiguió esparcir estos principios hacia varias iglesias orientales, constituyendo así el partido arriano extremista. Este racionalismo exacerbado del arrianismo de Eunomio pronto lo llevó a confrontarse con Basilio y con los dos Gregorios, conformando una lucha teológica entre la corriente cristiana *eunomiana*, también conocida como *neoarrianismo*, y las posturas teológicas de los “Padres Capadocios” a quienes se les denominó *neonicenos*.

Como las reflexiones de Eunomio anteponían y validaban la razón sobre la fe, enunciando que el entendimiento humano era capaz de aprehender a Dios ingénito por la vía del conocimiento; los “Capadocios” refutaron estas ideas sin demora ni titubeos, ya que eran sumamente osadas y subversivas para el cristianismo en general y obstaculizaban los avances logrados en materia de unificación religiosa que se habían conseguido desde la aparición del neonicenismo. El sistema teológico *eunomiano* no sólo era visto por los católicos como un simple contratiempo para la reconciliación religiosa, sino que representaba un retroceso total para la conclusión de las crisis dogmáticas ya que dicho sistema pretendía regresar a las ideas originales del arrianismo de los inicios del siglo IV.

Ante esta doctrina retrograda la labor teológica de los “Padres Capadocios” se encaminó a disertar sobre sus múltiples postulados; la totalidad de los distintos escritos dogmáticos que estos teólogos realizaron tuvieron como objetivo acabar definitivamente con la obra de Eunomio de Cícico.

De esta forma se gestó el relevo institucional del catolicismo en beneficio del dogma niceno, después de la enorme labor que había fomentado Atanasio a lo largo de su vida, con su tarea literaria y administrativa en beneficio de la ortodoxia nicena, dándose de este modo el reemplazo consumado que requería el catolicismo de todo el Imperio Romano, con las personalidades de los Hilario de Potiers y de los tres “Padres Capadocios”.

²⁴ Gregorio Nacianceno, *op.cit.*, p.28.

3.2.3 La labor de Basilio de Cesarea en Oriente y de Dámaso de Roma en Occidente a favor del nicenismo.

Como se ha mencionado las tesis *eunomianas* causaron gran agitación y disgusto no sólo entre los nicenos, sino también entre los arrianos moderados que buscaban concluir con las interminables disputas dogmáticas cristológicas. Las diversas ocupaciones bélicas de los emperadores valentinianos impedían que las autoridades civiles intervinieran directa y completamente en las reyertas de las iglesias, propiciándose que únicamente los eclesiásticos tuvieran la injerencia y la autoridad para resolver sus asuntos doctrinales. En este contexto Basilio escribió su texto *Contra Eunomio* entre los años 363-365 para refutar el pequeño tratado de Eunomio llamado *Apología*, en el que se delineaban de forma breve las características generales del arrianismo radical, el cual afirmaba que la verdadera esencia de Dios era ser ingénito, por lo tanto ninguna criatura podía ser de su misma naturaleza ni asemejarse completa ni absolutamente a Él. Basilio presentó las ideas de Eunomio para refutarlas minuciosamente de la siguiente manera: “Cuando decimos ingénito, pensamos que glorificamos a Dios, no con el nombre solo, según la manera de pensar humana, sino que cumplimos con el máximo deber que tenemos con Él. El de reconocer lo que en realidad es[...]”²⁵

Para desarticular de mejor forma estos postulados, Basilio se apegó a las ideas y argumentos que Atanasio había empleado en contra de los arrianos de su tiempo, los cuales cuestionaban duramente las afirmaciones que definían a la esencia de Dios a través de parámetros humanos, aseverando así que el concepto ingénito no era apto ni servía para delimitar realmente a la esencia divina, ya que este término solamente enuncia una de las infinitas características de Dios:

[...]En vista de ello, tendría yo sumo placer en preguntarle si esa cautela la observa por igual en todas las afirmaciones que se hacen sobre Dios, o sólo cuando se trata de este nombre. Porque, si no quiera hacer ninguna especulación de Dios conforme al modo de pensar humano, por no aparecer que caracterizan a Dios con categorías humanas, tendrá que reconocer que todo lo que se diga de Dios es por igual sustancia. ¿Cómo no será ridículo el decir que el poder creador es lo mismo que su sustancia esencial? ¿O que la providencia o la presencia es lo mismo que su sustancia esencia? ¿O, en una palabra, que toda acción es lo mismo que su sustancia esencia? [...]En consecuencia, el que oiga inmutabilidad de Dios, dará en pensar ingeneración; y lo mismo, al que oiga que es indivisible, vendrá a la mente su poder creador[...]”²⁶

²⁵ Basilio de Cesarea en: Clemente Fernández, *Los Filósofos Medievales Selección de Textos*, t.I, BAC, Madrid, 1979, p. 99.

²⁶ *Ibid.*, p.102.

De entre los innumerables atributos que utiliza la tradición bíblica para definir a Dios y su ser, Basilio aclara que existen conceptos que definen esta esencia por la afirmación y otros por la negación, ya que es imposible que Dios tenga una sola y única definición verbal:

[...]No hay ningún nombre que sea capaz de abarcar toda la naturaleza de Dios y de aclararla suficientemente...De esos nombres que se dicen de Dios, unos enuncian lo que es Dios, otros lo que no es. Pues de la armonización de estas cosas, de la negación de lo que no es y de la afirmación de lo que es, viene a engendrarse en nosotros cierto carácter de Dios...Por lo que hace al nombre de ingénito, significa algo de lo que no hay en Dios; significa en efecto, que en Dios no hay generación...Pero que el término ingénito es significativo de algo que hay en Dios, creo que ya está suficientemente claro por lo que procede, En cambio la sustancia no está entre esas cosas que no se hallan en Dios, sino que es el ser mismo de Dios, que sería el colmo de la locura poner en el número de las cosas que no se hallan en Dios...Ahora bien, ya hemos demostrado que el término ingénito pertenece a la clase de los que enuncian lo que no hay en Dios: yerra, por tanto, el que piensa que con él se designa la sustancia.²⁷

Simultáneamente a esta dura confrontación que libraban neonicenos y neoarrianos en Oriente, a finales de la década de los sesentas del siglo IV en Roma continuaba la polémica del cisma iniciado en la época del emperador Constancio, una vez que este despojó al obispo Liberio de su cargo tras el concilio de Milán del año 355. En aquel año Constancio eligió un nuevo obispo de tendencias arrianas llamado Félix para ocupar el cargo obispal de la ciudad de Roma, dando origen a un serio conflicto por detentar la legitimidad del obispado de dicha ciudad entre católicos y arrianos. A la muerte del obispo Liberio en el año 366 fue electo para sustituirlo su allegado Dámaso, quien era el archidiacono de la iglesia nicena romana, y había defendido con ímpetu la fe católica a lo largo de su carrera eclesiástica. Sin demora los arrianos occidentales contraatacaron designando como obispo romano a un clérigo de su misma predilección y así contender para ocupar esta sede.²⁸

Este conflicto que condensaba varios años de múltiples desavenencias y problemas personales entre clérigos romanos se exacerbó en aquel año con la elevación de estos dos nuevos obispos. Gibbon lo relata así este suceso:

²⁷*Ibid.*, pp.102-103.

²⁸Charles Hefele, *op.cit.*, p.229. También; cf Hubertus R. Drobner, *op.cit.*, pp. 248-250.

[...]El afán de Dámaso y de Ursino para afianzar el asiento episcopal sobrepujo el alcance vulgar de la ambición humana. Batallaban con la saña de facciosos; se sostuvo la refriega con heridas y muertes de sus secuaces; y el prefecto, incapaz de contrarrestar o aplacar el alboroto, fue a parar con la oleada a los arrabales. Preponderó Dámaso, y la reñida victoria quedó por su bando. Hallaronse ciento treinta y siete cadáveres en la Basílica de Sicinio...Contúvose el cisma de Dámaso y Ursino con el destierro de este y la cordura del prefecto Pretestato[...]²⁹

Las acciones del obispo Dámaso en contra del clero arriano occidental, fueron de suma relevancia para que los católicos de esa región retomaran el control de todas las provincias eclesiásticas de este hemisferio, propiciando así que en el año 376 en un sínodo celebrado en Roma se condenara definitivamente el apolinarismo, debilitando con este hecho el vigor del arrianismo occidental en todos sus campos.³⁰

Esta recuperación de la sede romana por parte de los católicos fue de gran importancia ya que coadyuvó para que los nicenos de todo el Imperio pudieran restablecer relaciones por medio de la comunicación epistolar entre sus dos grandes líderes: Basilio de Cesarea y Dámaso de Roma. Sin embargo, la unión de todas las iglesias nicenas del orbe romano no se pudo llevar a cabo en aquellos años, debido a que el cisma de Antioquía continuaba prevaleciendo, haciendo que persistieran las diferencias doctrinales entre los obispos católicos.

Aún con los desacuerdos causados por este cisma asiático, la elevación y consolidación de estos dos nuevos dirigentes al mando del catolicismo niceno comenzó a fraguar la última embestida en contra del arrianismo, marcando el preámbulo del fin de la crisis arriana que vería sus últimos momentos en los años finales del siglo IV.

De este modo, en el año 370 Constantinopla era el gran centro neurálgico del arrianismo bajo el mando de uno de los principales consejeros del emperador Valente: el obispo Demófilo, del partido *homoiano*. Este obispo mantenía una fuerte influencia sobre su ciudad y su provincia eclesiástica respaldando a cualquier devoto arriano sin distinción. Una vez que se percató de que Eunomio de Cícico era el principal objetivo de los ataques nicenos debido a su teología extremista, lo resguardó en la ciudad amparándolo de las agresiones de sus contrarios y le proporcionó, además, todas las facilidades para que pudiera continuar con su labor literaria y sus ocupaciones al frente del partido *anomeo*.

²⁹E. Gibbon, *op.cit.*, pp.225-226.

³⁰ Charles Hefele, *op.cit.*, p.231.

3.3 Contexto político en época de los emperadores valentinianos del 364 al 378.

Con el problema de las invasiones germanas se incrementaban sobre ambas partes del Imperio los católicos se movilizaban libremente por todos los territorios acrecentando sus fuerzas y sus propósitos, aislando cada vez más a los diversos partidos arrianos que seguían en pie de lucha en la capital oriental bajo el amparo del obispo Demófilo. De esta manera los nicenos esperaban el momento adecuado para asestar un severo golpe a los arrianos y así derrotarlos definitivamente. Ese momento se iba a presentar en el año 375 tras el auxilio que brindó el emperador Valente hacia miles de godos que se refugiaron en el Imperio Romano tras el asedio de los hunos. Las primeras negociaciones de paz que concertó el emperador de Oriente con los germanos habían tenido lugar en el año 369, después de dos años de intensa guerra en contra de la confederación de ostrogodos y visigodos que amenazaban la frontera del Danubio.³¹

Sin embargo, el problema con estos germanos no concluyó con dicho tratado debido a la diversidad de opiniones que éstos pueblos tenían acerca del sometimiento que los romanos ejercían sobre ellos. Además de esto, se sumaban las dificultades que causaban las tribus mongolas asentadas en aquellas regiones, ya que ante su búsqueda desesperada por conseguir alimentos saqueaban poblaciones incesantemente, causando que el problema se agravara y se intensificara aún más sin poderse concretar un verdadero acuerdo pacífico.³²

Mientras esto acontecía en los dominios de Valente, en la parte occidental del Imperio Valentiniano tenía sus propias dificultades para acabar con los ataques de los pueblos de alamanes, sajones y burgundios que devastaban la frontera de las Galias y de Britania, sin olvidar también las insurrecciones que ocurrieron en África, lo cual ocasionó que el emperador de Occidente invirtiera todos sus esfuerzos en pacificar y someter a los invasores y sediciosos de sus territorios, nombrando así en el año 367 agosto a su hijo Graciano para que le ayudara a estabiliza a su gobierno. Después de asumir estas medidas el emperador Valentiniano pudo concertar al fin un tratado de paz con los alamanes en el año 374, tras varios años de enfrentamientos y escaramuzas bajo el mando de su general Teodosio (padre del futuro emperador); consiguiendo de esta forma cierta tranquilidad para su gobierno por algunos meses.

³¹Gibbon, *op.cit.*, pp. 244-247.

³²*Ibid.*, pp. 281-288.

Sin embargo, esta seguridad conseguida por medio de tratados diplomáticos con los germanos, no fue sólida ni perduró por mucho tiempo. Ya que pocos meses después del pacto con los alamanes otro grupo de germanos invadió la provincia de Panonia, obligando al emperador a ocuparse de este nuevo contratiempo³³. Así a principios del año siguiente Valentiniano tuvo que trasladarse rápidamente con su ejército al Ilírico, para volver a entrar en convenios con los germanos pero de forma inesperada falleció en noviembre del año 375.

Gibbon relató lo siguiente sobre el deceso de este emperador :

[...]Valentiniano cayó sin hablar en los brazos de sus inmediatos...más al punto agonizó violentamente el emperador de Occidente, vuelto en sí hasta el sumo trance, pero no pudo; por más que forcejeó sobremanera, manifestar su voluntad a los generales y ministros que lo estaban cercando. Murió a los cincuenta y cuatro años, faltándole cien días para completar los doce de su reinado[...]³⁴

Esta muerte inesperada del emperador occidental trajo consecuencias negativas inmediatas para todo el Imperio Romano, ya que se encontraba en una situación de gran vulnerabilidad por el asedio incesante de las naciones circunvecinas. En Occidente Graciano que ya había sido nombrado emperador por su padre algunos años antes, tomó el control del gobierno pero lo tuvo que compartir en seguida con su medio hermano de cuatro años de edad de nombre Valentiniano II, debido a que éste había sido y designado augusto por las tropas de Panonia. De este modo el gobierno de Occidente quedó repartido súbitamente entre los dos hijos de Valentiniano, pero por el inconveniente de su edad Valentiniano II no pudo ocuparse de su cargo, así que el gobierno recayó sobre su madre de nombre Justina, quien profesaba una apasionada fe por el cristianismo arriano.³⁵

Mientras esto acontecía en el lado occidental del Imperio, en Oriente los problemas eran muy similares, sólo que el emperador Valente tenía que lidiar con el aglutinamiento de múltiples pueblos establecidos a las afueras de la frontera romana del Danubio, que luchaban intensamente por conseguir suministros que les garantizaran su subsistencia; por tal razón la violencia en aquella región se exacerbó y se fue agravando aun más, por las incursiones de los hunos que también peleaban incesantemente por acaparar las pocas provisiones alimenticias de esa zona.

³³ *Ibid.*, pp.229-251.

³⁴ *Ibid.*, p. 249.

³⁵ *Ibid.*, pp. 249-250.

Ante esta crítica situación que involucraba a varios pueblos refugiados, los godos del Danubio que habían soportado por varias décadas las carestías y la violencia, buscaron el amparo de Roma mediante tratados diplomáticos, solicitándole al emperador Valente el asilo para sus miles de pobladores en suelo romano:[...]Puntualiza un testimonio probable del número de los guerreros godos en doscientos mil; y si añadimos la proporción de mujeres, niños y esclavos, la mole de toda aquella emigración formidable vendrá a regularse en un millón de individuos[...]³⁶

Después de algunas embajadas la respuesta fue favorable para los germanos, debido a que el emperador pretendía ayudarlos para poder someterlos fácilmente, además de que los distintos funcionarios romanos implicados en el asunto buscaban obtener grandes beneficios económicos con esta solicitud de auxilio. Pronto el aprovechamiento y la codicia de los romanos resultó contraproducente, ya que al abrir las puertas del Imperio para dejar entrar a miles de germanos guerreros a su territorio fue catastrófico, el supuesto dominio hacia los godos que habían previsto los romanos orientales, se salió de control resultando un saqueo enorme en las poblaciones aledañas a la frontera que duró varios meses. Gibbon se expresó así al respecto:

[...]Aquel día venturoso puso un término al quebranto de los bárbaros y a la confianza de los Romanos; desde aquel trance, desenlazados los Godos de su ahogo mortal de extranjeros y desterrados, se encumbraron a la jerarquía de ciudadanos y dueños, aspiraron a su señorío absoluto sobre los hacendados, y conservaron a fuerza de propietarios, las provincias septentrionales del Imperio ceñidas por el Danubio[...]³⁷

Para frenar estos pillajes el emperador Valente movilizó sus tropas al mando de sus mejores generales, apoyadas por algunas legiones de Occidente, pero aún con esta ayuda los godos devastaron durante dos años las regiones de los Balcanes; circunstancia que orilló a Valente a intervenir personalmente en los combates en contra de la confederación de godos dejando de lado sus preparativos de la campaña persa y, depositando todo su empeño en acabar con los desastres ocurridos al interior de sus dominios:

[...](Valente) Proclamó su intento de ir desde Antioquía a Constantinopla para hollar aquella rebelión perniciosa, y hecho cargo de tamaña empresa, acudió a su sobrino el emperador Graciano...Trajéronse aceleradamente los veteranos defensores de Armenia, dejando aquella raya tan trascendental a merced de Sapor[...]³⁸

³⁶ *Ibid.*, pp.290.

³⁷ *Ibid.*, p. 293.

³⁸ *Ibid.*, p.294.

A pesar de contar en el auxilio de algunas tropas occidentales el ejército que preparó Valente para la guerra gótica resultaba sumamente inferior a la de sus enemigos; el desafío que representaba la unión de férreos pueblos germanos como tervingios, alanos, visigodos y ostrogodos, peleando por aquellas tierras donde se habían establecido era muy desfavorable para las aspiraciones de triunfo de las legiones romanas. Por esta razón el emperador Valente sin demorarse y sin esperar la llegada de más refuerzos occidentales a cargo de su sobrino Graciano, se trasladó desde la capital Constantinopla a la ciudad de Adrianópolis para ubicarse cerca del campamento de los germanos. De este modo a mediados del año 378 el emperador Oriente y sus tropas ya estaban instalados en dicha ciudad, esperando el momento del enfrentamiento que se dio en agosto de aquel año, una vez que los últimos intentos de paz entre Valente y Fritigerno (quien era el líder de los germanos) fracasaron:

[...]En el 9 de agosto, día que por aciago sobresale en el calendario romano, el emperador Valente dejando a buen recaudo su bagaje y el tesoro militar, salió de Adrianópolis en busca de los Godos, acampados a cuatro leguas de la ciudad. Por equivocación de órdenes o ignorancia del sitio, el ala derecha o columna de la caballería avistó al enemigo quedando rezagada la izquierda atropellándose los soldados en su marcha violenta, abrasados por la canícula; mal formada y revuelta la línea de batalla, resultó atraso y desconcierto[...]³⁹

Ya en el enfrentamiento la caballería de los germanos resultó muy perjudicial hacia las tropas romanas, convirtiendo la lucha en una gran desgracia para los legionarios en donde el emperador Valente desamparado por la acometidas incesantes de los enemigos, tuvo que pelear sin su guardia personal enfrentándose directamente contra los guerreros godos, quienes lo asesinaron sin consideraciones en la confrontación; el cuerpo de Valente jamás apareció en el campo de batalla lo que significó una derrota sumamente deshonrosa para las armas romanas. Amiano Marcelino lo presencié así:

[...]Mientras se dispersan todos y huyen por senderos desconocidos, el emperador, agitado por crueles temores y sintiéndose cada vez más vencido, buscó refugio junto a los lanceros...Parece que en los primeros momentos de oscuridad, aunque nadie afirma haberlo visto o haber estado allí cerca, el emperador, cuando se encontraba entre los soldados rasos, cayó herido de muerte por una flecha, después de lo cual lanzó su último suspiro y murió, si bien su cuerpo no fue hallado en parte alguna...Otros dicen que Valente no murió enseguida, sino que fue conducido junto con unos pocos guardaespaldas y eunucos a una cabaña...Y allí mientras es atendido por manos inexpertas, rodeado por enemigos que ignoraban quién era él. Se libró de la deshonra de la cautividad[...]⁴⁰

³⁹*Ibid.*, pp.299-300.

⁴⁰ Amiano Marcelino, *op.cit.*, pp. 887-889.

3.4 Ascenso de Teodosio a la investidura imperial en el año 378, y el inicio del triunfo católico en el Imperio.

La muerte deshonrosa y la desaparición del cuerpo del emperador Valente sumado a la humillante derrota y el asesinato de cientos de soldados de alto rango, provocaron una inmensa conmoción en el Imperio lo que permitió a su vez que los germanos penetraran aún más el territorio romano, impulsados por la confianza que les dio la contundente victoria de Adrianópolis. De nueva cuenta como había ocurrido unos años antes en la campaña militar del emperador Juliano en contra de los persas, el Imperio Romano quedó en una situación de gran vulnerabilidad que había que solucionar pronto; de allí que el emperador Graciano ante la necesidad de designar hombres calificados para asumir el control del Oriente, tomó la rápida resolución de nombrar a un militar de alcurnia que había demostrado gran capacidad en las funciones bélicas. Por esta razón otorgó a Teodosio el cargo imperial de Oriente a finales del año 378, siendo una decisión difícil que asumir para el emperador Graciano, ya que el encumbramiento de este nuevo augusto podía representar una amenaza para su propia soberanía, debido a que Teodosio lo aventajaba en edad, en experiencia y en logros militares, además de que contaba con la aceptación y el respaldo de varias legiones occidentales.⁴¹

Gibbon nuevamente nos aclara sobre el nombramiento de este emperador romano:

[...]Promulgó luego Graciano su elección a favor de un desterrado, cuyo padre sólo tres años antes, había padecido con su anuencia muerte injusta y afrentosa. El gran Teodosio, hombre destacado y predilecto en la iglesia católica...tras comedia, y quizás sincera resistencia, tuvo que aceptar, aclamado de todos, la diadema, la púrpura y el dictado por igual de augusto. Cupieron al nuevo emperador las provincias de Tracia, Asia y Egipto mandadas por Valente [...] ⁴²

Teodosio era un experimentado soldado de treinta y tres años de edad oriundo del noroeste de Hispania que tras el asesinato de su padre, se retiró a su granja en Segovia para dedicarse a la ganadería. Al ser electo emperador de Oriente tuvo que regresar a las funciones públicas y de inmediato rodearse de sus allegados más fieles, debido a que era un hombre completamente desconocido en aquella sociedad, y pronto se enfrentaría a los dos problemas que aquejaban muy seriamente a este territorio: la invasión de los godos y la crisis religiosa que provocaban muchas dificultades políticas y sociales.

⁴¹Leipin Hartmut, *Teodosio*, Barcelona, Herder, 2008, pp.44-49.

⁴²Gibbon, *op.cit.*, p.305.

Con estos propósitos Teodosio instaló su sede imperial en el año 379 en la ciudad de Tesalónica en la provincia de Macedonia, y desde allí comenzó a enfrentarse a los germanos que asolaban la parte central de su territorio. La diligencia que mostró para acabar con los pueblos godos introducidos en Roma fue enorme, ocupándose en reclutar soldados de cualquier origen y en reordenar la disciplina de este nuevo ejército para recuperar el territorio perdido. Teodosio no sólo se centró en reorganizar sus legiones sino también, se encargó de dividir a los pueblos invasores por medio de sobornos que terminaron por diezmarlos. Con estas medidas eficaces asumidas por el emperador oriental además de acabar rápidamente con la ocupación extranjera de sus fronteras, pudo aliarse fácilmente con los distintos jefes de los pueblos germanos, gracias a las abundantes dádivas y al trato digno que les otorgó asegurando con esto la tranquilidad y la paz en las fronteras orientales hasta el fin de su gobierno.⁴³

Con este problema solucionado Teodosio se centraba en afrontar el de la pugna religiosa el cual representaba una enorme dificultad para su gobierno, ya que había suscitado un desequilibrio total en las estructuras del Estado romano a lo largo de casi un siglo, y ningún funcionario civil ni religioso lo había podido solventar. Sin embargo, para concluir de manera determinante con la crisis arriana tanto en sus provincias como en las occidentales, había que unificar al cristianismo niceno ortodoxo de todo el Imperio, contrarrestando así el dominio de los partidos y las iglesias arrianas.

Por lo cual una vez concluido el obstáculo de los godos y con todas las circunstancias a su favor, Teodosio se dispuso a abandonar su campamento militar en Tesalónica para establecerse en la capital imperial de Constantinopla, no sin antes decidirse a dar un paso trascendental en la crisis arriana y en el catolicismo en general; atreviéndose a hacer lo que ninguna otra autoridad romana se había arriesgado a efectuar: otorgando la licitud y la oficialización total del catolicismo a través de un documento conocido como el “Edicto de Todos los pueblos” o ‘Edicto de Tesalónica’, fechado el 28 de febrero del año 380; donde se especificaba la política religiosa oficial del Estado romano, beneficiando en absoluto a la Iglesia católica y a su dogma niceno.⁴⁴

⁴³*Ibid.*, pp. 308-309.

⁴⁴Leipin Hartmut, *op.cit.*, pp.75-100.

Este breve fragmento del Edicto de Tesalónica aclara lo anterior:

[...]Es nuestra voluntad que cuantas naciones se gobiernan por nuestra clemencia y moderación profesen constantemente la religión enseñado por el apóstol San Pedro a los Romanos, cual ahora mismo se está profesando por el pontífice Dámaso y por Pedro obispo de Alejandría, varón de apostólica santidad. Conformándonos pues con la disciplina de los apóstoles y la doctrina del Evangelio, creamos en la divinidad única del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en igual majestad en Trinidad sacrosanta. Habilitamos a los secuaces de esta doctrina para apellidarse Católicos Cristianos, y por cuanto conceptuamos a los demás como locos rematados, los tiznamos con el apodo infamante de herejes, declarando que sus zahúrdas no han de usurpar ya el nombre respetable de las iglesias[...]⁴⁵

Es indudable que el emperador Teodosio tenía una firme convicción de fe hacia el cristianismo niceno, pero es incuestionable también que aprovechó la coyuntura política y social de su momento, en donde la Iglesia católica y su clero mantenían una situación estable y en ascenso que los hacía percibir un futuro alentador hacia el encumbramiento de su institución y de su causa. Por tal motivo Teodosio no desaprovechó el momento para decretar la oficialización del catolicismo, dando el paso definitivo que el emperador Constantino iniciara unas décadas atrás con el Edicto de Milán y con el Credo niceno, en donde apoyó firmemente al cristianismo que resultaba mejor instituido y organizado como lo era el catolicismo. Este mismo criterio fue el que llevó a Teodosio a tomar esta decisión pragmática, ya que debido a su firme convicción de fe, sabía que el cristianismo católico niceno era el único apto y coherente, para dotar de orden y estabilidad al Estado romano.

Teodosio tenía amplio conocimiento de la vasta organización católica debido a que los últimos años en que vivió en Occidente notó la labor del obispo Dámaso de Roma, además de que a través de la buena comunicación que estableció con el emperador Graciano de Occidente pudo constatar las acciones de Ambrosio de Milán en beneficio de esta institución. De este modo, Teodosio se percató de que era el momento adecuado para elevar al catolicismo sobre todas las religiones del Estado romano y para lograrlo había que rendir de forma definitiva a todos los herejes que en el lado oriental del Imperio continuaban manifestándose vigorosamente. Por este motivo decidió apoyarse sobre los clérigos orientales más esclarecidos del momento, los cuales habían demostrado una profunda fe ortodoxa defendiendo el nicenismo en todo momento; ellos eran: los “Padres Capadocios”.

⁴⁵Eduard Gibbon, *op.cit.*, p.338.

3.5 La labor dogmática ortodoxa de Gregorio de Nacianzo.

“[...]Era uno de los obispos más religiosos y elocuentes de aquel siglo, santo y doctor de la Iglesia, el azote del arrianismo, y la columna de la fe católica, miembro descollante en el concilio de Constantinopla.⁴⁶

Desde su entrada triunfal en la ciudad de Constantinopla el 24 de noviembre del año 380 Teodosio, además de delinear su política religiosa a través del “Edicto de Tesalónica”, comenzó a impulsar objetivamente a la iglesia nicena católica, con la designación en ese mismo año de Gregorio de Nacianzo como obispo de la capital oriental, debido a su gran devoción por esta fe.

Para el momento en que Teodosio se afianzó en el poder oriental, Gregorio de Nacianzo ya contaba con una larga carrera eclesiástica, habiendo alternado el obispado de la ciudad de Sásima con el de su natal Nazancio en Capadocia. Por su buen desempeño en estas dos iglesias siempre apegado al nicenismo, Gregorio fue solicitado por la minoría católica de Constantinopla en el año 379 (una vez que el emperador Valente había sido asesinado y que Basilio de Cesarea había muerto a principios de ese mismo año), para que reorganizara al clero católico de esta ciudad. De esta manera Gregorio llegó a la capital de Oriente a mediados del año 379 y tuvo que auto relegarse a una casa particular para hacer sus rituales ya que la capital oriental permanecía completamente dominada por el clero arriano desde hacía varios años. Así desde su templo improvisado denominado Anastasia, Gregorio comenzó a restaurar la doctrina católica de Constantinopla, utilizando sus amplios conocimientos en letras clásicas, con los cuales pudo redactar varios documentos a favor del catolicismo, y llevar a cabo esta renovación paulatina de la doctrina católica nicena en la capital oriental, que se fortaleció y se vio beneficiada con el paso de los días. En el año 380 una vez que afianzó esta iglesia, Gregorio se dispuso a realizar un trabajo literario trascendental para su causa y para el catolicismo en general, el cual lo llevó a ser considerado el teólogo más afamado de su tiempo, ocupando un lugar preponderante en la Iglesia católica en años posteriores, convirtiéndose por esta causa en el teólogo paradigmático del Imperio Bizantino.⁴⁷

⁴⁶ *Ibid.*, pp.343-344.

⁴⁷ Johannes Quasten, *op.cit.*, pp. 261-265.

Ya reconocido como la gran autoridad del catolicismo de Constantinopla, Gregorio redactó sus *Discursos Teológicos*; con los cuales el catolicismo derrotaría definitivamente a los sistemas teológicos racionalistas arrianos. Esta obra no sólo fue relevante en el ámbito teórico, sino también contribuyó concretamente para la realización del segundo concilio ecuménico celebrado en Constantinopla en el año 381 ya que resultó ser el sustento dogmático ideal y oportuno para respaldar las resoluciones tomadas en dicha reunión.⁴⁸

El contenido de los *Discursos Teológicos* se basó en la respuesta de Gregorio a los últimos argumentos de Eunomio de Cícico, ya que a pesar de los ataques sumamente hostiles que este obispo arriano recibió de parte de Basilio de Cesarea y del clero niceno oriental continuó su obra literaria haciendo más prolíficos sus razonamientos. De allí que el objetivo principal de Gregorio se centrara en desprestigiar definitivamente a Eunomio y a su doctrina. Para conseguirlo, el obispo de Nacianzo mantuvo el método defensivo que los católicos habían utilizado a lo largo de la crisis arriana, continuando así la obra que Atanasio había iniciado y fomentado tiempo atrás.

Con toda la tradición católica pro nicena a su disposición, Gregorio volvió a señalar enfáticamente que estas ideas “neoarrianas” permanecían sumamente imbuidas en el racionalismo clásico y le otorgaban más importancia a sus reflexiones profanas que a la fe cristiana misma ya que utilizaban el dogma niceno para hacer las especulaciones filosóficas que a ellos les resultaban más satisfactorias, dando oportunidad a las divergencias excesivas. Esta aseveración, que había sido fundamental a lo largo de la crisis, volvió a ser medular en el pensamiento de Gregorio para el descrédito de los *anomeos* ya que de este modo el catolicismo podía separar y deslindarse claramente de esta herejía y sus postulados, evidenciando que los fines teológicos de los nicenos se enfocaban en dotar de sentido a la recta fe, a diferencia de los interésese filosóficos de los arrianos, que pretendían alejar de la ortodoxia a las personas por medio de estos sofismas, que imponían un parámetro humano a las cosas divinas. Gregorio se expresa así sobre lo anterior :

[...]Es en extremo vergonzoso, y no sólo vergonzoso sino bastante estúpido, tomar de las cosas de abajo la imagen de las de arriba o hacerse una idea de la naturaleza inmutable a partir de las realidades cambiantes[...] ⁴⁹

⁴⁸ Gregorio de Nacianzo, *Los Cinco Discursos teológicos*, *op.cit.*, pp. 7-71.

⁴⁹ *Ibid.*, p.231.

Aunque Gregorio de Nacianzo hizo una crítica severa a estos métodos especulativos utilizados por los arrianos extremistas, inevitablemente tuvo que utilizar estos mismos medios racionalistas como lo habían hecho sus antecesores ortodoxos, para oponerse y combatir la influencia filosófica de los *anomeos* sobre el dogma trinitario.

Con estas armas teológico filosóficas Gregorio se introdujo a analizar el silogismo *eunomiano*, que sostenía toda su doctrina afirmando que: *Si el Hijo es ingénito, no es Hijo; y si es Hijo, no es ingénito*⁵⁰. Por medio de esta declaración, que definía la supuesta naturaleza verdadera de Dios a través de su ingeneración, Eunomio afianzó todo su sistema y desarrolló los postulados que separaban rotundamente las naturalezas del Padre y del Hijo, derivando lógicamente que el Hijo es una criatura hecha por Dios para hacerse cargo de toda la demás creación, porque *el cielo y los ángeles, y cualquier otra criatura existente son criaturas de esta criatura, criaturas hechas por él por mandato del padre.*⁵¹

Gregorio rebatió estas especulaciones de la siguiente forma:

[...]¿cómo es posible que el Hijo y el Espíritu Santo no sean sin principio con el Padre, siendo eternos con él? porque aquellos provienen de él, aunque no después de él. En efecto, lo que no tiene principio, también es eterno; pero lo eterno no carece necesariamente de principio, si puede ser reportado a un principio que es precisamente el Padre. Luego por lo que respecta a la causa, el Hijo y el Espíritu Santo no son sin principio; pero es evidente que la causa no puede ser anterior a aquellos de quienes causa, ni siquiera el sol precede a la luz. Pero, por lo que concierne al tiempo, los dos son en cierto modo sin principio, aunque tu atemorices a los simples, pues los seres de quienes procede el tiempo no pueden estar sometidos al tiempo[...]⁵²

Partiendo de esta contraofensiva, Gregorio comenzó a explicar los conceptos que sustentarían sus postulados teológicos y darían armonía a todo el dogma niceno trinitario declarando que: *La ingenitud no es la esencia de Dios, sino la cualidad del Padre;*⁵³ por lo tanto su esencia quedaría definida en relación a su función dentro de la Trinidad, y a su vez quedarían validados el Hijo y el Espíritu Santo como parte de esta misma esencia, diferenciados entre sí únicamente a partir de su situación dentro de la Trinidad. Esta entidad divina se explicaría y entendería como un solo y mismo Dios, con una sola esencia y con tres personalidades simultáneas, definidas por su correlatividad: el Padre representaría la paternidad, el Hijo la filiación, y el Espíritu Santo la procesión.

⁵⁰*Ibid.*, p. 159.

⁵¹*Ibid.*, p.149.

⁵²*Ibid.*, p.148.

⁵³*Ibid.*, p.159.

Esta conclusión dogmática que define a la Trinidad como un Dios con una sola esencia y tres hipóstasis, Gregorio la pudo formular utilizando las categorías aristotélicas de posesión y privación, la cual indica que la privación está determinada por la posesión⁵⁴. De la misma forma el Padre al estar privado de origen o generación, se define a través de su relación con el Hijo al cual engendra incesantemente; a su vez éste se define y diferencia del Padre y del Espíritu Santo por medio de su relación con ambos.

En consecuencia Gregorio plantea que la manera de comprender o explicar el misterio de la Trinidad, es definiendo la verdadera esencia divina, a través de la relación que guardan cada uno de los participantes de ella coexistentemente:

[...]¿El Padre dicen ellos como queriéndonos encadenar por ambos lados es un nombre de sustancia o de acción?. Si decimos que es un nombre de sustancia, estamos admitiendo que el Hijo es otra sustancia distinta del Padre, puesto que no hay más que una sustancia divina y está, según ellos tomada en anticipo por el Padre; y si decimos que es un nombre de acción, estaremos reconociendo claramente que el Hijo es una creatura y no una genitura del Padre, porque donde está el que obra, está también el producto de la acción; y se preguntarían con extrañeza cómo es posible que lo que ha sido hecho pueda identificarse con el que ha sido hecho...a saber, que el Padre oh grandes sabios, no es ni un nombre de sustancia ni un nombre de acción, sino un nombre de relación, un nombre que indica la manera en que el padre está en relación con el Hijo o el Hijo en relación con el Padre. Pues como entre nosotros, estas denominaciones revelan lazos de sangre y de parentesco, así también allí designan la igualdad de naturaleza del que ha sido engendrado respecto del que lo ha engendrado[...]⁵⁵

El obispo de Nacianzo es muy puntual en indicar que las tres personas de la Trinidad existen simultáneamente en la esencia, debido a que ésta confirmación aclara de una vez por todas que el dogma niceno ortodoxo, nada tiene de semejante ni compatible con las ideas sabelianistas:

[...]Estos términos no indican una carencia, ni una subordinación esencial; las expresiones ser ingénito, ser engendrado y proceder, designan al Padre, al Hijo y a aquel de quien se habla aquí, el Espíritu Santo...Los Tres son uno en cuanto a la divinidad, y el Uno es tres en cuanto a las propiedades para que el Uno no sea el de Sabelio, ni los Tres sean los de la perniciosa división actual[...]⁵⁶

⁵⁴ Aristóteles, *Metafísica*, *op.cit.*, pp.351-380.

⁵⁵ *Ibid.*, pp.170-171.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 230.

Como se alcanza a percibir con el párrafo anterior, en sus *Discursos* Gregorio de Nacianzo también debate aunque en menor medida a la teología de los arrianos pneumatomacos, ya que utilizaban cualquier argumento arriano en contra de la naturaleza consustancial del Hijo para verterlo en contra del Espíritu Santo y así poner en entredicho su divinidad consustancial dentro de la Trinidad. Ante estas nuevas ideas arrianas que señalaban que el Paráclito es la primera criatura del Logos, Gregorio advirtió que no podría lograr el establecimiento del dogma niceno pleno si antes no desarticulaba los cuestionamientos en torno al Espíritu Santo:

...Pero he oído hablar también de otros, aún más sabios, que miden la divinidad y que confiesan como nosotros a los Tres que nosotros conocemos, pero dividiéndolos de tal manera que hacen del primero un ser infinito por sustancia y por potencia; del segundo, infinito por potencia, mas no por sustancia; y del tercero un ser limitado en ambos sentidos...El Espíritu Santo, o es absolutamente ingénito, o es engendrado. Si es ingénito, son dos los seres sin principio. Y si es engendrado, haces una nueva distinción o viene del Padre, o del Hijo. Si viene del Padre nos encontramos con dos hijos y dos hermanos...Y si viene del Hijo, añades, nos encontramos ante un Dios nieto...En efecto, dado que el Hijo es Hijo según una relación de orden superior, no pudiendo nosotros expresar de otra manera que procede de Dios y que le es consustancial, no por eso debemos creer que es absolutamente necesario aplicar a la divinidad todos los títulos de la condición mortal, incluidos los relativos a nuestro parentesco...⁵⁷

Para reafirmar lo anterior y afianzar la definición del Espíritu, Gregorio se apoyó en el *Evangelio de Juan 15,26* que especifica que el Espíritu procede del Padre: *el Espíritu Santo que procede del Padre. Si procede del Padre, no es una criatura; si no es engendrado, tampoco es el Hijo; y si está entre el ingénito y el engendrado es que es Dios*.⁵⁸

Con este sistema teológico filosófico que realizó en su estancia en Constantinopla en el año 380, Gregorio Nacianceno le otorgó al catolicismo el soporte teórico necesario para comprender y explicar, su máximo dogma basado en la creencia en un sólo dios trino y simultaneo; y así subsecuentemente poder acabar con cualquier manifestación herética emanada del arrianismo, y concluir definitivamente con esta añeja disputa religiosa. El dogma de la Trinidad católica quedó definido a partir de la teología del obispo Nacianceno de la siguiente manera:[...]venerar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo, tres propiedades una divinidad, sin división de gloria, honor, sustancia y reino[...]⁵⁹

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 225-227.

⁵⁸ *Ibid.*, p.229.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 257.

De esta forma la teología de los *Capadocios* y en especial la de Gregorio de Nacianzo allanó el camino, para que el emperador Teodosio realizara el Concilio de Constantinopla en el año 381, y el catolicismo pudiera avalar su triunfo y hacer lícito su dogma consubstancial, asentándolo en las actas conciliares de dicha reunión.

3.6 El Concilio de Constantinopla del año 381, el triunfo total del catolicísimo.

Como ya se expresó en este capítulo, cuando Teodosio estableció su gobierno en Constantinopla a finales del año 380, Gregorio de Nacianzo ya había escrito sus *Discursos Teológicos*, y había conseguido gran prestigio dentro de la sociedad de la capital oriental, ganando crédito y aceptación para su templo e impulsando la fe católica dentro de la ciudad. Debido a esta distinguida labor el emperador Teodosio no dudó en otorgarle la iglesia de los Santos Apóstoles, una vez que confiscó todos los recintos de los cristianos disidentes a la católica. Gregorio fue nombrado así obispo de Constantinopla en sustitución del arriano Demófilo en ese mismo año y, por primera vez en mucho tiempo, los católicos volvieron a ostentar el episcopado de la capital de Oriente, lo que significó un gran progreso para la causa nicena.⁶⁰

Una vez instalado en su corte imperial después de pacificar sus dominios Teodosio se dispuso, junto con el respaldo de Gregorio de Nacianzo, a solucionar definitivamente la disputa dogmática cristiana que había propiciado toda una crisis en el Imperio a lo largo del siglo IV. El emperador basado en su “Edicto de Tesalónica”, que había podido efectuar unos meses antes gracias a la aprobación de su homólogo occidental Graciano, con quien mantenía buenas relaciones; hizo todos los preparativos adecuados para llevar a cabo el segundo gran concilio ecuménico celebrado en su capital, Constantinopla. Esta asamblea sería de gran trascendencia para el catolicismo ya que en ella se certificaría de forma oficial la posición preponderante de la Iglesia católica, como la única religión autorizada en el Imperio Romano, y alternativamente se condenarían todas aquellas doctrinas y religiones censuradas por esta misma Iglesia.⁶¹

Consciente de que sus antecesores, Constantino y Constancio, no habían podido acabar con la crisis arriana con sólo promover concilios o reuniones religiosas, Teodosio se dispuso a decretar nuevas leyes públicas acordes con las determinaciones que se tomarían en el concilio, manifestando hacia la ciudadanía la nueva política religiosa oficial asumida por el Estado romano.

⁶⁰ Leipin Hartmut, *op.cit.*, pp.84-85.

Por esta razón el 10 de enero del año 381 el emperador dio a conocer una ley en favor del clero niceno cuya fe era definida y delimitada por la fórmula trinitaria de Gregorio de Nacianzo; a los adversarios a esta doctrina se les designaba explícitamente como herejes, y se prohibían absolutamente las profesiones de fe de los arrianos de cualquier índole. Además se ratificaba y se exhortaba de manera más abierta, a que sólo los nicenos podían poseer edificios eclesiásticos; únicamente ellos podían celebrar liturgias y reuniones públicas o privadas y todos aquellos ciudadanos que fueran en contra de estos decretos serían reprimidos por la fuerza pública.⁶²

Con todas las condiciones dispuestas para obtener la armonía religiosa, social y política, Teodosio se preparaba para realizar el concilio de Constantinopla en mayo de ese mismo año, contando con la participación de más de una centena de obispos en su mayoría orientales, ya que los occidentales encabezados por el obispo Dámaso de Roma, intentaban impulsar su propio concilio, para ser ellos los que elevaran al catolicismo al trinfo. A diferencia de Constantino, Teodosio no participó personalmente en el concilio, pero ya había hecho los arreglos necesarios para que su voluntad se cumpliera en su totalidad. Desde el comienzo de la asamblea, surgieron dificultades en la designación del presidente conciliar, ya que esta tarea correspondía al obispo local, pero debido a una controversia suscitada alrededor de este cargo, Gregorio de Nacianzo no pudo ejercer la presidencia en el concilio, siendo designado Melecio de Antioquía para desarrollarla.

El primer problema que se resolvió en el concilio fue precisamente el de la designación del obispo metropolitano legítimo de Constantinopla. Como se mencionó anteriormente, Gregorio de Nacianzo había obtenido el nombramiento otorgado por el emperador, pero debido a que la permuta o cambio de sede episcopal se había prohibido desde el concilio de Nicea, el obispo de Nacianzo no fue reconocido por un sector de los clérigos orientales encabezados por los de Alejandría, quienes impusieron otro obispo para la iglesia de Constantinopla llamado Máximo. A pesar de lo controversial del asunto esta dificultad quedó saldada rápidamente en las sesiones del concilio, tras ser anulada la elección del obispo alejandrino Máximo y consecutivamente ser nombrado en unanimidad Gregorio de Nacianzo como obispo de Constantinopla.⁶³

Una vez saldadas las diferencias entre estos bandos católicos, el concilio se encauzó en su totalidad hacia el tema arriano.

⁶¹ Charles Hefele, *op.cit.*, pp.273-299.

⁶² Leipin Hartmut, *op.cit.*, p. 87.

⁶³ Charles Hefele, *op.cit.*, pp.273-299; también Cf, Gibbon *op.cit.*, pp. 342-345.

Ante el predominio de esta fe en Oriente durante tantos años, los obispos católicos se percataron de que para conseguir el verdadero triunfo en el Imperio Romano las decisiones conciliares se tenían que enfocar en renovar a todo el clero oriental, y no únicamente basarse en recuperar los recintos sagrados. Por tal razón no sólo la iglesia de Constantinopla necesitaba renovar a sus altos jerarcas eclesiásticos, sino que la gran mayoría de provincias orientales requería la sustitución de su clero arriano por el niceno. Así que antes de ahondar en las determinaciones para desarticular el influjo teológico del arrianismo, el concilio se abocó a tomar decisiones pragmáticas que le permitieran llevar a cabo lo anterior, a través de la restitución de todos los cargos eclesiásticos. Por lo cual en palabras de Leipin Hartmut “*el concilio se transformó en un bazar de dignidades eclesiásticas*”.⁶⁴

Mientras los días transcurrían en la toma de decisiones, ocurrió la muerte inesperada del presidente conciliar el obispo Melecio de Antioquía, así que tomó su lugar Gregorio de Nacianzo. Evidentemente el nuevo problema que había que solucionar en las asambleas era el relacionado con el cisma de Antioquía, ya que esta situación volvió a tornarse complicada tras el deceso de Melecio, debido a que este obispo aglutinaba todo el apoyo del emperador y del clero oriental para ocupar legítimamente el obispado de aquella ciudad de Asia Menor. Sin Melecio en la contienda obispal de Antioquía, el único aspirante serio y reconocido era el obispo Paulino candidato de Dámaso de Roma y del clero occidental, que sería designado oficialmente como el obispo de esta ciudad una vez que se diera a conocer la noticia del fallecimiento de su contrincante, concluyendo de esta forma el cisma que había aquejado a esta provincia eclesiástica por casi medio siglo. Pero aunque la designación del obispo Paulino resultaba legítima dentro de la Iglesia, y con ella el catolicísimo lograría una mayor cohesión en todas las diócesis del Imperio, la elevación del clérigo occidental al obispado de Antioquía no se efectuó debido a que las iglesias orientales querían distanciarse del predominio y la injerencia del obispo de Roma, promoviendo con esta medida la supremacía de la iglesia de Constantinopla dentro de la institución católica.⁶⁵

⁶⁴Leipin Hartmut, *op.cit.*, p.90.

⁶⁵ Charles Hefele, *op.cit.*, pp.273-299.

Pese a la concordancia de la mayor parte de los obispos orientales entorno a este asunto, Gregorio de Nacianzo como presidente conciliar procuró la unión definitiva del catolicismo de los dos hemisferios del Imperio Romano, mediante la confirmación de Paulino como obispo de la iglesia antioquena, oponiéndose así a la elección de Flaviano quien era discípulo de Melecio y candidato de la gran mayoría oriental, con lo cual se acarreó la enemistad grupal de los obispos conciliares hacia su persona, quienes de inmediato descalificaron su designación a la iglesia constantinopolitana basándose en el argumento de que no era lícito dentro de la legislación canónica permutar los obispados. De esta manera Gregorio de Nacianzo quedó relegado de las asambleas y terminó por renunciar a su cargo.

Debido a que ninguno de los presentes podía ocupar la sede vacante de Constantinopla, a riesgo de ser recriminado legalmente, el emperador Teodosio nombró como obispo constantinopolitano a un hombre laico que se desempeñaba como pretor de la ciudad de nombre Nectario. Con este funcionario ajeno a las problemáticas de la Iglesia el concilio pudo desarrollarse y dictaminar una nueva fórmula de fe basada en la del concilio de Nicea, promoviendo en esta nueva la consustancialidad del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo. Este nuevo credo conocido como Nicenoconstantinopolitano, no sólo se enfocó en enaltecer y avalar los rasgos divinos de la tercera persona de la Trinidad, sino que también en su elaboración se preponderaron los atributos de la madre de Jesucristo y de la Iglesia católica como parte esencial del dogma ortodoxo para así poder finalizar para siempre con todas las ideas heréticas que se habían suscitado a lo largo del siglo IV en el Imperio Romano.⁶⁶

El credo del concilio de Constantinopla quedó estipulado de la siguiente forma:

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz.
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;

que por nosotros los hombres
 y por nuestra salvación, bajó del cielo;
 y por obra del Espíritu Santo
 se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre;
 y por nuestra causa fue crucificado
 en tiempos de Poncio Pilato;
 padeció y fue sepultado,
 y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
 y subió al cielo,
 y está sentado a la derecha del Padre;
 y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos,
 y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,
 Señor y dador de vida,
 que procede del Padre y del Hijo,
 que con el Padre y el Hijo,
 recibe una misma adoración y gloria,
 y que habló por los profetas.

Creo la iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.
 Confieso que hay un solo bautismo
 para el perdón de los pecados.
 Espero la resurrección de los muertos
 y la vida del mundo futuro. Amén.⁶⁷

Aunado a la formulación del credo anterior, los obispos católicos tomaron otras resoluciones antes de concluir el “Segundo Concilio Ecuménico” que estuvieron encaminadas a avalar y consolidar esta nueva fórmula de fe. Los cánones más importantes que aprobaron fueron los siguientes: la lógica condenación de cualquier tipo de fe ajena al catolicismo, principalmente la fe arriana en cualquiera de sus vertientes, incluido el macedonianismo y el apolinarismo; la deposición de Máximo el obispo arriano de Constantinopla y la sucesiva supresión de este cargo; la ratificación de la prohibición total del cambio sede episcopal, y el impedimento para interferir en los asuntos de otra diócesis; la elevación de Constantinopla al rango de patriarcado por encima de las demás iglesias orientales, solamente el arzobispado de Roma estaría por encima de ésta jerárquicamente.⁶⁸

⁶⁶*Ibid.*, pp.273-299.

⁶⁷José Antonio Alcain, *La tradición*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp.666-667.

Fue así como el concilio de Constantinopla llegó a su fin en aquel mismo año dejando tras su conclusión una situación totalmente privilegiada para la institución católica, de la cual no daría marcha atrás hasta el fin de la Edad Media. El afán del emperador Teodosio de organizar y estabilizar de cualquier forma al Estado romano volvió a originar que la conjunción del Estado y la Iglesia, que había tenido su origen durante el gobierno de Constantino, pero que no había podido perdurar consistentemente con los subsecuentes emperadores debido a las circunstancias específicas que les tocó sortear a cada uno de ellos. Pudo al fin madurar durante la coyuntura histórica del concilio de Constantinopla, conformando una fuerte simbiosis entre ambos órdenes que sería el fundamento idóneo para la estabilidad ideológica y gubernamental del Estado romano.

Las ventajas que este nuevo sistema político proporcionaría para lograr la paz y el orden del Estado romano en todas sus estructuras resultaban muy benéficas para los funcionarios civiles y eclesiásticos, así como también para la ciudadanía en común, ya que dicho sistema contenía los elementos ideológicos plenos para encausar a la cultura romana hacia un nuevo periodo histórico mediante la implantación de un nuevo modelo ético basado en la igualdad universal de todos los hombres hacia un nuevo porvenir histórico.

Antes de finalizar esta tesis, abordare brevemente la ruina total del arrianismo en el Imperio Romano, que tuvo como colofón la batalla suscitada entre la emperatriz Justina y su corte arriana, en contra del clero católico occidental encabezado por el obispo Ambrosio de Milán.

⁶⁸ Charles Hefele, *op.cit.*, pp.273-299.

IV. Derrota total del arrianismo en el Imperio Romano del 381 al 392 d.C.

Aunque esta tesis se centró en delimitar y esclarecer los sucesos históricos contenidos entre el Edicto de Milán del año 313 y el concilio de Constantinopla del 381, debido a que entre este periodo de tiempo se constituyeron de manera específica los fenómenos culturales resaltados a lo largo de este trabajo; es necesario abordar las secuelas inmediatas que se originaron tras la legalización del catolicismo en el Estado romano, ya que estos cambios tuvieron que ver con el desenlace del arrianismo en el Imperio y su porvenir durante la Edad Media. El triunfo del catolicismo en el Imperio tuvo como telón de fondo, la enconada disputa entre la emperatriz arriana Justina, y el obispo Ambrosio de Milán campeón de la fe ortodoxa occidental.

Por lo tanto no se puede soslayar en este análisis el último enfrentamiento que protagonizaron arrianos y católicos dentro del Imperio Romano abordándolo de forma retrospectiva.

Tanto Teodosio como Graciano se percataron entre los años 378 y 379, de que su iniciativa para acabar definitivamente con el arrianismo en el Imperio no se debía limitar únicamente a emitir leyes en contra de estas organizaciones, sino que se tenían que llevarse a efecto implantándose realmente y de forma enérgica en todos los territorios romanos, buscando así contrarrestar y terminar con el dominio que el arrianismo había establecido en la parte oriental del Imperio. Pero además, debían enfocarse en debilitar y detener el apoyo que esta religión seguía obteniendo de la corte de Milán, que se mantenía bajo el mando de la emperatriz Justina madre del emperador Valentiniano II, quien continuaba respaldando a diversos obispos arrianos para que difundieran esta doctrina en algunas regiones de Italia y Europa.

Debido a la temprana edad de Valentiniano II, quien había sido nombrado emperador a la edad de 4 años por las tropas de Panonia, su madre de nombre Justina detentó el poder imperial sobre las provincias de Italia, Iliria y África que le habían sido otorgadas a su hijo Valentiniano II, por su medio hermano el emperador Graciano, en el año 375 tras la muerte del padre de ambos (Valentiniano I). De esta forma Justina pudo disponer en absoluto del cargo imperial, para imponer sus determinaciones sobre cualquier asunto.

Esta mujer había sido una arriana devota desde su infancia, por lo que una vez que tomó el control de los territorios encomendados a su hijo, trató de promover el arrianismo oficialista conocido como *homoiano*, que había sido instituido por el emperador Constancio e impulsado posteriormente por Valente. Su apasionada devoción por esta doctrina la llevó a confrontarse

rápidamente con el clero católico occidental, que para esos años gozaba de una situación favorable, debido al amparo que estaba obteniendo de parte del recientemente proclamado emperador Graciano.¹

La inminente victoria religiosa que el catolicismo vislumbraba dentro del Estado romano, se notaba sumamente obstaculizada si no lograba extinguir por completo la influencia que el arrianismo buscaba ejercer en las prácticas y costumbres de los pobladores romanos de aquellas zonas occidentales. En este contexto se destacó la figura renombrada de Ambrosio de Milán, quien era un obispo católico de origen aristocrático formado con un perfil altamente político.²

Ambrosio había obtenido el episcopado de Milán en el año 374, tras una serie de conflictos para deponer al obispo arriano Auxencio, quien había ocupado este cargo por casi veinte años desde su designación tras el concilio de Rimini en el año 359. Con la nueva consagración de Ambrosio a esta iglesia iniciaron las fricciones y el antagonismo entre la corte civil milanesa encabezada por la emperatriz Justina, y el clero católico de la misma ciudad bajo la autoridad de Ambrosio.

Dos años después, en el 376, la pugna se encrudeció y se trasladó de la ciudad de Milán a la de Sirmio, cuando ambos contrincantes buscaban imponer un nuevo obispo en dicha ciudad; Ambrosio tomó la ventaja y el control en la contienda, logrando implantar un obispo católico en la iglesia local, asestando así un duro golpe al arrianismo en general, ya que la ciudad de Sirmio había sido su plaza más fuerte en Occidente.³

La firmeza que Ambrosio mostró en este asunto, lo situó en una posición muy propicia ante el emperador Graciano, ya que éste concentraba su gobierno en Sirmio debido a los peligros de las invasiones góticas sobre sus fronteras. Las acciones de Ambrosio en contra de la iglesia arriana de la región hicieron que Graciano le otorgara toda su confianza designándolo en el año 378 preceptor espiritual y consejero político, encargado de conducir los asuntos eclesiásticos más relevantes de su gobierno.⁴

¹ Gibbon, *op.cit.*, pp. 348.

² *Ibid.*, pp. 347.

³ Ambrosio, *Sobre la fe*, Madrid, Ciudad Nueva, 2009, p.7.

⁴ Gibbon, *op.cit.*, pp. 347.

⁵ Arinaldo Momigliano, *Conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 15-206.

Bajo la influencia de Ambrosio, Graciano comenzó a privilegiar sobremanera a las iglesias católicas, prohibiendo las ceremonias y prácticas paganas⁵, atacando a su vez el predominio del arrianismo a través del impulso de la fe nicena profesada por los obispos de Roma y el de Alejandría, anticipando con estas acciones el triunfo del catolicismo que quedaría oficializado pocos años después en el concilio de Constantinopla.

Ambrosio redactó algunas obras doctrinales para el aprendizaje personal de Graciano, lo cual influyó sobremanera para que este emperador impulsara el “Edicto de Tesalónica” junto a su homólogo Teodosio.

En el año 381 en que se realizó el concilio de Constantinopla en Oriente, las iglesias occidentales también efectuaron una reunión de obispos para ratificar la legalidad de la fe nicena, y la correlativa condena de todas las creencias distintas a ella. El sínodo se llevó a cabo en la ciudad italiana de Aquileya, contando con el patrocinio del emperador Graciano y la organización de Ambrosio, quienes incitaron a todos los reunidos para avalar el dogma niceno como religión oficial del Estado romano, respaldar al obispo Dámaso en la sede romana y excomulgar al obispo arriano Ursicino, quien de manera espuria se mantenía con este cargo en aquella ciudad, y por último, condenar definitivamente cualquier manifestación arriana sobre el Occidente.⁶

En el año 382 se hizo más notoria la influencia que Ambrosio ejercía sobre Graciano, cuando el emperador mandó retirar el altar de la Victoria del Senado romano, que había permanecido allí por varios siglos, además de efectuar varias disposiciones en contra del paganismo como la confiscación de rentas y donaciones de sus templos.⁷

Sin embargo, el poder político que el obispo de Milán había ido concentrando a su alrededor, desde que comenzó a desempeñarse como asesor personal del emperador Graciano, se vio obstaculizado y disminuido en el año 383, tras el asesinato de éste emperador a manos de un general usurpador de nombre Máximo. Con esta traición inesperada el contexto social y político de Occidente y en especial de Britania, Galia e Hispania se volvía a percibir inestable. Los logros que Ambrosio había alcanzado para la Iglesia católica de su hemisferio se interrumpieron con la instauración del gobierno ilegítimo de Máximo, quien gracias a su buen mando y a su diplomacia perduró hasta el año 388, en que fue asesinado por Teodosio en un enfrentamiento bélico entre ambos ocurrido en las Galias.⁸

En esta circunstancia sumamente inestable se dio la última confrontación directa entre el catolicismo y el arrianismo. La emperatriz Justina a petición de su consejero personal, el obispo arriano Auxencio, quien ejercía su cargo eclesiástico en la ciudad de Dorostorum en el Danubio, y había vivido en la corte de Milán justo después de su deposición del obispado de esta ciudad, se apoderó de una basílica en la ciudad para que se pudieran realizar las liturgias arrianas en las fiestas de Pascua del año 385.

De inmediato la ocupación del recinto eclesiástico causó gran agitación en el clero católico de la ciudad, debido a que sólo ellos ostentaban el poder legítimo para poseer edificios públicos y realizar ceremonias dentro de éstos, poder que les había sido cedido cuatro años antes en el concilio de Constantinopla.⁹

Ambrosio sin demorarse, reunió un gran número de feligreses y se dirigió a la residencia imperial para confrontarse con la emperatriz, quien estaba reunida con su corte esperando el momento del encuentro. Gibbon relata así lo sucedido:

[...]Ansiosa (Justina) de cumplir públicamente con la festividad de la Pascua inmediata, mandó comparecer a Ambrosio ante el consejo. Acudió este al llamamiento con la atención de súbdito fiel; mas siguió con anuencia un jentío innumerable, que se agolpó desafortadamente sobre las puertas del palacio; y asustados los ministros de Valentiniano, en vez de decretar el destierro del arzobispo de Milán, le amonestaron rendidamente para que mediase y resguardase la persona del emperador, restableciendo el sosiego de la capital; más las promesas hechas y comunicadas a Ambrosio quedaron luego quebrantadas por una corte alevosa; y en los seis días solemnes que la religiosidad cristiana reservaba para el ejercicio de sus devociones, padeció la ciudad las convulsiones del alboroto y el fanatismo...Mandose a los dependientes del palacio disponer de la *Basílica* Porcia primero, después de la nueva, para el recibimiento inmediato del emperador y su madre...más fue preciso resguardar el solio por guardia competente contra las demasías de la plebe. Los eclesiásticos arrianos que asomaron por las calles expusieron en gran manera sus vidas, y Ambrosio contrajo el esclarecido mérito de rescatar de manos de la enfurecida muchedumbre a sus enemigos personales.¹⁰

⁶ Angelo Di Berardino y Enrico Norelli, *op.cit.*, Madrid, BAC, p.169.

⁷ Arinaldo Momigliano, *op.cit.*, pp. 210-212.

⁸ Marcel Le Glay, *op.cit.*, pp. 400-404.

⁹ Angelo Di Berardino, *op.cit.*, pp.169-170.

¹⁰ Gibbon, *op.cit.*, pp.348-349.

La violencia que se originó por la posesión de la Basílica Porcia (conocida hoy en día con el nombre de San Victor), confrontó a la guardia imperial de Valentiniano II que protegía los intereses de la fe arriana, en contra del pueblo que simpatizaba totalmente con el catolicismo. Ante la coacción que sufrían los clérigos y habitantes milaneses de parte de los legionarios godos al servicio de Justina y Valentiniano II, Ambrosio decidió encarar estas intimidaciones haciendo uso de su facultad de excomunión, con la cual pudo imponer su autoridad y neutralizar las armas de los emperadores arrianos.

Aunque estas amenazas de exclusión sacramental que Ambrosio propinó a la corte de Milán se notaban sumamente alarmantes para la mayoría de los funcionarios, fueron ineficaces para calmar los ímpetus de Justina y de su hijo por continuar respaldando su fe y su doctrina que recientemente había sido anatemizada oficialmente.

Por lo cual a comienzos del año siguiente, en enero del 386, Justina junto con Valentiniano II promulgó una ley en Milán, que autorizaba a los arrianos la celebración de sus reuniones en las ciudades bajo su jurisdicción, y a su vez prohibía las liturgias de los católicos amenazando con sanciones sumamente severas como destierros y penas de muerte, a quienes se opusieran a este decreto oficial: [...]Promulgose, por influjo de Justina un edicto de tolerancia en todas las provincias sujetas a la corte de Milán, concediose libre ejercicio de sus religión a cuantos profesaban la fe de Rímini, y declaraba el emperador que todos los contraventores a constitución tan sagrada y benéfica serían castigados como enemigos del sosiego público[...]¹¹

Aunque estas disposiciones asumidas por la corte de Milán parecían sumamente represivas hacia sus enemigos, no tuvieron ninguna trascendencia ni repercusión real en las creencias y prácticas de las personas de la ciudad, debido a que los pobladores contaban con una añeja tradición de fe que se circunscribía únicamente a profesar la doctrina apostólica universal, y a no tolerar ninguna otra creencia detractora de su fe, además de que el nuevo adoctrinamiento en contra del arrianismo había sido iniciado y fomentado por Hilario de Potiers varios años antes, difundiéndose rápidamente la ideología pro nicena en diversos territorios occidentales, como anteriormente se explicó.

¹¹ *Ibid.*, p. 350.

Por esta razón cuando la corte de Milán se percató de que las costumbres de la gente de la ciudad, tenían más fuerza que las leyes postuladas a favor del arrianismo, se centró en atacar a Ambrosio, debido a que este era el gran líder del catolicismo milanés y de Occidente en general, ya que continuaba persistiendo con la práctica establecida por Hilario, y por lo cual representaba un gran amenaza para la agonizante causa arriana.

De esta forma la emperatriz Justina, en un intento desesperado por mantener en pie la fe arriana en su territorio, decretó oficialmente el destierro de Ambrosio, situación que incrementó aún más el clima de tensión que se vivía en la capital imperial italiana. Para impedir su deposición y su expulsión de la ciudad. Ambrosio, junto con sus clérigos más allegados y con una multitud de creyentes católicos, se amotinó en un recinto de la ciudad. Lo numerosos de los habitantes alrededor de esta iglesia, impidió que los soldados pudieran aprisionar a Ambrosio, permitiendo además que este obispo pudiera difundir sus himnos dogmáticos hacia las aglomeraciones allí presentes.¹²

Ambrosio supo aprovechar este momento ante tantas personas reunidas, para promover diversos cánticos litúrgicos que había ideado previamente en donde explicaba de manera sencilla el dogma trinitario avalado recientemente por el Estado romano. Esta medida del obispo de Milán fue sumamente inteligente, ya que se valió del mismo método sencillo que había utilizado Arrio algunas décadas atrás para dar a conocer velozmente su doctrina. Con esta estrategia sencilla y de fácil comprensión, Ambrosio pudo simplificar los preceptos dogmáticos sumamente complejos, que la ortodoxia había elevado después del concilio de Constantinopla.¹³

El gran desenvolvimiento y las buenas decisiones que Ambrosio adoptó en el enfrentamiento intestino religioso de Milán originaron que el catolicismo se mantuviera estable y se consolidara de forma definitiva como la única fe admisible en dicha ciudad; por lo cual la corte ya no pudo continuar con los altercados religiosos, debido además a que el augusto Máximo, usurpador del gobierno de Graciano, decidió invadir Italia para comenzar a apoderarse de todos los territorios occidentales. Ante esta beligerancia inesperada, Valentiniano II y su madre que se habían mantenido inmersos en las reyertas religiosas, no tuvieron otra opción más que abandonar la ciudad debido a que no contaban con la organización ni las fuerzas militares necesarias para afrontar la invasión de Máximo.

¹² *Ibid.*, p.350.

¹³ Claudio Moreschini y Enrico Norelli, *op.cit.*, pp.311-329.

Por esta causa la corte milanesa se trasladó a la ciudad de Aquileya, y desde allí poder contactarse por medio de emisarios con el emperador Teodosio, y así obtener resguardo en sus dominios. Una vez que los emperadores occidentales consiguieron la ayuda llegaron a Oriente y fueron instalados en la ciudad de Tesalónica, donde se reunieron personalmente con Teodosio y varios de sus funcionarios, entre ellos algunos obispos católicos quienes conocían a fondo las convicciones de fe de ambos emperadores, por lo cual persuadieron a Teodosio de que los exhortara a confesar públicamente su abjuración del arrianismo y su conversión al catolicismo:

[...]En vez de convidar a sus reales huéspedes en el palacio de Constantinopla, tendría Teodosio sus motivos reservados para plantearles sus residencia en Tesalónica; más no mediaba menosprecio o despego, puesto que pasó allá en diligencia, acompañado de la mayor parte de su corte y del senado. Tras los primeros agasajos de intimidad y cariño, el religiosísimo emperador de Oriente apuntó con halago a Justina que el pecado de herejía se solía castigar así en este mundo como en el venidero, y que la profesión pública de la fe Nicena sería el paso más conducente para el restablecimiento de su hijo[...] ¹⁴

Sin más, Teodosio y el clero católico oriental aprovechándose de la vulnerabilidad de Justina y Valentiniano II, lograron poner fin al arrianismo dentro del imperio Romano. Tras estos sucesos el catolicismo consiguió el triunfo fáctico en el Imperio Romano, beneficiándose como a lo largo de su historia, de la coyuntura sociopolítica manifiesta en su momento, para continuar así su predominio.

El inminente vínculo entre Teodosio y Ambrosio, que se estableció firmemente cuando el emperador de Oriente obtuvo la totalidad del Imperio Romano para él y sus dos hijos, se solidificó gradualmente con el paso del tiempo, afianzándose sobre la autoridad que ambos personajes aportaban para la estabilidad del Estado romano. El equilibrio que otorgaron los órdenes secular y eclesiástico para sustentar esta nueva forma de gobierno fue la gran amalgama que, además, generó un nuevo desarrollo histórico que perduraría hasta el fin de la Edad Media.

Así la Iglesia católica representada por la figura sobresaliente de Ambrosio de Milán, obtuvo un poder inusitado precisamente en el momento en que este obispo logró ser el director de conciencia del emperador Teodosio, una vez que pudo intervenir y dictaminar todas sus acciones, tras haberlo excomulgado en el año 390 por un genocidio de miles de ciudadanos ocurrido en el circo de la ciudad de Tesalónica a manos de legionarios enviados por este emperador. ¹⁵

¹⁴ Gibbon, *op.cit.*, p.352.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 358-361.

Este hecho sin precedentes en donde un sacerdote excluyó al emperador romano de su cargo y sus funciones legítimas, sólo denotan la fuerza que logró obtener para sí la institución católica en los últimos años del siglo IV, una vez que erradicó por completo al arrianismo del Imperio Romano. Esta idea fue la que se trató de evidenciar a lo largo de esta tesis.

Conclusiones.

Después de este recorrido histórico para demostrar cómo el constante cambio y transformación en las convicciones de fe de la Iglesia católica estuvieron determinadas desde sus inicios por la multiplicidad de ideas y cuestionamientos, que surgieron incesantemente desde las doctrinas adversas a su visión, que posibilitaron y favorecieron de esta forma, la consolidación de sus postulados de fe y su organización universal, que finalmente encontró en la fe arriana el adversario ideal para alcanzar el predominio absoluto en el Estado romano. Ya que esta doctrina se había manifestado a lo largo de todo el siglo IV de n.e., como el arquetipo de la gran herejía cristiana, provocando un desequilibrio inusitado para la Iglesia católica en general y una amenaza para la gobernabilidad en el Imperio Romano .

Para sustentar las aseveraciones anteriores, esta tesis se centró en enfatizar dos sucesos históricos ocurridos en el siglo IV, los cuales emanaron de las disputas dogmáticas de la Iglesia católica y, son la evidencia clara del fortalecimiento que obtuvo el catolicismo, a partir de esta gran disidencia denominada arrianismo.

Me refiero aquí a la elaboración del credo Niceno del año 325 y del Nicenoconstantinopolitano del año 381. Ambos hechos son la prueba fehaciente de la constante autodefinición y construcción de identidad que la Iglesia católica tuvo que realizar a lo largo del siglo IV, siempre apegándose a la tradición de verdad que había determinado a su institución desde su surgimiento. Por lo que una vez que los ataques y las polémicas hacia su dogma y su doctrina fueron emanando desde dentro o fuera de su organización, originaron que esta institución cambiara para continuar prevaleciendo. Fue así como el arrianismo, con sus postulados teológicos sumamente subversivos, contribuyó a consolidar firmemente la organización del catolicismo y en especial su dogmática.

Si bien la Iglesia se estaba transformando y adquiriendo personalidad a través de esta disputa teológica, fue en el ámbito político en donde el catolicismo pudo conseguir plenamente el triunfo fáctico en el Imperio Romano, una vez que logró conformar una simbiosis entre su organización y el Estado romano.

Por lo cual el pertinente examen de las circunstancias sociopolíticas alternas a la crisis arriana, no quedaron al margen en esta tesis. Antes bien, la concatenación de los distintos órdenes del Estado romano del siglo IV, fueron la base para que esta disputa religiosa pudiera

desarrollarse hasta propiciar en gran medida la excepcional unión entre el Estado y la Iglesia, que a su vez generó una nueva visión universalista dentro del Imperio Romano, a partir de los preceptos: civilizador y evangelizador.

Para esclarecer adecuadamente esta nueva asociación estatal y religiosa, la tesis se delimitó cronológicamente con el fin de evidenciar el acercamiento paulatino entre estas dos Organizaciones, teniendo como punto de partida los antecedentes que orillaron al gobierno romano de Oriente y de Occidente a promulgar el denominado “Edicto de Milán”, el cual otorgaba licitud y resarcía a todos los cristianos sin distinción tras varias décadas de múltiples persecuciones. De este modo se mostró a través de ejemplos extraídos de distintas fuentes primarias e interpretativas cómo el Estado romano, ansioso de estabilidad, se acercó a la institución más organizada y próspera de sus dominios para así alcanzar la anhelada consolidación gubernamental.

Fue de esta forma como el emperador Constantino (entre los años 306-337) pudo pacificar y unir a todo el Imperio bajo su mando, una vez que alcanzó el poder absoluto tras disolver para siempre los vestigios del gobierno colegiado de la Tetrarquía, lo cual lo facultó para tener injerencia en todos los asuntos del Estado, favoreciendo así al cristianismo católico ya que se mostraba sumamente estable como institución. Con los privilegios que este emperador otorgó a los católicos pudo acceder a la jerarquía eclesiástica de esta Iglesia, generando el fenómeno político religioso conocido como *cesaropapismo*, el cual determinaría a su gobierno y sería trascendental para comprender la conformación de los gobiernos romanos posteriores, y el desenvolvimiento de toda la crisis arriana.

A partir de esta innovación política creada por Constantino, el devenir del Imperio Romano estuvo determinado por la relación recíproca entre el Estado y la Iglesia, que no se disolvió con el colapso de este sistema político, sino que adquirió más fuerza y solidez a lo largo de la Edad Media.

Sin embargo, este nuevo Estado romano cristiano, que Constantino ideó y estableció para solidificar y cohesionar a todo su Imperio, presentaba muchas dificultades de fondo desde su conformación debido a que el catolicismo aún no se había instituido oficialmente como el cristianismo imperante en Roma, razón por la cual una vez que las diversas doctrinas cristianas adquirieron toda la libertad que les otorgó el “Edicto de Milán”, éstas pugnaron por alcanzar el predominio sobre los demás creencias cristianas y paganas. A pesar de la tolerancia religiosa

que este decreto concedió a todas las creencias practicadas en el Imperio Romano, Constantino se decantó por la doctrina que percibió más organizada a lo largo del territorio romano, respaldándola pero no oficializándola, situación que suscitó que el conflicto político religioso arriano se detonara con demasiada fuerza desde el seno mismo de la institución católica, obligando a que Constantino desde su posición de rey-sacerdote, organizara el primer concilio ecuménico de la historia de la Iglesia, en el año 325 en la ciudad de Nicea, para así intentar acabar con esta gran disidencia en la Iglesia, ya que era muy perjudicial y amenazadora para la estabilidad del Imperio Romano.

Por esta causa Constantino realizó esta suntuosa reunión eclesiástica invitando a decenas de obispos para definir y resumir el dogma y las creencias fundamentales de la institución católica, en una declaración de fe única que representaría a todas las iglesias adscritas a este cristianismo con el fin de que este Credo se oficializara y terminara tras su instauración, con las diferencias teológicas y administrativas que se habían presentado en la Iglesia. Pese a las intenciones de unión y concordia que manifestó Constantino en este concilio, el cisma se agravó, y la controversia teológica pasó de ser una polémica religiosa local, a una pugna política y social global, por intentar imponer la verdadera fe cristiana dentro del nuevo Estado romano. La injerencia del emperador en los asuntos de la Iglesia ocasionó que una vez concluido el concilio de Nicea los desacuerdos entre los dos bandos cristianos implicados en el asunto se agudizaran; la parcialidad que Constantino había mostrado a favor del bando “niceno” en las asambleas del primer concilio ecuménico fueron la causa notable del empeoramiento de posturas entre los obispos antagónicos.

Este afán de Constantino de imponer el orden en la sociedad romana de manera precipitada y a cualquier costo, basándose en la aparente solidez estructural que le brindaba la Iglesia católica, polarizó sobremanera las relaciones y visiones entre los eclesiásticos, que no se distanciaron por el sólo hecho de que el emperador había beneficiado ostensiblemente la postura de unos pocos obispos en el concilio, sino más bien la gran inconformidad y las discrepancias exacerbadas se suscitaron, una vez que se introdujeron conceptos teológicos ilegítimos en el Credo niceno como el de consustancialidad entre la naturaleza del Padre y del Hijo, debido a la coacción que Constantino había impuesto para que los obispos llegaran a un acuerdo unánime, pacífico y veloz.

De este modo el primer emperador cristiano, contrariamente a sus pretensiones, heredó un Imperio Romano a sus tres hijos legítimos colmado de desacuerdos y beligerancias, en el cual tanto en el ámbito político como en el religioso, se lucharía impetuosamente por imponer un solo mando y una sola ideología a través de la pugna religiosa cristiana.

Así, una vez consolidados los gobiernos de sus hijos menores Constante y Constancio (entre los años 340 y 350), en dos bloques adversos entre sí, el ideal del gobierno único con el cual habían sido formados estos dos emperadores, llevó al Imperio Romano a una situación crítica en la gran mayoría de sus estructuras, y en la cual la controversia religiosa se convirtió en una lucha política que legitimaría y justificaría, los deseos de ambos augustos por acceder a la soberanía absoluta, ya que cada uno de estos augustos se afilió a uno de los bandos beligerantes, fomentando y diversificando de este modo la crisis política, social y religiosa en el Imperio.

El Oriente arriano de Constancio entró en confrontación directa contra el Occidente niceno de Constante, a partir de las añejas disputas cristológicas que ya habían adquirido el carácter de disputa política gubernamental debido a que con el pretexto de resolver esta disidencia de la Iglesia, los dos emperadores impulsaron sobremanera su aspiración de conseguir la soberanía incompártida.

Sin embargo, la guerra civil entre estos dos hermanos nunca se detonó debido al asesinato repentino de Constante a manos de un general usurpador. Este hecho contribuyó a que la crisis arriana creciera excesivamente y se transformara en una lucha sumamente violenta que abarcó todos los órdenes de la realidad romana y todas las regiones del Imperio. Por esta razón, una vez que Constancio derrotó al emperador usurpador de Occidente y se convirtió en el soberano absoluto de Roma, se abocó a resolver el gran problema religioso que tanto aquejaba a sus dominios internos, dictaminando una paz entre todas las iglesias, con la intención de estabilizar así a su gobierno. Con este propósito, Constancio oficializó un credo arriano tolerante en el año 359 ante más de quinientos obispos que se reunieron en un concilio doble desarrollado en dos ciudades: Rimini y Seleucia. En estas dos asambleas, el emperador intentó conseguir el acercamiento entre los obispos arrianos y nicenos. Sin embargo, lo único que logró fue agudizar aún más las diferencias entre los dos bandos, además de fragmentar la fe arriana en distintas doctrinas, que ya no eran homologas en sus postulados teológicos ni en sus determinaciones políticas.

Pese a esta división, la fe arriana había alcanzado en estos años su punto más alto de difusión y de control en el Imperio gracias a la predilección que el emperador Constancio había mostrado por esta creencia. No obstante, debido a esta posición privilegiada en la que se encontraba el arrianismo, percibiéndose como la religión oficial del Imperio Romano de aquí en adelante, esta fe se fraccionó en distintos partidos religiosos, dando inicio a otra fase en el proceso de la crisis arriana, en la cual la ortodoxia nicena-católica obtendría el triunfo definitivo, sobre todas las demás religiones al finalizar el siglo IV.

Con las dificultades de sus dominios internos aparentemente resueltas, Constancio tuvo que enfrentarse decididamente al problema endémico de sus fronteras, por lo cual designó a su pariente Juliano para controlar de la frontera noroccidental del Imperio. Este nuevo César demostró grandes habilidades estratégicas pacificando rápidamente la frontera de las Galias, situación que lo llevó a querer erigirse como único soberano romano. Con esta idea Juliano reunió a su ejército para enfrentarse con Constancio, quien se encontraba en Asia librando una campaña en contra de los persas. Sin embargo esta guerra civil no llegó a estallar debido a la súbita muerte de Constancio, en las inmediaciones de la ciudad de Cilicia en Asia Menor.

De esta manera Juliano pudo acceder a la púrpura imperial y de inmediato mostró ante todos los romanos su verdadera personalidad. Este nuevo emperador, aunque había sido educado como cristiano bajo las enseñanzas de grandes teólogos, tenía una fascinación por la cultura grecolatina, razón por la cual una vez que se erigió como Augusto de todo el Imperio, intentó restaurar los antiguos cultos romanos que se encontraban eclipsados, por la preponderancia que había adquirido el cristianismo en las últimas décadas.

Una vez consolidado en el gobierno romano, Juliano intentó contrarrestar diligentemente el influjo que los cristianos ejercían sobre la población romana, para lo cual no sólo intentó crear una iglesia pagana única. Sino que además, promovió aún más la confrontación que estas doctrinas mantenían, a través de una aparente tolerancia religiosa, ya que permitió el retorno y la reinstalación en sus funciones, de todos los eclesiásticos perseguidos durante el gobierno de Constancio. Con estas medidas Juliano buscaba acrecentar aun más la escisión de la Iglesia y encumbrar paulatinamente a la religión pagana. Pese a sus deseos, este nuevo emperador reaccionario no pudo consolidar su iglesia, ni difundir sus nuevos ritos paganos en las costumbres de los romanos, por lo cual dejó de lado los asuntos religiosos y se afanó por la ambiciosa empresa de conquistar al Imperio Persa. Como era de esperarse este ideal no

prosperó, y el ejército romano quedó derrotado rápidamente por los persas, una vez que invadieron Mesopotamia; allí Juliano fue herido gravemente en uno de los enfrentamientos y murió dejando así a las tropas sobrevivientes y al Imperio Romano en general en una situación sumamente vulnerable, en la que se erigió el gobierno efímero del soldado Joviano en el año 364.

Con la muerte del emperador pagano los cristianos volvieron a obtener sus antiguos cargos públicos y volvieron a realizar libremente sus asambleas, ya que el nuevo emperador Joviano se había manifestado cristiano. Por esta causa, el gran conflicto político religioso retornó nuevamente al escenario principal de la vida romana y se intensificó sobremanera, una vez que los gobiernos de los emperadores Valentinianos se instauraron en el año 364, tras el deceso súbito de Joviano.

Durante el gobierno de los dos emperadores hermanos, Valentiniano y Valente, se repitió análogamente el modelo gubernamental que había prevalecido en el Imperio Romano bajo Constante y Constancio unos años antes. De este modo, el Occidente bajo el dominio de Valentiniano privilegió el nicenismo, mientras el Oriente de Valente fue netamente arriano. Sin embargo estos dos emperadores, a diferencia de sus antecesores constantinianos, no pugnaron entre sí, antes procuraron en todo momento ayudarse mutuamente con el problema del asedio de las fronteras, ya que era casi incontrolable, por esta razón ambos dejaron en segundo plano los problemas intestinos romanos, y se dedicaron casi por completo a resolver las invasiones de pueblos bárbaro hacia su territorio. De este modo las iglesias dejaron de obtener todo el respaldo imperial que antes habían recibido, el cual resultaba muy benéfico, ya que además de la ayuda económica que les brindaban los emperadores, las iglesias tenían a su disposición la fuerza pública para realizar sus cometidos. Ya sin este apoyo, las iglesias arrianas que controlaban la política religiosa del Imperio comenzaron a declinar debido a la heterogeneidad que presentaba el movimiento arriano en esos momentos sumamente fragmentado y también a la organización de las iglesias nicenas que iba en aumento, gracias a la libertad que les brindaba la poca represión hacia sus organizaciones.

Así los católicos comenzaron a preparar el campo para vencer definitivamente a sus contrincantes, no sin antes librar el último gran obstáculo que se les presentaría tras la muerte del emperador Valentiniano. Con esta nueva reestructuración en el gobierno romano, los arrianos tuvieron su última gran oportunidad por consolidar definitivamente a su religión, ya que Valente quería imponer su voluntad sobre los herederos del gobierno de Valentiniano, quienes eran muy

jóvenes aun para gobernar. Por este motivo, el emperador de Oriente comenzó a ocuparse de los asuntos religiosos, mostrándose parcial hacia uno de los bandos arrianos más sobresalientes, y así obtener la preponderancia y el mando total en el Imperio.

Pero nuevamente los problemas en las fronteras se volvieron presentar y Valente tuvo que resolverlos sin dilaciones, preparó un ejército con los pocos soldados que pudo reunir para dirigirse al Danubio y comenzar la guerra contra los godos. En aquellos desventajosos combates para los romanos, Valente murió asesinado y su cuerpo nunca apareció, quedando acéfalo el gobierno de Oriente, lo cual obligó a Graciano (quien era uno de los dos augustos de Occidente) a designar en el año 378, a uno de los antiguos generales de su padre, para ocupar la más alta magistratura de Oriente y pacificar el territorio. En aquel año Teodosio fue nombrado augusto de aquel hemisferio romano para que solucionara todos los problemas que aquejaban a este territorio. Este emperador hábil y experimentado en el mando del ejército, rápidamente se ocupó de enfrentar los dos problemas que más propiciaban la inestabilidad en Oriente: en el exterior la amenaza de los diversos pueblos asentados en las inmediaciones de las fronteras, y en el interior, el de la crisis política y social que era fomentada por el violento conflicto religioso cristiano. Así, una vez que Teodosio apaciguó las fronteras, logró distintos tratados de paz propicios con las tribus germanas que lo posibilitaron para dedicarse a remediar definitivamente la pugna religiosa que tanto dañaba al Estado romano. Teodosio se percató de que la crisis arriana no se había podido solucionar con el sólo hecho de realizar concilios eclesiásticos para reformular la dogmática de la Iglesia, ni tampoco favoreciendo a alguno de los bandos involucrados. Antes, al contrario, estas medidas habían provocado mayores problemas cuando se habían implantado a la ligera. Por esta causa Teodosio se atrevió a realizar lo que ninguno de sus antecesores había podido hacer, y en su viaje de Macedonia a Constantinopla, elaboró un documento con la aceptación y colaboración del augusto de Occidente, en el cual se otorgaba la licitud y se oficializaba formalmente al catolicismo como la religión del Estado romano. En aquel documento, conocido como Edicto de Todos los pueblos o Edicto de Tesalónica del año 380, los augustos romanos reconocieron al nicenismo como la verdadera fe cristiana, y censuraron cualquier otra religión distinta o adversa a ella. Teodosio se encargó, además, de redactar distintas leyes a favor de la nueva fe oficial para fortalecer su reciente instauración, y una vez que llegó a la capital imperial de Oriente, realizó todos los preparativos para efectuar el segundo concilio ecuménico de la Iglesia, donde se ratificaría ante todos los altos eclesiásticos católicos

la disposición del Edicto de Tesalónica. Con la ayuda de la teología de los obispo *neonicenos*, Teodosio pudo sustentar sus decisiones en el concilio ecuménico de Constantinopla del año 381, y alternativamente condenó al arrianismo en sus distintas manifestaciones para siempre.

De este modo el emperador católico Teodosio dio un paso trascendental para el devenir de la Iglesia, desarticulando por completo la gran herejía arriana y todos sus adherentes dentro del Imperio Romano. Lo último que le faltaba al catolicismo para obtener el triunfo pleno en el Estado romano era acabar con el incipiente apoyo que la emperatriz Justina y su hijo Valnetiniano II brindaban a unos pocos obispos arrianos occidentales, labor que realizó de Ambrosio de Milán con el consentimiento de Teodosio.

Con este análisis de las causas, el desarrollo, y las consecuencias de los procesos aludidos anteriormente se pudo constatar que si bien el arrianismo tuvo un gran vigor dentro de las estructuras del Estado romano del siglo IV, estuvo destinado al fracaso desde su surgimiento, debido a que su doctrina se afianzó sobre una organización sumamente estratificada como lo era el catolicismo de este siglo, que defendía a toda costa su unicidad y su universalismo, elementos que habían fomentado a su institución haciéndola subsistir y triunfar a partir de la incesante confluencia directa en contra de posturas distintas a su visión. Dicho de otra forma, el catolicismo se había nutrido y fortalecido por medio de la constante confrontación con las doctrinas adversas a él.

Esta actitud excluyente de la institución católica, que se gestó desde su surgimiento, la hizo pasar por demasiados problemas que le suministraron identidad, una vez que sorteó cada una de estas dificultades. De esta manera el arrianismo al haber representado la mayor amenaza herética para el catolicismo durante los primeros cuatro siglos de su existencia, fue la corriente detractora que mediante su intrincado sistema teológico y sus acciones políticas, estableció los elementos necesarios para que el catolicismo lograra la victoria total en el Imperio Romano, una vez que empleara todas sus armas institucionales para derrotar definitivamente, a esta impetuosa doctrina herética.

Esta interdependencia histórica que se formó en el siglo IV entre el arrianismo y el catolicismo, no sólo refrendó el papel de ésta ante las demás religiones practicadas en el Imperio, sino también dio origen a la unificación de la institución católica con el Estado romano, lo que sería de suma trascendencia para la época en cuestión, y para la subsecuente Edad Media en los reinos europeos y en el Imperio Bizantino.

Por lo cual el cuestionamiento planteado en la introducción de la tesis que señala enfatiza ¿En qué medida la pugna doctrinal entre las vertientes cristológicas arriana y nicena, afectó la evolución política del Imperio Romano en el siglo IV? Se logró responder aseverando que el catolicismo se consolidó inusitadamente desde la Antigüedad tardía gracias a la fuerza que le proporcionó la herejía arriana, una vez que le propinó innumerables ataques y cuestionamientos a su tradición apostólica, ya que estas embestidas sirvieron al final del siglo IV como un parámetro positivo, para que el catolicismo se uniera oficialmente al Estado Romano y lograra el triunfo definitivo en este territorio.

Así el cristianismo racionalista arriano que buscaba mantener la continuidad con la cultura grecolatina de su horizonte, fue derrotado por el cristianismo católico intolerante el cual había pretendido desde su conformación, disociarse de su pasado clásico para así poder conformar e instaurar una nueva cultura universal basada en la visión redentora. La concepción de la gran mayoría de los hombres cultos del siglo IV, no podía conciliar la idea de que el Dios todo poderoso inconmensurable, pudiera dividirse en varios elementos distintos y mucho menos revelarse a los hombres de forma absoluta. De allí que Peter Brown afirme que: “para el cristiano cultivado del siglo IV un Dios Altísimo sólo podía manifestarse al universo físico a través de un intermediario. Por ello Cristo tenía que ser de alguna manera un reflejo de Dios; pero no era posible que fuera Dios, pues la esencia única del Dios Uno debía mantenerse concentrada y trascendente. El dios de los arrianos era la divinidad celosa de Abrahán, Isaac y de Jacob, pero su Cristo era el intermediario divino del elevado universo de los filósofos neoplatónicos”.

Esta derrota de la vertiente cristológica arriana Ernest Renan señaló, que se dio gracias a la característica fundamental del catolicismo basada en la intolerancia y la unicidad de su doctrina, que a lo largo de su existencia la ha hecho perdurar: “El arrianismo tuvo el merito extraordinario de convertir a los germanos antes de su entrada en el Imperio, y que habría podido dar al mundo un cristianismo susceptible de llegar a ser racional, fue sofocado por la rudeza de un clero que quiso lo absurdo...”

Aquí finaliza esta tesis.

Bibliografía.

Fuentes primarias.

Ambrosio. *Sobre la fe*, introducción, traducción y notas de Secundino García, Madrid, Ciudad Nueva, 2009, 350p.

Amiano Marcelino. *Historia*, traducción e introducción de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002. 971p.

Atanasio. *Discurso contra los arrianos*, introducción, traducción y notas de Ignacio de Ribera Marín Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 383p.

Atanasio. *Divinidad del Verbo Encarnado*, introducción de Fernando Gutiérrez Martínez, traducción y notas de José Fernando Saheciles, Madrid, Ciudad Nueva, 1989, 117 p.

Atanasio. *Vida de Antonio*, introducción, traducción y notas de Paloma Rupérez Granados Madrid, Ciudad Nueva, 1995, 143p.

Aristóteles. *Metafísica*, Barcelona, Biblioteca de los Grandes Pensadores, 2003, 557p.

Eusebio de Cesarea. *Historia Eclesiástica*, introducción, traducción y notas por Argimiro Velasco Delgado, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2010, 479p.

Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*, traducción, introducción y notas de Martin Gurruchaga, Editorial Gredos, Madrid, 2010, 423p.

Gregorio Nacianceno. *Los Cinco Discursos teológicos*, introducción, traducción y notas de José Ramón Díaz Sánchez-Cid, Madrid, Ciudad Nueva, 1995, 283p.

The Panarion of Epiphanius of Salamis, traducción de Frank Williams, Leiden Boston, Brill Academic Publishers, 1997, 667p.

Fuentes Secundarias.

Alcain, José Antonio. *La tradición*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, 769p.

Baur, Ferdinand Christian. *Ferdinand Christian Bauron the writing of church history*, Nueva York, Oxford University, 1968, 380p.

Burkhardt, Jacob. *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*, trad. de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 437p.

Braun, Peter. *El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, trad. Antonio Piñero Madrid, Taurus, 1989, 267pp.

Bringmann, Klaus. *Juliano*, traducción de Marciano Villanueva, Barcelona, Herder, 2006, 282p.

Cochrane, Charles N. *Cristianismo y cultura clásica*, traducción de Jose Carner, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, 508 p.

Drobner, Hubertus R. *Manual de patrología*, traducción de Victor Abelardo Martinez De Lapera, Barcelona, Herder, 2001, 702p.

Fernández, Clemente. *Los Filósofos Medievales Selección de Textos* ,t.I, Madrid, BAC, 1979, 753p.

Gibbon, Eduard. *Historia de la decadencia y la ruina del Imperio Romano* (tomo III-IV), Madrid, Ediciones Turner, 1984, 8-382pp.

Gigon, Olof. *La cultura antigua y el cristianismo*, traducción de Manuel Carrión Gutiérrez, Madrid, Editorial Gredos, 1970, 259p.

Guignebert, Charles. *El cristianismo antiguo*, traducción de Nelida Orfilia Reynal, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 206p.

Guignebert, Charles. *El mundo judío hacia los tiempos de Jesús*, traducción de Vicente Clavel, México, UTEHA, 1953, 261p.

Harnak, Adolf von. *History of Dogma*, (volumen I), Gloucester Massachussets, Harper and Row Publishers, 1972, 346p.

Hartmut Leppin, *Teodosio*, traducción de Marciano Villanueva, Barcelona, Herder, 2008, 332p.

Hefele, Charles. *History of the councils of the church*, (vol. II), Albany OR, The Ages Digital Library Historical, 1997, 514p.

Hertling, Ludwig. *Historia de la iglesia*, traducción de Eduardo Valenti, Barcelona, Herder, 1972, 572p.

Hülsz Piccone, Enrique. *Lógos: Heráclito y los orígenes de la filosofía*, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, 2011, 313p.

Jaeger, Werner. *Cristianismo primitivo y paideia griega*, traducción de Elsa Cecilia Frost, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, 139 p.

Jedin, Hubert. *Breve historia de los concilios*, traducción de Alejandro Ros, Barcelona, Editorial Herder, 1963. 183p.

Le Glay, Marcel. *Grandeza y Caída del Imperio Romano*, traducción de Antoni Seisedos, Madrid, Cátedra, 2002,638p.

Lot, Ferdinand. *El fin del Mundo Antiguo y el comienzo de la Edad Media*, México, traducción de José Amorós Barra, México, UTEHA, 1956, 437p.

Meyer, Jean. *La gran controversia: las iglesias cristiana y ortodoxa de los orígenes a nuestros días*, México, Tusquets, 2005, 515p.

Migne, Jaques Paul. *Patrologiae cursus completus* (volúmenes XXV-XXXI), Sive Bibliotheca universalis, 1860.

Momigliano, Arnaldo, ed., *Conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*, traducción de Marta Hernández Íñiguez, Madrid, Alianza, 1989, 251p.

Moreschini, Claudio y Norelli, Enrico. *Historia de la literatura cristiana antigua, griega y latina II. Desde el concilio de Nicea hasta comienzos de la Edad Media*, traducción Guillermo Martín Rodríguez, Madrid, BAC, 2006, 856p.

Newman, John Henry. *El misterio de la Iglesia*, Roma, Editado por M.K. Stolz y colaboradores del Centro Amigos de Newman, 1981, 209 p.

Puech, Henri Charles, dir. *Formación de las religiones universales y de salvación: Las religiones en el mundo Mediterráneo y el Oriente próximo I*. traducción Lorea Barruti, J.L. Ortega Matas y Alberto Cardín Garay, México, Siglo XXI, 1979, 503p.

Piñero, Antonio. *Los cristianismos derrotados ¿Cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heréticos y heterodoxos?*, Madrid, EDAF, 2007, 325p.

Quasten, Johannes. *Patrología* (volúmenes I-IV), traducción de Ignacio Oñatibia, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2004.

Rémondon, Roger. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*, traducción Carmen Alcalde y Ma Rosa Prats, Barcelona, Labor Nuevo Clío, 1984, 310p.

Renan, Ernest. *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*, traducción de Antonio Ulquiano, México, Editorial Porrúa, 1990, 258p.

Rondet, Henri. *Historia del Dogma*, traducción de Alejandro Esteban Lator Ros, Barcelona, Herder, 1972, 314p.

Rubenstein, Richard E. *Cuando Jesús llegó a ser Dios. La enorme pugna en torno a la divinidad de Cristo en los últimos días del imperio romano*, traducción de María Fábregas, México, OCEANO, 1999, 309p.

Russell Jeffrey, Burton. *Satanás. La primitiva tradición cristiana*, traducción de Juan José Ultrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 331p.

Sánchez Valencia, Roberto. *De la heterodoxia a la ortodoxia. Hacia una historia hermenéutica de los dogmas nicenos*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 225p.

Sesboüé Bernard y Wolinski Joseph, eds., *Historia de los dogmas* (volumen I). *El Dios de la salvación*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1995, 425p.

Simonetti, Manlio. *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma, Instituto Patristicum Augustinianum, 1975, 598pp.

Tarn, William y Griffith, G.T. *La civilización helenística*, traducción de Juan José Utrilla México, FCE, 1982. 272p.

Toynbee, Arnold, dir. *Historia de las civilizaciones IV. El crisol del cristianismo: advenimiento de una nueva era*, traducción de Javier Alcorta Echenique, Julio Alvarado Daza y Esteban Rimbau Sauri, México, Alianza Editorial, 1989, 530p.